

De Madrid al Camino

Número Especial
Junio de 2008

Boletín Informativo de la Asociación de Amigos de los Caminos de Santiago de Madrid

Carretas, 14, 7.º - Teléfono 915 23 22 11 - 28012 Madrid
Http://www.demadridalcamino.org E-mail: demadridalcamino@eresmas.com

Martes y Jueves de 19 a 21 h
Miércoles de 11 a 12:30 h.

Actas del SEMINARIO

José Antonio Cimadevila Covelo
DE ESTUDIOS JACOBEOS
«Asociación XX aniversario»

Edición especial

Laurie Dennett
**ELIAS VALIÑA SAMPEDRO
Y EL RESURGIR JACOBEO:
UN HOMENAJE**

Manuel Fraga Iribarne
**EL CAMINO DE SANTIAGO
Y LOS AÑOS JACOBEOS**

José Ignacio Díaz
**LAS ASOCIACIONES JACOBEAS
EN LA RECUPERACION
DEL CAMINO DE SANTIAGO**

Antonio María Rouco Varela
**JUAN PABLO II Y EL CAMINO
DE SANTIAGO. UNA EVOCACION
AGRADECIDA**

Edición 2007

José María Ballester
**LOS CAMINOS DE SANTIAGO:
SENTIDO DE UN ITINERARIO
CULTURAL**

José Jiménez Lozano
**SOBRE EL ARTISTA
ROMANICO**

José Antonio Linage Conde
**UNA EVOCACION MONASTICA
DESDE LA PEREGRINACION
DE HOY**

Manuel Criado de Val
**EL CODEX CALIXTINUS
Y LA LITERATURA MEDIEVAL
CASTELLANA**

Conferencias que en 2007 tuvieron lugar en la Casa de Galicia de Madrid



CASA DE GALICIA
M A D R I D

1987 Asociación XX Aniversario 2007

Actos 2007-2008

Cronología

- 15 Enero 2007.** **20 fi.**
Inicio edición especial Seminario *José Antonio Cimadevila Covelo* de Estudios Jacobeos, en Casa de Galicia. Conferencia de Laurie Dennett: «Elías Valiña y el Camino de Santiago: Un homenaje».
- 19 Febrero.** **20 fi.**
Conferencia de Manuel Fraga Iribarne: «El Camino de Santiago y los Años Santos».
- 4 Marzo.** **12,30 fi.**
Misa de Acción de Gracias presidida por el Cardenal Arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, en la iglesia parroquial de Santiago el Mayor del convento de Comendadoras de Santiago.
- 10 Marzo.** **20 fi.**
Inicio ciclo «Cine Jacobeo», en Filmoteca Española: *El Pórtico de la Gloria*. (1954). Director, Rafael J. Salvia. España. 100'.
- 16 Marzo.** **20'30 fi.**
Cine Jacobeo: *El Camino de Santiago I*. (1999). Robert Young. España (Serie TV). Cap. I. 90'
- 17 Marzo.** **20,30 fi.**
Cine Jacobeo: *El Camino de Santiago II*. (1999). Robert Young. España (Serie TV). Cap. II. 90'
- 18 Marzo.** **20 fi.**
Cine Jacobeo: *El Camino de Santiago III*. (1999). Robert Young. España (Serie TV). Cap. III. 90'
- 20 y 31 Marzo.** **17,30 fi. y 22,10 fi.**
Cine Jacobeo: *La Voie lactée / La Via Láctea*. (1969). Luis Buñuel. Francia. 101' (VOSE).
- 20 Marzo.** **20 fi.**
Cine Jacobeo: *El valle de las espadas / The Castilian*. (1962). Javier Seto. España. 131' (VOE).
- 22 Marzo.** **20 fi.**
Cine Jacobeo: *La dama del alba*. (1965). Francisco Rovira Beleta. España. 101'
- 27 Marzo.** **17,30 fi.**
Cine Jacobeo: *Flor de santidad*. (1972). Adolfo Marsillach. España. 102'
- 27 Marzo.** **20 fi.**
Cine Jacobeo: *Misa en Compostela*. (1954). Ana Mariscal. 21'; *Camino de Santiago*. (1982). José Luís Font. España. 50'; *Camino de Santiago: el origen*. (2004). Jorge Algora. España. Vídeo. 64'.
- 28 Marzo.** **19,30 fi.**
Cine Jacobeo: *Within the Way Without / Tres en el Camino*. (2004). Laurence Boultins. España y Gran Bretaña. 160' (VOSE).
- 31 Marzo.** **20,30 fi.**
Cine Jacobeo: *Camino de Santiago*. (1982). José Andrés Alcalde. España. Serie documental en seis episodios. 60'
- 16 Abril.** **20 fi.**
Conferencia de José Ignacio Díaz: «Las asociaciones jacobeanas en la recuperación del Camino de Santiago».
- 8 Mayo.** **20 fi.**
Inauguración exposición pintura de Mariano De Souza: «El mágico Camino de Santiago», en Casa de Galicia (hasta el 10 de junio).
- 18 Junio.** **20 fi.**
Recital de José María Maldonado: «Olé por la guitarra y el Camino». En Casa de Galicia.
- 21-22 Julio.** **24 fi -08 fi.**
I edición de «La Noche del Apóstol»: Colmenar Viejo-Cercedilla, marcha nocturna por el Camino de Madrid con ocasión de la festividad del Apóstol.
- 26 Noviembre.** **20 fi.**
Inicio edición 2007 Seminario *José Antonio Cimadevila Covelo* de Estudios Jacobeos, en Casa de Galicia. Conferencia de José María Ballester: «Los caminos de Santiago: sentido de un itinerario cultural».
- 27 Noviembre.** **20 fi.**
Conferencia de José Jiménez Lozano: «Sobre el artista románico».
- 28 Noviembre.** **20 fi.**
Conferencia de José Antonio Linage Conde: «Una evocación monástica desde la peregrinación de hoy».
- 29 Noviembre.** **20 fi.**
Clausura edición 2007 Seminario. Conferencia de Manuel Criado de Val: «El *Codex Calixtinus*: modelo de los itinerarios medievales del *Mío Cid* y del *Libro del Buen Amor*».
- 18 Febrero 2008.** **20 fi.**
Clausura edición especial Seminario «Asociación XX Aniversario», en la Real Parroquia de San Gines de Madrid. Conferencia de Antonio María Rouco Varela: «Juan Pablo II y el Camino de Santiago. Una evocación agradecida».

de
Presentación

El día 11 de febrero de 2007 (curiosamente domingo) nuestra *Asociación de Amigos de los Caminos de Santiago de Madrid* cumplía su vigésimo aniversario, hecho por el cual a lo largo del 2007 e inicio del 2008 se desarrolló un amplio programa conmemorativo bajo el lema: «Asociación XX Aniversario», que englobó actos litúrgicos, conferencias, ciclo cinematográfico, recital de música, exposición pictórica y marcha caminera, además del Seminario *José Antonio Cimadevila Covelo* de Estudios Jacobeos.

Todo lo cual queda reflejado cronológicamente en la especie de «Programa» que aparece en la página anterior a ésta, quedando ya dedicadas las siguientes páginas a la publicación de las respectivas conferencias que conformaron las dos ediciones: especial y anual, de nuestro Seminario de Estudios Jacobeos.

Aunque el tiempo parece avanzar cada vez más deprisa, el tiempo también permite la perspectiva adecuada para detenerse, reflexionar y otear el camino seguido y a seguir. Cuando la Asociación cumplió su décimo aniversario en 1997 (aquel año llegaron a Compostela 25.179 peregrinos), también hubo actos conmemorativos a propósito de la celebración en Madrid de la Asamblea Anual de la Federación Española de Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago, con apertura por parte del entonces Arzobispo Antonio M^a Rouco Varela en el Centro Gallego de Madrid y clausura en la parroquia de Santiago y San Juan Bautista con Misa oficiada por el Obispo Auxiliar César Franco. A lo largo de aquel año la Asociación recorrió por primera vez el Camino de Madrid, se publicaron los primeros números del boletín *De Madrid al Camino* e inaugurábamos la página web <demadridalcamino.org>. También hubo una conferencia de Angel Luís Barreda y un concierto del grupo Mediaevum (pero en marzo del 98, por obras entonces en nuestra sede del Centro Gallego).

Ahora, cuando la Asociación ha cumplido su vigésimo aniversario (en 2007 llegaron a Compostela 114.026 peregrinos), también nos hemos dejado llevar por la sencillez del Camino y todas las puertas a las que llamamos se nos abrieron con generosidad jacobea. Nuestro Cardenal Antonio M^a Rouco accedió a oficiarnos una Misa de Acción de Gracias en la iglesia parroquial de Santiago el Mayor del convento de Comendadoras de Santiago, la Filмотeca Española acogió nuestra propuesta de organizar un Ciclo de Cine Jacobeo (el primero celebrado por esta Institución) y la

Casa de Galicia, más el apoyo puntual de la parroquia de San Ginés de Madrid, acogió las ediciones del Seminario de Estudios Jacobeos (especial y anual) con ocho conferencias, más un recital del canta-autor jacobeo sevillano José María Maldonado y una exposición de pintura con la última obra del artista Mariano De Souza. Pero además de todo esto, en el plano caminero, la Asociación organizó por primera vez su «Noche del Apóstol», marcha nocturna por el Camino de Madrid como queriendo retornar a aquellas noches del siglo IX cuando unos fuegos fatuos indicaron la tumba del Apóstol. A propósito del Camino de Madrid, en apenas diez años, de sus cuarenta poblaciones ya son 24 las que disponen de albergue o lugar de acogida para los peregrinos.

El tiempo avanza últimamente muy deprisa en esto del Camino de Santiago, por lo que la edición especial de nuestro Seminario estuvo centrada expresamente en reflexionar sobre «el renacimiento jacobeo actual»: primero lo hizo Laurie Dennett, sobre la figura de Elías Valiña; luego Manuel Fraga, a propósito del papel del Estado; en tercer lugar José Ignacio Díaz, en cuanto a la labor de las incipientes asociaciones jacobeadas; y ya más adelante cerró el ciclo el Cardenal Rouco, a propósito del papel de la Iglesia y la figura jacobea del Papa Juan Pablo II. En noviembre tuvimos la habitual edición anual 2007 del Seminario, pero quisimos entroncar ambas ediciones con una conferencia inicial sobre el papel de las Instituciones Europeas en el Camino de Santiago, a cargo de José María Ballester; para luego ya adentrarnos en el artista románico, por obra de José Jiménez Lozano; en las órdenes monásticas, gracias a José Antonio Linage Conde; y por último comprobar la relación entre el *Codex Calixtinus* y la literatura medieval castellana, de la mano de Manuel Criado de Val.

Estas ocho singulares conferencias, algunas sobre temas inéditos en la bibliografía jacobea, conforman el cuerpo de las *Actas* que ahora ponemos en tus manos, amigo lector. A todas las personas e instituciones, junto a nuestros socios, que han hecho realidad estos veinte años de la Asociación nuestro *agradecimiento* más jacobeo. ¡Ultreia e suseia!

José Antonio Ortiz Baeza
*Presidente de la Asociación de Amigos
de los Caminos de Santiago de Madrid*

Laurie Dennett

Elías Valiña Sampedro y el resurgir jacobeo: un homenaje



Es un honor y una alegría, en esta primera ponencia de la serie organizada por los Amigos de los Caminos de Santiago de Madrid, dirigirles unas palabras sobre la vida y obra de Don Elías Valiña Sampedro (que en paz descanse). Por eso, quiero, en primer lugar, agradecer a la Asociación su invitación y también dar las gracias, en nombre de la familia de Don Elías, por la dedicación de esta tarde a él.

Para muchos de los asistentes en esta reunión, incluso para mí, los recuerdos de Don Elías —modesto de estatura pero gigante de alma, promotor y defensor incansable del Camino— todavía son tan vivos que no parece posible que hayan pasado 17 años desde su fallecimiento. Para los aquí presentes, y para muchísimos peregrinos de todos los rincones del mundo, era, y sigue siendo, inolvidable. Algunos de ustedes no le habrán conocido, (aunque, si han utilizado una de sus guías del Camino Francés, podrían tener la sensación contraria), mientras que para la gente joven del Camino actual, posiblemente no sea más que un nombre. Soy consciente de que el retrato que pinto con mis palabras no le van a hacer justicia. Sin embargo, para que una nueva generación llegue a conocer su inspiradora figura, recordada por la comunidad jacobea de mi generación sencillamente como «Elías», me atrevo a intentarlo.

Vida, trabajo y vocación en Elías Valiña

Creo que será necesaria otra breve consideración. Para ser fiel a la realidad, hay que recordar o darse cuenta que vida, trabajo y vocación sacerdotal en Elías son inseparables. Cada aspecto se interacciona con los restantes de un modo tan armónico que es imposible narrar cronológicamente lo que hizo en el Camino o describir su dedicación a la reconstrucción de su amado *Cebreiro*, sin tener en cuenta la entrega sacerdotal que se convirtió en incentivo y motor de las demás actividades. Pero el sentido común nos dice que hay que empezar por el principio, y entonces, me parece prioritario hacer un breve resumen biográfico —al menos hasta el

momento en que el Camino llegó a asumir un papel tan importante en su vida.

Elías Valiña Sampedro nació el 2 de febrero del 1929, no (como piensa mucha gente) en O Cebreiro, sino en la parroquia de Lier, cerca de Sarria (Lugo). Fue el cuarto de cinco hijos en una familia campesina acomodada, con extensas fincas de cultivo. Su capacidad intelectual se hizo evidente ya de joven yendo al colegio de los Padres Mercedarios en Sarria, y luego al Seminario Diocesano de Lugo. Fue durante una excursión escolar a los 16 años cuando vio por primera vez O Cebreiro, y experimentó un fuerte presentimiento de que su futura labor estaría vinculada a esa antiquísima y entonces casi perdida aldea, ubicada a 1.300 metros de altitud en el punto de confluencia entre la ruta de peregrinación a Santiago de Compostela y el paso más accesible de penetración a Galicia.

En los años 40, cuando Elías todavía estaba en el Seminario, se publicó el monumental estudio de la peregrinación de los historiadores Vázquez de Parga, Lacarra y Uría Riu. Para él, su lectura transformó lo que había sido un interés más entre los muchos de su adolescencia, en una pasión. Antes ya de su etapa en la Universidad, leía constantemente y, en la medida de lo posible, viajaba. Hay que recordar que la situación de Galicia en los '40 y '50 era materialmente mucho menos acomodada que en el resto de Europa, y fuera de España el cambio de moneda le restaba posibilidades. Por eso se comprende que en un verano que viajó a París para estudiar francés, tuviera que alquilar una muy humilde habitación y sobrevivir, en ocasiones, gracias a la fruta desechada al final del día por un mercado de la barriada. Por suerte, fue naturalmente austero de temperamento, y, como atestiguan muchos amigos, casi indiferente a las comodidades físicas.

El Cebreiro de «El cura del Cebreiro»

En los años posteriores a su ordenación de sacerdote, a los 28 años en 1957, Elías obtuvo su licencia en Derecho Canónico por la Universidad de

Comillas, y luego pasó unos meses en Buenos Aires, donde tenía familia. A la vuelta, fue nombrado párroco de O Cebreiro. Otros tres sacerdotes habían refusedo ese nombramiento a causa del rigor de su clima y la pobreza que allí reinaba. Desde su llegada en septiembre de 1959 hasta su muerte, 30 años después, rechazaría muchos otros encargos para quedarse en este pueblecito de montaña, al que llegó a calificar como *alma de Galicia*. Allí en el siglo catorce tuvo lugar el *milagro eucarístico* haciéndose de algún modo visible los efectos de la transubstanciación. El cáliz y la patena que se exponen actualmente en la iglesia, son testigos de esa época. También allí se guardaba una imagen de la Virgen que, se dice, ha inclinado la cabeza ante tal milagro, y a la que había —y todavía hay— una gran devoción por la *Alta Montaña* de Lugo y León.

Estas circunstancias dieron a O Cebreiro un puesto singular en el Camino de Santiago, sobre una antigua vía romana de acceso a Galicia. Algunos investigadores remontan la fundación de su iglesia al año 836, poco después del descubrimiento de la tumba del Apóstol Santiago. Solo después de mucho tiempo y estudio, Elías llegó a compartir esa opinión. Pero para él, como solía decir años más tarde, O Cebreiro era primariamente «un lugar de fe, de peregrinación, en que nuestro sacrificio y nuestra penitencia están aceptados. Y haciendo referencia al humilde protagonista de la historia, añadiría: ¡Dios ha multiplicado infinitamente la fe del campesino del santo milagro!»

¿Qué fue lo primero? La fascinación de Elías por el Camino, que le había conducido a un lugar histórico del mismo, o su plena identificación con O Cebreiro, que le dio una peculiar perspectiva de la ruta milenaria: adelante, al oeste, hacia la tumba del Apóstol, y atrás, unos 700 kilómetros hasta la frontera de Francia y el resto de Europa. Ambas dimensiones parecen ser complementarias. En aquel entonces, la atención pastoral de O Cebreiro y los pueblos de su alrededor constituía su tarea primordial. Sin embargo, para Elías el Camino vino a ser muy pronto una ruta santificada por mil años de fe, un sendero que conducía a Dios, por medio del se-



Cuando El Cebrero vuelve a abrirse a su historia

Elías veía en todo esto los pasos primeros para devolver la vida a O Cebrero, vida que había languidecido durante el último siglo. Pocos años más tarde, las fiestas en honor de la Virgen atraían, de nuevo, como en tiempos anteriores, a unos 20.000 romeros, y el número de peregrinos de toda Galicia y el norte de España empezó a incrementarse. La apertura de la Hospedería marcó el reinicio de la función original del edificio al brindar hospitalidad y atención espiritual a los transeúntes. La promoción de los Años Santo de 1965, '71 y '76 trajo más peregrinos y de tierras más lejanas. Acogerles era para Elías no sólo un deber, sino también un honor, al estilo de los antiguos monjes. Pronto se hacía claro que eso no era mera teoría, y que las intenciones de Elías iban mucho más allá de brindar a los peregrinos cama y cena a bajo coste. Esas sencillas comodidades eran de agradecer al final de un día de caminata desde Villafranca del Bierzo, pero formaban solamente una parte de la fórmula. Para percibir algo más de sus intenciones o propósitos, me gustaría citar una de las muchas impresiones escritas sobre el tema. Cito a Don Antonio Viñayo, el Abad del Real Monasterio de San Isidoro en León, que a finales de los años '70 escribía:

«Hemos visto a Elías rodeado de peregrinos —eran su familia— alrededor del fuego en los días rigurosos de la nieve y el aguacero, o departiendo amigablemente con ellos en la plaza, durante las jornadas bonancibles. El preparaba el caldo en la cocina o lavaba los platos en el fregadero. Estampa inolvidable en cuando a la hora de yantar, el curita del Cebrero asomaba su figura diminuta a la puerta del albergue, daba unas palmadas muy recias y sonoras y gritaba: ¡Peregrinos, Peregrinos! la hora del caldo». Imborrable también su silueta, atravesando la plaza, con una taza de manzanilla en la mano, camino del refugio, para atender a los huéspedes enfermos».

El refugio que aquí se menciona era una de las pallozas —ahora todas vacías—; el suelo se cubría de paja para facilitar el descanso de los peregrinos, en verano. En las noches más frías, frecuentemente los peregrinos eran invitados a dormir en el suelo del comedor de la Hospedería, calentados por el fuego de la chimenea. Siempre había una buena acogida y una comida para las personas necesitadas, fuesen peregrinos o vecinos. Habitualmente durante el día Elías se ocupaba de los asuntos pastorales pero, a la hora de cenar, solía pasar por el comedor para charlar con los peregrinos. Le encantaba oír hablar de sus viajes, sus vidas y de los lugares a que volverían. Sus experiencias, especialmente su experiencia en O Cebrero, le importaban mucho. El ambiente que trataba de crear transcendía las circunstancias de raza o nacionalidad. Era un espíritu de fraternidad que, por ejemplo viviente, sembraba el deseo de servir a los peregrinos hermanos en el Camino, al prójimo y a la comunidad en su vuelta a casa. Era como —en las palabras de un amigo— *«lo que se predicaba en la iglesia se vivía en la Hospedería».*

pulcro de Santiago. Su ministerio cotidiano se realizaba entre los fieles de la comarca de O Cebrero y los entonces escasos peregrinos que llegaban, agotados por la dura subida. Pero además de las variadas tareas que poco a poco se iban incrementando en esos primeros años en la parroquia, había siempre la visión del Camino como una ruta poderosa —que en tiempos pasados había traído 100.000 peregrinos al año a Galicia, vinculándola a los países más lejanos del continente europeo— y el anhelo de verlo de nuevo llena de peregrinos de cada nacionalidad y condición.

¿Que encontró Elías cuando tomó posesión de la parroquia de Santa María la Real de O Cebrero en el otoño del 1959? Parecía que poco había cambiado desde que lo había visto por vez primera: la iglesia, el antiguo monasterio y el muro de piedra que los rodeaba estaban todos en un estado semi-ruinoso; las nueve familias, que juntos formaban la vecindad y habitaban las ancestrales pallozas, no disfrutaban ni de electricidad, ni de agua corriente, ni de atención sanitaria o médica. El único acceso al pueblo era el casi olvidado Camino de Santiago. En palabras del mismo Elías, *«Cuando llegué a O Cebrero, más que poblado era un montón de escombros afectado por la carcoma de la miseria».*

Es esencial darnos cuenta de la deplorable condición de O Cebrero en aquel entonces, para valorar lo que allí consiguió Elías en sus primeros años. En términos materiales, no disponía de medios con que trabajar: sus grandes recursos fueron su carácter abnegado, su energía mental y física, y su apetito desordenado por el trabajo. En 1962, escasamente tres años después de su llegada, había conseguido del Director General de Arquitectura (Pons Sorolla) el compromiso de restaurar no solamente los monumentos —iglesia y monasterio— sino también el pueblo entero. Antes de la reconstrucción de la iglesia, una excavación arqueológica desveló la presencia de otro templo, pre-románico, debajo del actual, y este hallazgo, ampliamente divulgado en la prensa nacional, ayudó a enfocar la atención de las

autoridades culturales en el valor histórico del lugar. Pero Elías no solamente buscaba el apoyo oficial: también, en la comarca misma, solicitó la ayuda de hombres experimentados en los oficios necesarios para la reconstrucción, y les pidió instruyesen en ellos a los sin trabajo de los pueblos cercanos. Personalmente, aprendió esas técnicas, y trabajaba hombro a hombro con los obreros. Las historias de esta época son ya casi legendarias: como, en más de una ocasión, durmió bajo una simple lona en pleno invierno para adelantar las obras, y como conseguía alimentar un verdadero ejército de personas en un pueblo que todavía sin fuente debía buscar el agua a más de tres kilómetros de distancia.

Poco a poco el diminutivo poblado adquirió la forma que, más o menos, todavía tiene. Una vez que la iglesia había reasumido su aspecto de digna sencillez, el muro se recolocó más al oeste para ampliar el recinto monumental y crear una plaza de agradable dimensión. El antiguo monasterio, reconstruido, se convirtió en mesón: la Hospedería San Giraldo de Aurillac, en memoria del fundador francés de la comunidad benedictina reformada que había llegado en 1072 por invitación del rey Alfonso VI para atender a los peregrinos a Santiago. Abriría sus puertas en 1966, con 8 habitaciones y un amplio comedor y espléndida chimenea que, me atrevo a decir, probablemente ha sido testigo de más conversaciones fascinantes que cualquier otro rincón en todo el Camino de Santiago. Una hermana de Elías, Amelia, vino para dirigir la cocina, y a partir de entonces la casa adquirió la reputación hospitalaria y culinaria que ha disfrutado durante los últimos 40 años. Finalmente, la atención se dirigió a la reparación de las pallozas. Con la provisión de casas modernas para los vecinos, esas pasaron al control del Departamento Nacional de Bellas Artes; en 1971, una se designó como el primer museo etnográfico en España. Un año después, el pueblo entero fue declarado Conjunto Histórico-Monumental.

Pero dejando aparte este hecho, ¿por qué he puesto tanto énfasis sobre O Cebreiro? Por la sencilla razón que era el lugar en donde, más que en cualquier otro, la vocación de Elías se actuaba; un querido hogar que también le serviría como base desde donde podría lanzar su campaña para reavivar el Camino de Santiago, y en donde escribió casi todas sus obras. Es el campo de su investigación científica, y especialmente a lo que se refiere al Camino de Santiago, donde centraría ahora mi atención.

La dimensión intelectual e investigadora de Elías

Siempre me deja atónita recordar que, mientras Elías atendía a cuatro parroquias y llevaba a cabo la restauración de O Cebreiro, también y a la vez estaba preparando su tesis doctoral en la Universidad Pontificia de Salamanca. A Elías le gustaba hacer las cosas en el orden justo, y entonces a él le parecía que lo que más se necesitaba era saber, por una rigurosa investigación documental, exactamente por donde había transcurrido el histórico Camino, como éste había evolucionado, y con qué efectos para los intrépidos peregrinos de siglos pasados. El resultado de sus investigaciones fue su *Estudio Histórico-Jurídico del Camino de Santiago*, Premio Antonio de Nebrija en 1967, y que más tarde se publicó por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. A partir de la tesis, pronto se publicaron dos artículos en la revista científica *Compostellanum*.

Pero fue la investigación realizada en la preparación de la tesis, tanto en los archivos como en el trabajo de campo, lo que dio a Elías los sólidos conocimientos que sirvieron de plataforma a sus obras posteriores. En primer lugar, a él le parecía importantísima la provisión de una sencilla guía de la ruta, tal como estaba y con unas indicaciones para el alojamiento. En 1967 se había publicado la primera cartografía del Camino, como anexo al gran volumen sobre la peregrinación por Eusebio Goicoechea de la Asociación de Amigos del Camino de Estella, fundada en 1962. Este estudio era valorado por Elías de forma muy positiva, pero pensaba que el peregrino necesitaba algo más básico, más ligero y manejable de tamaño. Por eso, destiló su experiencia del Camino en su esencia, y lo publicó privadamente en 1971, en forma de un aparentemente modesto libro con el título de *Caminos a Compostela*. El mismo Elías bien sabía cuanto se quedaba por decir, pero reconoció que *Caminos a Compostela* era «lo que en aquel momento se podía decir».

En los años '70 Elías se ocupaba de la producción de cuatro enormes obras comisionadas: *El inventario artístico de Lugo y su provincia*; el primer volumen del *Synodicum Hispanicum*, que se dedicó a Galicia; el *Inventario arquitectónico de interés histórico-artístico de la provincia de Lugo*; y las más de 900 páginas del *Catálogo de archivos parroquiales. Diócesis de Lugo*. Cualquiera de esos

proyectos inspiraría respeto, especialmente cuando se piensa en las innumerables visitas a los archivos, las horas que se gastaron ojeando los registros parroquiales en las frías sacristías, y la vieja máquina de escribir con que se realizó todo este trabajo.

Durante todo ese tiempo, Elías continuaba invirtiendo horas y días en la exploración de algún tramo del Camino. Recorrió todos los senderos de la comarca que rodea a O Cebreiro, todas las vías romanas de la provincia de Lugo, todas las rutas a Santiago en las cuatro provincias de Galicia. Pero lo que le había cautivado plenamente —¡su sueño dorado!— fue la recuperación física del *Camino Francés*. Por eso, tenía que viajar y poner a prueba todo lo que había aprendido en sus estudios. Cito de nuevo las palabras de Don Antonio Viñayo:

«Desde el Alto del Cebreiro se lanzó Elías a reparar el Camino y no en un corto trecho, sino que, por lo menos, en todo el recorrido hispano, desde Ibañeta y el Somport, hasta el Monte del Gozo y las rúas compostelanas. Primero lo estudió a fondo en pergaminos y legajos. Lo recorrió después, de largo a largo, escudriñando rincones, adivinando recorridos entre la maleza, localizando antiguos hospitales, lamentando, a veces, que la invasión industrial y la incultura destruyesen de modo irreparable trozos de la ruta venerable. Y no una vez, ni dos, anduvo el Camino. Cuántas, yo no lo sé, pero sin exagerar, creo que pueda afirmarse que, por lo menos, tantas como los treinta años de su permanencia en el Cebreiro»...

Don Antonio terminó preguntándose, como todos los que conocieron a Elías se hicieron en un momento u otro: «¿Cuándo duerme?»

Al principio de los '80, tras la identificación en detalle del trayecto histórico del Camino, Elías empezó a señalarlo, desde la frontera de Francia hasta la puerta de la catedral de Santiago, con las ahora emblemáticas flechas amarillas. El color de la pintura fue accidental: era pintura que había sobrado en obras de una carretera cercana a O Cebreiro, y que Elías pidió a las autoridades para no gastar di-

nero innecesariamente. Y así, con un cubo de pintura en una mano, y un cepillo gordo en la otra, andaba por los Pirineos o por la meseta pintando sus flechas. En más de una ocasión cerca de la frontera, despertó las sospechas de la policía, que pensaron que marcaba un sendero para los separatistas vascos, o para los contrabandistas. También, al verle pintando las flechas en la tierra, las rocas, las paredes urbanas, las patrullas de la Guardia Civil a veces le abordaron súbitamente. En tales ocasiones, Elías no se vestía con distintivos sacerdotales, y parecía aun menos clerical con su cubo de pintura amarilla y su cepillo, pero sus contestaciones a las preguntas que con frecuencia le formulaban hacia que sus interrogadores le dejaran en libertad. Estaba dispuesto hablar del Camino, eso sí, tanto tiempo como le permitieran.

Sus guías sobre el Camino de Santiago y el movimiento jacobeo actual

Años atrás Elías ya había adquirido la reputación de «experto» sobre el Camino. Con el Año Santo Compostelano del 1982 en el horizonte, el Ministerio de Turismo le encargó la preparación de una guía oficial de la ruta jacobea, incluso una cartografía detallada y fotografías en color. La guía, de un formato extremadamente grande, se publicó como *La Guía del Peregrino. El Camino de Santiago*. Nominalmente se lo había confeccionado un equipo, pero fue Elías quien había llevado a cabo la mayor parte del trabajo, incluso la cartografía, hecho a mano como trabajo de campo. El texto fue básicamente el de *Caminos a Compostela*, con la ampliación de dos de las siete secciones. Gracias a la publicidad que recibió en un Año Santo, la primera tirada pronto se agotó.

Dos años y algunos viajes por el Camino más tarde, Elías revisó esa guía, solicitando la ayuda de varias personas a lo largo de la ruta que se manifestaron entusiasmados. Esta vez la publicación se



confió a Ediciones Everest, de León. El tamaño se redujo por la mitad, aunque el texto, la cartografía y los mapas quedaron los mismos, y las palabras del título se alteraron: *El Camino de Santiago: Guía del Peregrino*. Esto fue el «gran libro rojo» tan estimado por los peregrinos, y usado por muchísimos allá por los años '90 a pesar de las varias publicaciones de la competencia. Sin embargo, Elías se desilusionó al ver que la editorial no estaba dispuesta a pagar la preparación de una nueva cartografía hecha a escala: su falta había sido una crítica de la edición anterior, y Elías lo aceptaba. Nada más que al aparecer la guía de Everest, Elías empezó a planear una versión nueva y completamente distinta, que quería ofrecer a otra editorial, pero como veremos, el tiempo que podía dedicar a ella fue menor del que esperaba, debido a otros asuntos también relacionados con el Camino.

Hasta ahora, como fruto de sus muchos viajes y sus encuentros con todo tipo de personas a lo largo del Camino, había muchos a quienes había transmitido su pasión por su defensa. Cuando hablaba sobre este tema su reserva habitual desaparecía y su amor por ello se hacía evidente de tal modo que los que le escuchaban quedaron completamente cautivados. A veces, el desafío estaba en persuadir a las autoridades de todo nivel para que fuesen conscientes de la existencia del Camino, lo valorasen y protegiesen. En algunos pueblos, había que hablar con los agricultores y los campesinos que habían sembrado trigo sobre tramos de la ruta. En otros, el problema estaba en los edificios de importancia jacobea —los que Elías sabía fueran en tiempos antiguos hospitales de peregrinos, por ejemplo— y que ahora se utilizaban como cuadras o garajes. Alentaba a sus hermanos-sacerdotes a acoger a los peregrinos y a montar refugios parroquiales. Escribía cientos de cartas, hizo cientos de llamadas telefónicas y visitas a personas de los más diversos niveles profesionales o sociales. Algunos, por cierto, le consideraban «un poco loco», pero la mayor parte de los que le conocieron se encontraban extrínsecamente atraídos por este hombre de expresión seria y sincera, y su apasionante misión.

Así, por un proceso gradual, y no siempre fácil, un reducido núcleo de personas, elegidos y animados por Elías, se juntó en varias ciudades y principales pueblos del Camino. (En algunos casos, esas personas eran las que ya le conocieran al haber participado en la preparación de la *Guía* del '82.) Así nacieron las asociaciones de Amigos del Camino de Santiago, edificando sobre el trabajo ya hecho y aprovechando de los conocimientos locales: ya existía desde 1962 la Asociación de Estella, pero pronto surgieron las de Navarra, La Rioja, Burgos, León y Galicia. Cuando, en mayo del 1985, una reunión de esas agrupaciones, y de varias personas que de otro modo trataban a los peregrinos, tuvo lugar en Santiago, Elías fue nombrado por mayoría absoluta «Comisario-Coordenador» del Camino y de su futuro desarrollo.

El mandato que recibió Elías en esta importante reunión le dio confianza para lanzarse a nuevas iniciativas. La primera y la más significativa fue la publicación del sencillo *Boletín del Camino*, de unas cuatro u ocho páginas, mecanografiadas y fotocopiadas. Durante dos años y doce números, hasta que se fue sustituido por la revista *Peregrino*, mantuvo informada y unida a la pequeña comunidad jacobea. El número de suscriptores crecía hasta llegar a unos cientos, incluso a muchos peregrinos de fuera de España. (Como un aparte, me gustaría referirme al recuerdo, todavía claro en la memoria colectiva de la familia de Elías, de las noches de invierno cuando, al faltar la luz eléctrica, se sentaban juntos alrededor de la mesa de cocina de la Hospedería y a la luz de una vela metían en los sobres las copias del *Boletín* que se diseminaban por toda Europa).

Otra de las iniciativas fue la realización de la *Primera Semana de Estudios Históricos*, a lo largo del Camino en Galicia, empezando en O Cebreiro y terminando en Santiago. Por las mañanas los asistentes recorrieron unos tramos de la ruta, visitando sus monumentos y disfrutando de la naturaleza. Por la tarde, en una de las tradicionales paradas, escuchaban las ponencias de historiadores, musicólogos, antropólogos e iconógrafos que Elías

nombraba entre sus amigos. Este tipo de «escuela de verano itinerante» sigue hasta hoy, llevado por la asociación *Aulas en el Camino* de la Universidad de La Coruña.

El tercer proyecto fue todavía más ambicioso. Ya durante mucho tiempo Elías había estado en contacto con científicos en el campo de los estudios jacobeos en Francia (donde la inédita *Société des Amis du Chemin de Saint Jacques* se fundó en 1950), y también en Alemania, Italia y el Reino Unido. El y las asociaciones españolas de *Amigos del Camino* ahora sentían que el momento había llegado para enfocar en la dimensión internacional de la peregrinación a Compostela. La mayor parte de la organización del *Primer Congreso Internacional de Asociaciones Jacobeas*, que tuvo lugar en la ciudad de Jaca en Aragón en septiembre 1987, se llevó a cabo gracias a Elías y un pequeño grupo de voluntarios. Pero para entender algo de lo que pasó en Jaca, se debe recordar que España ahora formaba parte de la Comunidad Europea. La campaña de promoción del Camino había ganado fuerza de repente, no sólo entre los entusiastas de siempre, sino también a nivel provincial y regional, donde el Camino llegaba ser visto en términos políticos como un estímulo al turismo y al empleo.

Un año clave: 1987

En la primavera del '87, por ejemplo —seis meses antes de Jaca— las cinco Regiones Autónomas que juntas cubrían el Camino Francés firmaron un acuerdo común que les comprometía a trabajar juntas por la recuperación y revitalización del Camino, actuando, entre otras cosas, para mejorar los accesos, restaurar los monumentos importantes conforme a su dignidad anterior y los edificios de menor rango a modo de refugios, señalar la ruta de un modo adecuado y uniforme, montar programas culturales relacionados con el camino, etcétera. Todo eso parecía saciar, de golpe, todas las esperanzas de Elías. Y, en un principio, sí fue una victoria. Pero lo que había desaparecido en la traducción entre el modo en que Elías y los Amigos hablaban y escribían, y la manera en que el Camino era visto por los «políticos» constituía precisamente su razón de obrar; la visión del Camino actuaba, de ese modo, como suave catalizador del crecimiento interior y espiritual, cuyo fin junto a la tumba del Apóstol marca para cada peregrino un comienzo nuevo. Estas son las palabras de Elías, entresacadas de un temprano número del *Boletín*: «El futuro jacobeo es esperanzador. Depende de todos nosotros. La recuperación del espíritu medieval que forjó tantas y tan diversas facetas de la cultura occidental necesita apoyo y orientación. Sería lamentable que este movimiento jacobeo, hoy por hoy puro, genuino, derivase hacia un simple turismo, falta de aquel espíritu religioso que caracterizó siempre el decurso de las peregrinaciones». En contraste, las frases frías de la declaración del '87 fueron la primera indicación de un cambio de dirección —posiblemente inevitable— en el horizonte.



Peor por Elías que tener que darse cuenta que los intereses políticos con tiempo iban a raptar el sentido del Camino, fueron los fuertes desacuerdos que estropearon algunas de las sesiones del Congreso de Jaca. El creciente movimiento jacobeo, hasta ahora unido por unos fines comunes, se veía zarandeado a causa de los malentendidos consecuencia de la diferencia de idioma, las ventajas geográficas, y —¡cómo no! desgraciadamente— de las ambiciones personales. El mismo Elías fue el hombre más desinteresado y apolítico imaginable; por eso le sorprendió y le causó profundo dolor comprobar como algunos miembros de las asociaciones fácilmente abandonaban sus ideales.

Además de algunas ponencias científicas que fueron excelentes, el Congreso de Jaca resultó notable por ser el primer foro al que se invitaron las asociaciones extranjeras, y por haber llegado a tomar importantes acuerdos sobre asuntos como el de la credencial del peregrino y el de unas normas generales para la administración de los refugios. Pero la ocasión fue algo penosa y desilusionante para la persona que había hecho todo lo posible para sacarlo adelante. A nivel de organización, Elías pensaba que poco más se podría conseguir. La designación del Camino de Santiago como Primer Itinerario Cultural Europeo efectuada por el Consejo de Europa, escasamente un mes después de Jaca, parecía salvaguardar su integridad física. Y ya más cerca de casa, la Diputación de Lugo, donde Elías tuvo unos buenos amigos que siempre le apoyaban, diseñó y elaboró la serie de unos dignos mojones de piedra que todavía marcan el Camino a lo largo de la provincia. De ese modo, sus sueños se iban haciendo realidad, con la correspondiente satisfacción para Elías. No obstante, las cosas no siempre resultaban gratas. Elías se horrorizó por la señalización montada a lo largo del Camino por el Consejo de Europa, que consideraba intrusiva y fea, y se entristeció por los primeros grupos turísticos en autobús, cuyo horario, al pasar por O Cebreiro, les permitía una comida, pero no una visita al Santo Milagro: «*Han transformado el Camino en una pista de carreteras*», comentó.

Tras el Congreso de Jaca

A partir de entonces y sin ruido se retiró de los asuntos públicos y administrativos, y se dedicó a trabajar en su nueva guía, a la que quería dar una cartografía a escala. O Cebreiro y las demás parroquias continuaban siendo para Elías su mayor campo de actividad: trabajaba desinteresada e incansablemente por el bienestar de los vecinos, y ellos, por su parte, le mostraban estima y le amaban. La Hospedería, con sus puertas abiertas a todos, fue un hogar, no solamente para él, sino también para su hermana Amelia y su sobrina Pilar, que llevaban las tareas diarias referidas a la atención de un incrementado número de peregrinos y clientes. Es difícil expresar verbalmente el ambiente feliz de esta casa por aquel entonces, o lo que Elías significaba para la multitud de personas —fa-

milia, peregrinos, feligreses, colaboradores y muchos, muchos amigos— que por allí pasaban.

Inevitablemente, algunos de los que quedaron fuera de este círculo encantado no vieron a Elías con tan buenos ojos. Dado que él observaba a los «*políticos*», tan dispuestos a utilizar el Camino para sus propios fines, les desafió asumiendo la responsabilidad de paliar en lo posible tales apreciaciones. En unos artículos de prensa durante 1988, llamó la atención sobre la necesidad de construir refugios, limpiar la ruta, crear fuentes y zonas de descanso, y plantar árboles autóctonos en vez del socorrido eucalipto. No era necesario —ni deseable— crear una infraestructura que rompiera con el verdadero espíritu jacobeo. He aquí una de sus muchas advertencias memorables: «*Conservemos el Camino, Camino. ¡Que no nos deslumbren unos dineros, vengan de donde vengan!*»

Elías había pasado casi treinta años en la Alta Montaña, y su doble papel de «Cura de O Cebreiro» y defensor del Camino, había exigido lo máximo de sí mismo. Según el criterio de unos, había logrado mucho; para los suyos, quedaba mucho que hacer. Y su optimismo le llevó a pensar en una amplia serie de nuevos proyectos: ahí estaba no sólo su guía —ahora con su hermosa cartografía hecha a escala— pero también, ideaba una publicación de estudios jacobeos, un congreso sobre las rutas secundarias a Compostela, un refugio más grande y mejor montado en O Cebreiro... Nunca contaba lo que pudiera costarle la inversión de tanta energía y entrega; solamente contemplaba el incremento de luz que podría conseguir aunque ello significase quemar las velas hasta el final. Pero si bien la mente y el espíritu pueden concebir así las cosas, el cuerpo está sujeto a otras leyes. A lo largo del año oscuro de 1989, se sometió a una intervención tras otra; fueron la mente y el espíritu quienes le sostenían, y siempre con la esperanza de recuperación suficiente para llevar a cabo tales proyectos. A muchos de los amigos que vinieron a verle, les hablaba solo del Camino, tratando de echar de sus pensamientos y de los suyos el espectro de la enfermedad.

Después de su fallecimiento —su *dies natalis*— el once de diciembre del 1989, todos se preguntaban «¿cómo honrar a una persona como ésta, que dio tanto a los demás y cuya vida ha producido tan preciados frutos?» Las respuestas han sido muy variadas. Por las gestiones de algunos amigos y la colaboración del Señor Obispo de Lugo, la petición de depositar sus restos mortales en el interior de la iglesia de O Cebreiro se hizo a Roma, y se otorgó. Los miembros de la Comisión de Expertos sobre el Camino de Santiago, todos ellos amigos de Elías desde hacía años, procuraron que la Xunta de Galicia estableciese en su nombre el *Premio 'Elías Valiña*. La Diputación de Lugo reeditó su tesis doctoral, y le erigió un monumento en O Cebreiro. Docenas de las asociaciones jacobeanas de España, Europa y las Américas han enviado placas para este monolito, o le han dedicado algún acto público. La mía, la Confraternity of Saint James, eligió comisionar en su nombre una talla de Santiago Pere-



grino a un escultor inglés, para colocarla en la fachada del Refugio Gaucelmo en Rabanal del Camino.

Pero, en un sentido, Elías ha tenido la última palabra. Su guía, publicada póstumamente por Galaxia en 1992, se editó en cinco idiomas simultáneamente. La persona que tenga suficiente interés pueda comparar su texto con los de las guías de '85 y '82, y más allá todavía, con el de *Caminos a Compostela*, y verificar como a través del tiempo las palabras que se escribieron en 1969 no han perdido nada de su valor. La cartografía a escala, que Elías redibujó en su totalidad después de varios viajes en 1988, también se publicó póstumamente. Hoy día es un documento histórico, debido a los muchos cambios que ha sufrido el Camino Francés en los últimos 18 años, pero son todavía los más preciosos mapas de la ruta jacobea jamás creados, en que la mano cariñosa de su creador se hace patente en cada lámina. Y finalmente, con el vigésimo aniversario del Congreso de Jaca en el horizonte, se está preparando una exposición sobre la vida y obra de Elías que, después de inaugurarse en el Foro de Jaca que tendrá lugar en septiembre de 2007, recorrerá España y Europa, enseñando a una nueva generación de peregrinos cuanto a él le debemos. Para nosotros, los que tuvimos la bendición de conocerle, la sensación durante los años desde su ausencia ha sido la de echarle de menos más y más, y de recordar su sabiduría, a veces preguntándonos qué hubiera pensado de muchas cosas que han pasado desde su época. Creo que las palabras grabadas en la lápida de su tumba en O Cebreiro podrán reflejar mejor los logros y el don de sí de este hombre entrañable e inspirador: VIAE SANCTI JACOBI INSIGNIS RESTAURATOR ET DE OMNIVM PEREGRINORUM AMICUS ET FRATER. Les agradezco de antemano que cualquier muestra de aprecio sea considerada como un homenaje a su persona, tal como así yo lo considero.

(Madrid, 15 de enero de 2007)

Manuel Fraga Iribarre

El Camino de Santiago y los Años Santos



Actualmente, el Camino de Santiago está más vivo que nunca y el peso de su historia y significados siguen convocando a viajeros y gentes de medio mundo, que lo recorren a pie o a caballo, rememorando a los antiguos peregrinos, o que simplemente se acercan al mismo, y a Galicia, por los actuales sistemas de transporte.

En ambos casos, esta afluencia es especialmente significativa cada nuevo Año Santo o Año Jubilar Compostelano, períodos que conceden nuevos ánimos y energías a ésta celebración y contribuyen a su eco internacional, tanto en el ámbito espiritual como en el cultural y socio-económico.

La influencia del itinerario jacobeo, que se extiende por el mapa europeo desde hace unos 1.200 años, es de tal repercusión —lo fue sobre todo durante la Edad Media y ha logrado volver a serlo en el siglo XX—, que hoy ya casi nadie discute que estamos ante uno de los grandes referentes históricos para el proceso de construcción europea.

En este sentido, la aportación histórica del Camino de Santiago y la tradición jacobea al acervo cultural de la Humanidad están, por cierto, reconocidas por las más altas instancias europeas e internacionales.

El Camino Francés, como ustedes saben, es el principal itinerario histórico entre los diversos itinerarios jacobeos, está declarado por la UNESCO, en sus tramos de Francia y España, como Bien Patrimonio de la Humanidad desde los años 1993 y 1998, respectivamente. Está considerado, asimismo, como Primer Itinerario Cultural Europeo por la Asamblea del Parlamento Europeo y por el Consejo de Europa, al ser uno de los primeros elementos de cohesión que contribuyeron a avanzar en el proceso de unidad europea.

Como ejemplos de tales reconocimientos al más alto nivel sirvan dos referencias. La primera, del citado Consejo de Europa, que en 1987 recomendó la revitalización de la Ruta Jacobea, al tiempo que resaltaba lo siguiente:

«Que la fe que animó —señala el Consejo— a los peregrinos del Camino de Santiago en el curso de la historia y que los reunió en un aliento común, más allá de las diferencias y de los intereses

nacionales, nos dé fuerzas también en esta época, y particularmente a los más jóvenes, para seguir recorriendo estos Caminos con el fin de construir una sociedad fundada en la tolerancia, el respeto al otro, la libertad y la solidaridad».

Y un segundo ejemplo:

Durante el Año Santo de 1993, que precedió a los de 1999 y al último, en 2004, los ministros de Cultura de la Unión Europea aprobaron una declaración en la que manifestaron su apoyo a las iniciativas de revitalización del Camino, señalando, entre otras valoraciones, que esta Ruta «*fue durante siglos uno de los pilares de la construcción histórica y de la formación de la identidad cultural europeas*».

Estos reconocimientos justifican sobradamente la apuesta de las instituciones políticas por el Camino de Santiago y la tradición jacobea, como elementos de cultura y progreso, que van, por su alcance, más allá de su propio y fundamental significado espiritual o religioso.

Con tan sólo unas sencillas pinceladas históricas, es fácil percibir la relevancia de esta ruta.

La tradición jacobea y el Camino de Santiago

El Camino de Santiago comenzó a entrar en la historia hace ya doce siglos, cuando hacia el año 820 un ermitaño descubrió un sepulcro olvidado en el que aparecieron unos restos que, por diversos indicios, fueron considerados como los restos mortales del Apóstol Santiago el Mayor. Sucedió, por supuesto, en lo que es actualmente la ciudad de Santiago de Compostela.

Según algún texto antiguo, anterior al siglo IX, el apóstol Santiago habría predicado en Hispania y sus restos al morir, hacia el año 44, habrían vuelto a algún lugar de la Península Ibérica.

La noticia del descubrimiento de los restos apostólicos en esa tierra finisiterrana, lejana, casi exótica, que era Galicia, hace doce siglos, se extiende, sin embargo, rápidamente por toda Europa. Y pronto empiezan a llegar a la naciente ciudad de

Santiago los primeros peregrinos desde las más diversas y recónditas tierras del Viejo Continente.

Eran aquellos, como es sabido, unos tiempos en los que la fe, nunca mejor dicho, movía montañas, y Santiago era, además, un Apóstol directo de Cristo, había convivido con él y recibido de él sus enseñanzas.

Las vías más concurridas de paso hacia la tumba apostólica se identifican pronto como ‘el Camino de Santiago’, que se consolida definitivamente en los siglos XII y XIII. Será gracias al apoyo de diversos monarcas y figuras de la Iglesia, así como al establecimiento de determinadas indulgencias espirituales especiales para los fieles. Estas indulgencias acabaron teniendo su máximo alcance durante los denominados Años Jubilares Compostelanos o Años Santos.

El Camino de Santiago generó a lo largo de los siglos una extraordinaria vitalidad espiritual, cultural y socio-económica.

Por su existencia nació la primera gran red asistencial de Europa, para la atención a los caminantes, pero también, gracias a esta Ruta, surgieron catedrales, monasterios, villas y ciudades.

Por el encuentro que el Camino propició, surgió una cultura basada en el intercambio y la apertura, se extendieron el arte románico y gótico por media Europa, se fraguaron relaciones imposibles por otros medios en aquel tiempo, y se generó un movimiento socio-económico que dinamizó amplias zonas hasta el momento olvidadas en distintas tierras de España y del resto de Europa Occidental.

Como leve ejemplo de lo que eran la ciudad de Santiago y el Camino en la Edad Media sirva esta cita recogida en el *Códice Calixtino*, libro del siglo XII fundamental de la tradición jacobea. En esta joya bibliográfica, conservada en la Catedral de Santiago, se hace mención a la variadísima procedencia de los peregrinos que llegaban a la ciudad, en los siguientes términos:

«A este lugar vienen los pueblos bárbaros y los de todos los climas, a saber: francos, normandos, escoceses, irlandeses, galos, teutones, iberos, gascones, navarros, impios, provenzales, britinos, flamencos, rusos.....» Y así continúa, en una deta-

llada relación que el Códice alarga hasta medio centenar de procedencias que incluyen, incluso, a conocidos pueblos de África y Asia.

El Camino dejó, en fin, su huella en la infinidad de documentos públicos y privados que se conservan, en manuales de música antigua o, por ejemplo, en los casi mil libros que sólo en el siglo XX se han ocupado, en todo el mundo, de una manera u otra, de esta senda que desde toda Europa llevaba y lleva hasta Compostela.

La estela del Camino de Santiago está simbólicamente unida, desde siempre, a la que nos ofrece, en el cielo, la Vía Láctea. La dirección de los brazos de nuestra galaxia indica también la del caminante hacia Compostela, lo que motiva que esta histórica ruta sea conocida, además, como el 'Camino de las Estrellas'. Un Camino de Estrellas que para los antiguos peregrinos, como, a otro nivel, para los actuales, significa ir hacia la luz, hacia la esperanza, hacia los demás. Esto es lo que muchos en el pasado han querido para el Camino de Santiago y, también, lo que muchos en el presente seguimos queriendo.

Los Años Santos

Pero para lograr esa dimensión el Camino de Santiago contó desde finales de la Edad Media con una herramienta fundamental: los Años Santos Compostelanos o Años Jubilares. Si los primeros peregrinos habían llegado a Compostela atraídos por la propia relevancia de la figura de Santiago el Mayor, uno de los apóstoles preferidos de Cristo, según la tradición cristiana, con el paso de los años y los cambios sociales y de mentalidad, se necesitaron nuevos revulsivos. La concesión de grandes indulgencias en determinados años, como también se hace en Roma desde la Edad Media fue la solución.

Desde el siglo XII ya se tiene constancia de la concesión de numerosas indulgencias plenas a los peregrinos que llegaban hasta la ciudad de Santiago de Compostela. El origen del Año Santo Compostelano (o Año Jacobeo) se ha atribuido a una supuesta concesión del Papa Calixto II datada en 1122, aunque algunos autores modernos defienden un origen algo posterior, hacia el siglo XIV/XV.

Numerosos documentos y referencias bibliográficas demuestran la gran afluencia que se producía gracias a esta celebración, revitalizando la tradición jacobea e incrementando el número de peregrinos y visitantes a la ciudad de forma muy notable, incluso en los siglos de mayor declive del mundo jacobeo, entre los siglos XVII y XIX.

Como en el pasado, actualmente la celebración del Año Santo Compostelano tiene lugar a lo largo de los doce meses de los años en los que la festividad del Apóstol Santiago coincide en domingo. Esto sucede en períodos invariables de 6, 5, 6 y 11 años. Los últimos Jubileos compostelanos del siglo XX fueron los de 1993 y 1999 y el primero del XXI, el de 2004. El próximo será en 2010.

Los peregrinos que llegan a la ciudad a pie o a caballo a través del Camino de Santiago pueden

solicitar, si lo desean, la 'compostela'. Es un documento cuya concesión inició la Catedral compostelana en el siglo XV y que acredita haber realizado la peregrinación tradicional, a pie o a caballo. Actualmente también se concede a los peregrinos que realizan la Ruta en bicicleta.

La ciudad de Santiago y Galicia

Y unas palabras, para la meta del Camino, Santiago de Compostela. Como no podía ser menos, llegar a esta ciudad es hacerlo a una urbe inseparablemente unida a las huellas del Apóstol Santiago. Unas huellas que la han convertido en una de las tres grandes urbes históricas de la Cristiandad, junto con Roma y Jerusalén.

El eco propiciado por el hallazgo de la tumba apostólica, en el siglo IX, hizo que la ciudad se desarrollase con rapidez. En el siglo XII era ya un próspero burgo medieval donde todas las gentes, las lenguas y las culturas eran posibles. La referencia más evidente para cuantos peregrinaban a Compostela es, desde los siglos XII-XIII, la Catedral, culminada en el medieval Pórtico de la Gloria, ese conjunto escultórico que es una de las mayores cimas del arte universal.

Hoy, como ayer, la Catedral sigue recibiendo a los visitantes desde cualquiera de las cuatro majestuosas plazas que la circundan, especialmente de la del Obradoiro, con su monumental fachada barroca. Una plaza de la que el escritor Gabriel García Márquez llegó a decir:

«Siempre he creído, y lo sigo creyendo, que la plaza más bella del mundo es la de Siena (Italia). La única que me ha hecho dudar es la del Obradoiro, en Santiago de Compostela».

En el interior de la Catedral las huellas jacobeanas más evidentes las representan, además del Pórtico, la cripta en la que se guardan los restos del Apóstol, en el altar mayor, y el *botafumeiro*, el enorme incensario que vuela sobre la nave menor en las misas del peregrino y las grandes solemnidades.

Santiago, fiel a sí misma, ha logrado conservar vivo uno de los cascos históricos más extensos del mundo, lo que unido a su legado espiritual y cultural, la ha llevado a conseguir, como el propio Camino que en ella concluye, las más altas distinciones. Destaca, sobre todo, su declaración, por la UNESCO, como Patrimonio de la Humanidad, en 1986.

En 1998 la Unión Europea reconoció los esfuerzos compostelanos por conservar y dinamizar su excepcional Patrimonio con la concesión del Premio Europeo de Urbanismo, una distinción que se concede cada cuatro años a la mejor labor europea en este campo. A modo de culminación de estos reconocimientos, Santiago fue, en el simbólico año 2000, Ciudad Europea de la Cultura, por decisión de la Unión Europea.

Es decir, en el último tercio del pasado siglo, Santiago de Compostela y el Camino había renacido de sus cenizas. Y a este fenómeno no había sido ajeno el Papa Juan Pablo II que con su histórica visita a Santiago de Compostela en el Año Santo de 1982 renovó ante el mundo occidental la fe en el Camino y el prestigio de Santiago de Compostela como hito de la cristiandad junto a Jerusalén y Roma. El Santo Padre con su gesto de orar ante la tumba del Apóstol y con su importante discurso en la Catedral sobre las raíces cristianas de Europa y sobre la necesaria renovación espiritual y humana del viejo continente abrió nuevamente de par en par las puertas de Santiago como en los mejores tiempos de la cristiandad. Aún hoy en cada piedra de la Plaza del Obradoiro resuenan como un reto de esperanza aquel definitivo ¡«Europa se tu misma!» de Juan Pablo II.

Una primera experiencia

Después de varios siglos de oscuridad y de silencio los Años Santos Compostelanos recuperaban su prestigio, su dinamismo y su proyección internacional. Todo ello a partir de la segunda mitad del siglo XX, como queda dicho.





Fueron muchos los factores que permitieron mantener vivo el espíritu jacobeo a pesar del silencio que se extendió sobre él durante muchas décadas y, sin duda, uno de los factores fundamentales de este espíritu ha estado, y sigue estando, en las asociaciones nacionales e internacionales de los Amigos del Camino y, muy especialmente, de las asociaciones europeas —francesas, alemanas, austriacas, suizas e italianas y por supuesto españolas—, que mantuvieron vivo el espíritu religioso, solidario y cultural de los caminos hacia Compostela. Podríamos citar cientos de ejemplos, religiosos o laicos, que a título individual lucharon por mantener vivo ese espíritu.

Y llegado a este punto voy a hacer un paréntesis para contar algunas experiencias que yo he vivido de manera directa y personal. En 1965, era yo ministro de Información y Turismo del gobierno de España, mi equipo y yo decidimos incluir dentro del Presupuesto del ministerio una partida específica para la promoción del Año Santo, a nivel nacional e internacional.

Desde el propio ministerio de Información y Turismo coordinamos al resto de los ministerios que de una forma u otra tenían algo que ver en el proyecto del Año Santo con el fin de que el plan que habíamos puesto en marcha produjera los efectos deseados para las regiones por las que pasaba el Camino. Mejoramos sustancialmente firmes en los caminos de Santiago y, muy especialmente del Camino Francés, que fue señalado, en la mayor parte de sus tramos. Mejoramos las infraestructuras viarias hacia Compostela y se rehabilitaron hospederías y se construyeron albergues o hospedajes, como el Burgo de las Naciones en Santiago que sirvió, entonces, para dar cobijo, a un precio razonable, a miles de peregrinos que habían de llegar a Compostela. A todo esto se unieron unos presupuestos extraordinarios para ayudar a la rehabilitación y modernización de los hoteles en todas sus categorías. Además de una importante campaña de promoción a nivel nacional e internacional.

La operación fue un éxito total a nivel nacional. Y sirvió también para consolidar un poco más

el turismo extranjero hacia nuestro país que, por entonces, estaba en plena expansión.

Esta modesta experiencia fue imborrable para mí y he de decir que no solamente por el éxito que cosechamos, tanto en el orden espiritual como en el económico para nuestro país, sino más bien porque con el paso del tiempo la idea de que fuimos capaces de adecuar el concepto de espiritualidad con cultura y solidaridad sin herir la sensibilidad de religiosos y laicos me enorgullece.

Aún más leer que el año 1965 fue un punto de inflexión, de partida hacia la concepción de la modernidad de los Años Santos, como recoge en sus crónicas algunos estudiosos del Camino; o escucharlo de personas de reconocido prestigio nacional e internacional, tanto en el ámbito eclesiástico como en el ámbito intelectual o de los miembros de las Asociaciones de los Caminos, me produce una satisfacción íntima que no se puede describir.

Los planes Xacobeos: 1993-1999-2004

Esa primera experiencia me permitió afrontar con decisión, y sin ninguna duda, lo que al final había de convertirse en un rotundo éxito, a pesar de algunas incomprensiones injustas y hoy ya superadas, y también de algunas críticas maliciosas.

Convencido como estaba, y estoy, de lo que significaban los caminos de Santiago como referente internacional de España, y aun de Europa, nada más tomar posesión como Presidente de la Comunidad Autónoma de Galicia, en febrero de 1990, decidí crear un Plan Xacobeo para el año 2003, primer Año Santo después del más multitudinario que hasta entonces había habido, que fue el año de 1982 en el que Juan Pablo II, como queda dicho, estuvo en Santiago de Compostela.

La celebración del año 1993 alcanzó una gran dimensión espiritual, pero también convirtió a Galicia y al conjunto de comunidades autónomas españolas recorridas por el Camino de Santiago en un renovado y privilegiado espacio para el encuentro, la

cultura y el turismo, en concordancia con lo que esta Ruta significó a lo largo del tiempo.

El empeño no fue fácil porque 1982, último Año Santo quedaba muy lejos, y la falta de atención había deteriorado los tramos más sobresalientes del Camino Francés, el de más prestigio y popularidad y había dejado prácticamente intransitables el resto de los caminos. Por entonces no había más que tres albergues de peregrinos y sin duda la hospitalidad hacia los peregrinos de los viejos y conocidos monasterios que jalonan el Camino.

Los problemas que había que afrontar eran enormes. Hay que pensar que entonces muchos de los paisanos que hoy celebran y defienden el Camino, como fuente de riqueza, no creían en él. Y la repercusión y puesta en valor de los elementos patrimoniales del Camino suponían un importante desembolso económico, lo que ayudaba a incrementar las críticas de los recreídos. Pero nuestra reflexión era clara: si gracias al desenvolvimiento en la época medieval de los Caminos de Santiago Europa llegó a Galicia y, Galicia fue capaz de llegar a Europa, ¿por qué no podía ser posible en los albores del siglo XXI volver a convertir la gran autopista de comunicación que siempre fue el Camino de Santiago en una fuente de flujos de Europa hasta esta parte más occidental del continente?.

Una inversión de 126 millones de euros

Para entender las dificultades he de decir que el Plan Xacobeo del 93 supuso una inversión de cerca de ciento veintiséis millones de euros (veintiún mil millones de las viejas pesetas) y el trabajo impropio de miles de personas que no desfallecieron en el empeño de convertir el Camino de Santiago en lo que había sido: una fuente de espiritualidad, de comunicación, de cultura, de solidaridad y de concordia.

Se construyeron ex novo o se rehabilitaron diecinueve nuevos albergues de peregrinos, se recuperaron los ocho caminos hacia Compostela y de manera fundamental, el Camino Francés, que fue señalado desde O Cebreiro a Santiago; se recuperaron fuentes, áreas de recreo, ermitas, iglesias y monasterios y, se construyó la Ciudad del Monte del Gozo que situada a 368 metros de altitud es el punto del Camino Francés la última etapa desde el que el peregrino contempla, por primera vez, la ciudad de Santiago, momento feliz e intenso que está en el origen de la denominación del lugar: Monte del Gozo.

En esta pequeña ciudad se construyó el Centro Europeo de Peregrinación y Pastoral Juan Pablo II, formado por un conjunto de edificaciones de pequeña estructura para residencia, un auditorio y una capilla. Y ocupa una superficie de dieciséis mil metros cuadrados.

En la ladera norte del monte, de forma inmediata al itinerario del Camino se emplazan los pabellones residenciales con una capacidad máxima de dos mil ochocientas camas, de las que ochocientas están reservadas para los peregrinos que lleguen a

pie, a caballo o en bicicleta. Toda la zona está acondicionada con un centro de servicios, bares, restaurantes y tiendas en general ocupando una superficie de diecisiete mil metros cuadrados.

Y, finalmente, el Monte del Gozo tiene una zona de acampada para peregrinos y un auditorio al aire libre con capacidad para más de treinta mil personas y en el que los últimos años se celebraron importantes encuentros multitudinarios a nivel nacional e internacional tanto religiosos o sociales, como lúdicos o festivos.

Como decimos, 1993 fue el punto de arranque de un proyecto que entendemos ya consolidado y que ha servido para que Galicia, como meta del Camino, volviera a recuperar su prestigio, tanto en el ámbito nacional como internacional. Hoy ninguna de las ocho comunidades autónomas, por las que discurre el Camino, discute el liderazgo de Galicia. Y la sede del Comité Internacional de Expertos del Camino está ubicada en Santiago de Compostela.

La proyección del Camino no solo tuvo una importante repercusión *espiritual* —más de medio millón de peregrinos recorrieron algún tramo del Camino en ese Año Santo— o *cultural* —se celebraron más de doscientos cincuenta eventos de nivel nacional e internacional— sino que el esfuerzo realizado también dio un importante fruto económico a todas las comunidades por las que pasa el Camino, pero muy especialmente, a Galicia que se acercó a los *tres millones de turistas* en ese año, lo que supuso un importante crecimiento del sector servicios y un volumen de negocio de *mil seiscientos millones de euros*.

La sociedad civil da un paso adelante

En 1999, tras aquella positiva experiencia, el Gobierno gallego ejecutó el *Plan Xacobeo 99*, como mecanismo institucional de dinamización ante la celebración del último Año Jubilar del siglo XX. Fue un Plan que amplió, diversificó y proyectó con

renovadas propuestas los objetivos del 1993. Podía definirse como el Plan Xacobeo en la que la *sociedad civil* da un paso adelante y se incorpora al proyecto de una forma espontánea y natural convencida de que el Xacobeo es una fuente generadora de riqueza.

Si la inversión de la Xunta de Galicia en el Xacobeo 93 fue de cerca de *ciento veintiséis millones de euros*, la inversión del Xacobeo 99, por el contrario, no superó los *veintinueve millones de euros*. Esta es la primera diferencia cuantitativa, pero no la única de este Xacobeo con el anterior. La experiencia y el éxito obtenido por el primer Xacobeo permitió al gobierno racionalizar el gasto y conseguir nuevas fuentes de financiación.

En la racionalización del gasto fue decisiva la incorporación de la Sociedad del Xacobeo a la Consellería de Cultura que además tenía la responsabilidad del Turismo, de tal manera que todo el operativo económico de la Consellería: cultura, ocio y turismo tenían un objetivo común: convertir el último Año Santo del siglo y del milenio en un escaparate de Galicia, en España y Europa de cara al siglo XXI. La conjunción de esfuerzos de la dirección general de Cultura, la dirección general de Turismo y la Gerencia de los Caminos, permitió restaurar y recuperar más patrimonio con menos esfuerzo. Se construyeron, o restauraron, treinta y cinco nuevos albergues de peregrinos, se recuperaron, señalizaron y restauraron más de trescientos kilómetros de los Caminos Portugués, del Norte, Fisterra/Muxia, Via de la Plata, Inglés y se mantuvieron, con mejoras sustanciales, ciento veinte kilómetros del Camino Francés.

Se recuperaron, o restauraron sesenta iglesias, ermitas, conventos y monasterios del Camino y se inició, por primera vez en España, el Plan de Catedrales con actuaciones en la Catedral de Mondoñedo, en la de Lugo y Orense.

Párrafo aparte merece dentro de este Plan de Catedrales las actuaciones en las de Santiago de Compostela y Tuy, que fueron copatrocinadas por Caja Madrid, por un monto muy próximo a los

seis millones de euros. Y, como decía al principio, el tema de los patrocinios fue importante en este Xacobeo 99. Por ejemplo, se recaudaron de catorce empresas patrocinadoras y cuarenta y seis empresas colaboradoras un total de *quince millones seiscientos noventa y dos mil euros*, que fueron a engrosar las cuentas de la Sociedad de Gestión del Xacobeo. Y esta cifra habría que multiplicarla por dos, o por tres, si tenemos que valorar en euros las campañas de publicidad que estas empresas, entre las que se encontraban algunas de las más importantes de España, hicieron del Xacobeo al promocionar sus productos.

En el aspecto cultural o lúdico hay que decir que en el Xacobeo 99 se celebraron mil trescientos ochenta y siete espectáculos, la mayoría de ellos con trascendencia nacional e internacional que tuvieron cerca de dos millones de espectadores. Igual éxito tuvieron las ciento setenta y dos exposiciones y conferencias científicas que alcanzaron una cifra de visitantes de un millón seiscientos mil.

En un fenómeno de masas de estas características, hemos de pensar que el Xacobeo 99 trajo a Galicia y, fundamentalmente a la ciudad de Santiago, a cerca de once millones de personas, para lo se requiere una organización y una logística impecables. Y en este sentido hay que decir que tanto las fuerzas de seguridad —policía nacional, guardia civil y policía local—, como los servicios de la Cruz Roja, Protección Civil, los servicios de emergencia sanitaria del 112 y, lo que es más importante, el voluntariado y los hospitaleros fueron fundamentales para que no se produjera ningún incidente de gravedad, y los de menor importancia como ampollas, torceduras, desmayos o insolaciones fueran resueltas con rapidez y eficacia.

Para hacerse una idea del número de personas que requiere la organización de un evento de estas características basta decir que en los mil trescientos ochenta y siete espectáculos del Xacobeo participaron activamente más de quince mil personas entre técnicos, profesionales, especialistas, sincronizadores, montadores y personas subalterno.

El éxito del Xacobeo 99 puede resumirse en estas cifras:

11.000.000 millones de visitantes (personas que visitaron Galicia y Santiago de Compostela, pero no pernactaron en nuestra Comunidad).

5.200.000 turistas, con un gasto superior a los tres mil diez millones de euros.

Las plazas hoteleras se incrementaron en tres mil. Y se construyeron treinta y nueve nuevos hoteles de tres, cuatro y cinco estrellas.

2004: los patrocinios igualaron los presupuestos de la Xunta

Terminamos 1999, con una importante esperanza, que la sociedad civil se implicara definitivamente en las celebraciones jacobeanas. Y así fue. El Apóstol hizo posible que el primer Año Santo del milenio recaudara en patrocinios igual cantidad que la que, con presupuestos públicos, invirtiera la Xun-



ta. Efectivamente, el presupuesto del gobierno para el Xacobeo 2004, fue de 31.924.000 euros, mientras que lo recaudado por patrocinios fue de 31,690.016. Treinta y cuatro empresas aportaron, cada una, más de seiscientos mil euros. Y nueve empresas aportaron entre cien mil y seiscientos mil euros. Al recoger estos datos no pretendo destacar la buena gestión realizada por el gobierno, sino que quiero resaltar expresamente la implicación de la sociedad civil en el proyecto xacobeo, que se ha vuelto a convertir en un fenómeno universal y abierto y, lo que es más importante, sin prácticamente ningún rechazo por parte de la sociedad civil, pues resultaría inimaginable pensar que multinacionales de la categoría de El Corte Inglés, BBVA, Santander, Repsol, Telefónica, Caixa Galicia, Carrefour, Mahou, Caixanova y un largísimo etcétera, pusieron su marca al lado del logotipo del Xacobeo ¿creen ustedes que si hubiera la más mínima contraindicación por parte de la sociedad lo hubieran hecho?. Parece claro que no. Es decir el Xacobeo no resta. El Xacobeo suma.

que visitaron la Comunidad superó los tres millones, la mayoría de ellos jóvenes españoles, pero curiosa-mente se multiplicaron por cinco la cifra de jóvenes europeos esencialmente los procedentes de Portugal, Francia, Alemania, Polonia y Reino Unido.

Como decimos en 2004, hasta ahora la última celebración jubilar, se culminaron éstos proyectos con el *Plan Xacobeo 2004*. Estos procesos contribuyeron a renovar no sólo la dimensión espiritual internacional del Camino y a convertirlo en la senda cultural internacional de mayor proyección y dinamismo del mundo. Se sentaron las bases para mantener vivo ese espíritu de cara al futuro. Hoy las asociaciones se multiplicaron por 100, las instituciones públicas por las que para el Camino han revitalizado y creado unidades administrativas para potenciar, proteger y recuperar los caminos, la propia iglesia se ha convencido de que el fenómeno Xacobeo, disfrazado de moderno, sigue siendo el de siempre: solidario y espiritual, y colabora abiertamente con las Administraciones públicas. Los mas jóvenes se han convencido de que caminar no solo es saludable, sino

renovados espacios para el encuentro internacional.

Estas iniciativas se concretaron, a su vez, en los apartados de rehabilitación y mejora del patrimonio arquitectónico y medio-ambiental de la Ruta Jacobea; la programación de exposiciones, congresos y estudios; y un variado programa de música, teatro y danza, con algunos de los artistas y creadores más relevantes de Galicia, España y el mundo.

Invitación a Galicia y al Camino

Desde esta perspectiva, el Camino de Santiago y los Años Jacobeos se han convertido de nuevo, y sin duda, en una de las mejores tarjeta de presentación de Galicia (y también del resto de España, especialmente de toda la zona norte peninsular) y el punto de partida para, desde estas dos realidades, vivir intensamente las otras muchas propuestas y atractivos de esta tierra. Se trata, además, de un bien que tiene en Santiago de Compostela y Galicia



Como no podía ser de otro modo los datos del año 2004 fueron todavía mejores que los del año 99. Por ejemplo: un millón de peregrinos pernoctaron en los albergues que se extienden por los ocho Caminos de Santiago en Galicia y en el año 2004 ya alcanzaban la cifra de sesenta y cuatro; los visitantes estimados fue de seis millones cuatrocientos treinta y nueve mil, pues todos ellos pernoctaron, por lo menos una noche en la Comunidad.

La influencia en el sector servicios en el PIB gallego pasó del 10 al 13 por ciento, y el número de instalaciones hoteleras alcanzó la cifra récord de 658, así como el número de plazas hoteleras que fue de cuarenta y cuatro mil seiscientas. Como decimos el Xacobeo 2004 fue espectacular y lo pone de manifiesto con claridad estos tres datos: se celebraron tres mil actividades culturales, algunas de ellas de calidad extraordinaria y de nivel internacional; todos y cada uno de los 315 municipios de Galicia realizaron como mínimo una o varias actividades relacionadas con el Xacobeo; y el número de jóvenes

solidario; y los urbanitas han encontrada en los caminos una fuerte inspiración para evitar el estrés.

En definitiva, la mano de El Apóstol está en cada tramo de nuestros propios caminos.

Ya termino, pero antes quiero decir que los planes Xacobeos actuaron en una triple dirección. Colaboraron con la Iglesia en la acogida de peregrinos; promovieron los valores históricos del Camino a través de un variado y diversificado programa de rehabilitación de monumentos e itinerarios; y difundieron la dimensión europeísta y solidaria de la cultura jacobea a través de las más diversas actividades artísticas, festivas y de estudio.

Para esto diseñaron en cada caso una programación estructurada en tres grandes áreas de acción:

- La revitalización del patrimonio cultural relacionado con la tradición jacobea y la dotación de servicios específicos para el viajero y visitante.
- La promoción de dicho patrimonio cultural y
- La consolidación de Santiago, Galicia y el propio Camino de Santiago como antiguos y

su meta, pero que, por supuesto, pertenece, física y moralmente, y al mismo nivel, a otras muchas tierras de España y Europa.

Galicia, a través del Camino de Santiago, es una tierra habituada a recibir, a través de los siglos, a millones de visitantes. En los últimos años, además, ha incrementado en gran medida sus infraestructuras hoteleras y de servicios culturales y turísticos. El Noroeste de España es, en definitiva, un destino cada vez más conocido y atractivo. Se lo debemos en gran medida a la Ruta Jacobea, pero también a las otras muchas cosas que es Galicia, entre ellas que ha sido y es una tierra privilegiada de comunicación entre América Latina y Europa.

Sólo nos queda ahora pensar en la nueva gran cita jubilar, en 2010. Confiamos en que vuelva a ser un acontecimiento espiritual, cultural y turístico por el que siga transitando una parte esencial de la historia más viva de Europa.

(Madrid, 19 de febrero de 2007)

José Ignacio Díaz

Las Asociaciones Jacobeas en la recuperación del Camino de Santiago



Me alegra mucho haber sido invitado a participar en estas conferencias que organiza la Asociación de Amigos de los Caminos de Santiago de Madrid a la que me unen tantos vínculos personales, primero con la figura inolvidable de Jose Cima-devila con el que me tocó trabajar en los primeros años de la recuperación del Camino y con otras personas como Paco García Mascarell, María José Parejo y Jose Antonio Ortiz, con los que la Asociación incorporó a peregrinos y hospitaleros que creo que en la actualidad es el componente básico de esta Asociación que cumple ahora 20 años.

La razón de mi presencia aquí es que he tenido la suerte de participar en buena parte de la historia de la recuperación actual de la peregrinación a Santiago de Compostela a través de la tarea de las Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago. En estos comentarios que voy a hacer intentaré transmitir mi visión de cómo las Asociaciones contribuyeron a que la peregrinación jacobea, que había tenido tanta importancia en los siglos medievales llevando a Santiago a muchos miles de peregrinos y que había pasado muchos años de olvido, volviera a tener un dinamismo admirable. Sin duda que son muchos los factores que han contribuido a esta situación, pero yo voy a limitarme a la aportación de las Asociaciones.

Una pincelada personal

Un primer paso sería explicar cuando y cómo me incorporo yo a este asunto. Para mí todo empezó en 1982 cuando yo era muy joven y el Camino ya era muy viejo. Empezó cuando en junio de ese Año Santo me puse en camino desde Hervías, pequeño pueblo riojano próximo a Santo Domingo de la Calzada del que entonces era párroco, hacia la tumba del Apóstol en Compostela. Fui con un grupo de 12 jóvenes del pueblo, para mí la peregrinación era un modo más de trabajar pastoralmente con esos jóvenes con los que realizábamos muchas actividades entre las que destacaba la edición de una pequeña revista destinada a la gente del pueblo.

Aquella no era precisamente una peregrinación «tradicional», sino que teníamos todas las ca-

racterísticas de los peregrinos que a algunos hospitaleros actuales les encanta dejar en la calle. Íbamos con dos coches de apoyo que nos facilitó gratuitamente el servicio oficial de Talbot en La Rioja, allí llevábamos las tiendas de campaña, la cocina, la comida y la mayor parte de la ropa, de forma que nuestras mochilas eran más bien simbólicas. Antes y después de la peregrinación se publicaron varios artículos en la prensa regional sobre el asunto y cada 3 días hacíamos una conexión en directo con el programa regional de Radio Nacional para contar los pormenores de nuestra aventura. Al menos hicimos todo el recorrido a pie. Como experiencia de trabajo pastoral con los jóvenes y en relación al pueblo fue una maravilla.

Pero para mí representó otra cosa. Yo conocía el Camino de Santiago por la historia, precisamente aquel año terminé mis estudios de Geografía e Historia y me enteré de la nota en Paleografía, que era la última asignatura que me quedaba, en una llamada que hice desde El Burgo Ranero. Pero desde que lo viví como peregrino, el Camino adquirió para mí una dimensión distinta. Lo más importante es que empecé a mirar de manera distinta a los peregrinos, muy pocos entonces, que veía pasar por la carretera en mis frecuentes viajes a Logroño. Lo que cuenta Platón de que los padres quieren a sus hijos porque se reconocen a sí mismos en ellos, yo me reconocía en esos peregrinos y no podía por menos que parar el coche y charlar un poco con ellos para preguntarles cómo les iba, si necesitaban algo o quería que les orientara sobre lo que iban a encontrar después. Esto hizo que muchos pasaran por mi casa, a un lado del Camino, y les daba información y en algunas ocasiones hospedaje. Todo esto hizo que sin sospecharlo, ni buscarlo, el resto de mi vida ha estado, y supongo que estará, vinculado al Camino de Santiago.

Elías Valiña y las Asociaciones Jacobeas

Perdonen estos comentarios personales que me parecen oportunos para explicar mi vinculación al Camino y porque en esta primera peregrinación su-

cedió otra cosa de mayor importancia para el objeto de esta conferencia: tuve la oportunidad de conocer a Elías Valiña. No estaba en O Cebreiro cuando nosotros pasamos, pero a la tarde volví con el coche para conocerle pues me habían hablado de él en otras etapas del Camino y sabía que llevaba muchos años dedicado a la restauración de O Cebreiro y al estudio del Camino de Santiago.

En los tres años siguientes volví a verlo en varias ocasiones pues vino a visitarme a mi casa en algunos de sus recorridos por el Camino, siempre con prisa no se detenía mucho tiempo y apenas te aceptaba un simple café. En aquellos años se publicó la Guía del Camino editada por el Ministerio de Cultura, la guía roja que luego editaría Everest.

En mayo de 1985 es cuando en realidad empieza la historia de las Asociaciones Jacobeas. El entonces arzobispo de Santiago, Antonio María Rouco, tuvo la idea de convocar una reunión de párrocos del Camino de Santiago con motivo del centenario de la Bula *Deus Omnipotens*. Yo entonces estaba preparando mi segunda peregrinación y no era propiamente cura del Camino, pero me invitaron a asistir por mi vinculación a los peregrinos.

Allí nos reunimos 31 sacerdotes y 7 laicos acogidos y acompañados por el director del Centro de Estudios Jacobeos de Santiago Eugenio Romero Pose que, como todos ustedes saben, lamentablemente acaba de fallecer (25 marzo 2007) siendo Obispo Auxiliar de esta sede de Madrid. Además de varias conferencias y excursiones por los más significativos lugares jacobeos, hubo varias sesiones de debate en las que se pusieron en común las inquietudes que entonces teníamos en el Camino de Santiago. Allí estaba Paco Beruete que llevaba varios años ya como presidente de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella, la única entonces existente, había varios sacerdotes con larga experiencia en el paso de peregrinos y otros muchos que no sabían muy bien de qué iba aquello.

Todos los que participamos creo que salimos con ilusión por participar en una recuperación de la peregrinación jacobea, pero creo que sólo Elías sabía qué había que hacer y cómo llevarlo a cabo. Por eso



a nadie se le pasó por la cabeza otro al que se pudiera elegir como coordinador de todas las iniciativas, sino Elías a quien se dio el pomposo título de Comisario para el Camino de Santiago.

Las grandes líneas de actuación para el futuro se centraron en la recuperación y señalización del itinerario, la promoción de refugios de peregrinos y la creación de Asociaciones de Amigos del Camino siguiendo la estela marcada por la Asociación de Estella. Se podía haber optado por la creación de cofradías u otro tipo de institución, pero se optó por asociaciones de régimen civil en el ámbito cultural.

Otra de las conclusiones fue la creación de un boletín de información con el que pudiéramos estar al tanto de las novedades que se producían en los diversos lugares. A través de este *Boletín del Camino de Santiago* se pueden ver los trabajos de recuperación de tramos de Camino separados de la carretera, la señalización que ese año 85 se hizo por primera vez en todo el ámbito del Camino y la creación de las nuevas Asociaciones.

La creación de estas Asociaciones fue un trabajo muy particular de Elías. En La Rioja fui yo el encargado de crear la Asociación, con base en el grupo de jóvenes peregrinos de Hervias y algunas incorporaciones de peregrinos de Logroño. Pero en la mayoría de los casos fueron las gestiones personales de Elías en sus incansables viajes por el Camino, las que fueron poniendo las bases de la creación de las Asociaciones en todas las provincias por donde pasaba el Camino Francés. La base fueron los curas: Antolín de Cella en el Bierzo, Antonio Viñayo en León, José Mariscal en Palencia y Jose M^a Alonso en Burgos. Junto a ellos se unieron personas interesadas en la historia y las actividades culturales de las localidades y regiones de la ruta como Pablo Arribas y Braulio Valdiviello en Burgos, Angel Luis Barreda y Carmen Montes en Palencia. También se incorporaron algunas personas vinculadas con los Centros Gallegos como Luis Bacariza en Ponferrada y el inolvidable José Cima-devila que desde muy pronto empezó a participar en nuestras reuniones como presidente del Centro Gallego de Madrid. Con estas incipientes Asociaciones

y el empuje incansable de Elías fuimos teniendo reuniones y poniendo en común nuestras gestiones.

En una de estas reuniones Elías propuso la realización de un Congreso Internacional del Camino de Santiago. En años anteriores había habido una exposición importante en Gante (Bélgica) llamada *Europalia*, donde el Camino de Santiago había tenido un papel destacado. Elías había participado en esa exposición y allí contactó con otras personas de Bélgica, Alemania, Inglaterra e Italia interesadas en el Camino. En el año 87 se hizo un Congreso Internacional en Colonia que para mí representó el primer contacto con amantes del Camino de otros países. Siguiendo esta estela nos planteamos hacer un Congreso en España.

Para entonces ya había varias Asociaciones de Amigos del Camino (en el 86 se crearon las de La Rioja, León y Lugo, y en el 87 las de Madrid, Palencia, Burgos, Navarra, El Bierzo, La Coruña, Guipúzcoa y Valencia) y había bastantes lugares donde se podía hacer un Congreso. Pero Elías nos sorprendió a todos proponiendo Jaca, que era la zona donde menos desarrollo había tenido hasta entonces el movimiento jacobeo. A él le movía el deseo de organizar allí la reunión para dar un empuje a esa zona y por ser uno de los puntos de inicio del Camino en España.

Lo más importante de este Congreso fueron las reuniones previas de preparación que se hicieron. Algunas fueron generales y otras por sectores de las tres comisiones de trabajo que se formaron dedicadas al camino físico, albergues y credencial-boletín informativo. En una de estas reuniones se nos encargó a la Asociación Riojana la presentación de un proyecto para el boletín. Mi experiencia en estos temas editoriales era mínima, la elaboración de la revista del pueblo y los escarceos del semanario clandestino e impertinente que elaboré en mis años de seminarista conflictivo.

Creo que en estas reuniones previas a Jaca fue donde de verdad se crearon las Asociaciones y se formó ese grupo de personas idealistas que llevaron a cabo la renovación del Camino. Luego, del 23 al

26 de septiembre de 1987, se celebró el Congreso que contó con mucha participación y donde se pusieron las bases de todo lo que ha venido detrás. Allí se trató de la creación de albergues y del sentido tradicional de la hospitalidad, se presentó el nuevo modelo de credencial de peregrino que realizó la Asociación de Palencia y que desde entonces se usa, y se puso en marcha la revista *Peregrino*. Allí fueron apareciendo todos los temas que después han seguido en debate, la acogida en la Catedral de Santiago, la tensión entre peregrinos y turistas, la intervención de las administraciones públicas... Sobre todo fue una ocasión para conocer a otras personas interesadas por el Camino, sobre todo a peregrinos que fueron ingresando en las Asociaciones y sirviendo de base a la creación de nuevas en provincias fuera del Camino Francés. En el primer momento de la creación de Asociaciones los peregrinos, los que teníamos experiencia de hacer la peregrinación andando, éramos muy pocos.

Un mes después, el 23 de octubre, se celebró en Santiago la declaración del Camino como Primer Itinerario Cultural Europeo por parte del Consejo de Europa. Allí nos dimos cita la mayoría de las Asociaciones Jacobeas y tuvimos una tertulia muy interesante con Marcelino Oreja. En esta reunión de un modo inesperado, Elías dijo que no quería seguir siendo coordinador y que era conveniente elegir a otro. Angel Luis Barreda, presidente de la Asociación de Palencia, que había tenido un papel destacado en la preparación de Jaca y luego en la organización práctica del Congreso fue elegido coordinador. Siempre me he preguntado que le movió a Elías a echarse a un lado y dejar de ser el punto de referencia necesario para todos nosotros. Tal vez no era hombre de organización sino de trabajo solitario y una vez que la cosa parecía que estaba en marcha pensó quedarse a un lado. Muy pronto empezó a manifestarse la enfermedad que acabaría con su vida en diciembre de 1989. A Angel Luis Barreda le correspondió la tarea de consolidar aquel primer movimiento jacobeo, que era en gran parte fruto del trabajo personal de Valiña, y aglutinar a las Asociaciones en los trabajos comunes que nos habíamos propuesto.

El ámbito eclesial del Camino

Al lado del movimiento asociativo se fue desarrollando otro ámbito más eclesial con la creación en abril de 1988 de la Comisión Interdiocesana formada por representantes de todas las diócesis del Camino Francés, más la catedral de Oviedo. La formación de esta comisión, a la que pertenecíamos los mismos sacerdotes que estábamos en las Asociaciones, pretendía unificar e impulsar el trabajo pastoral con los peregrinos con un objetivo inmediato que era el Encuentro Mundial de los Jóvenes que se celebraría en agosto de 1989 en Santiago con la presencia del papa Juan Pablo II. El primer fruto de esta Comisión fue la publicación en julio del 88, de la Carta Pastoral conjunta de los Obispos del Camino que marca un hito importante en la

evolución de la peregrinación jacobea. En las numerosas reuniones que tuvo esta Comisión interdiocesana entre 1988 y 1992, la colaboración con las Asociaciones fue total y en las reuniones participaba activamente el presidente de la coordinadora de Asociaciones.

La celebración del Encuentro Mundial de la Juventud congregó en el Monte del Gozo a medio millón de personas y representó un hito clave en la reciente historia del Camino. Fue la primera ocasión en la que se empezaron a ver grandes grupos de peregrinos y lo que marcó el desarrollo de infraestructuras grandes.

La vida de las Asociaciones seguía su desarrollo que en 1990 se centró en la realización del segundo Congreso Internacional en Estella. La elección de la ciudad navarra para celebrar este Congreso tenía como motivo inmediato que ese año se celebraba el 900 aniversario del fuero de Estella, pero era también todo un homenaje a Paco Beruete (Presidente-fundador de la Asociación de Estella) que tanto había aportado al Camino. En los trabajos previos se estudió lo que denominábamos «El fuero del peregrino» una especie de estatuto básico de derechos y deberes del peregrino que iba a Santiago y la posibilidad de crear una Fundación que nos sirviera a las Asociaciones de base para la creación de nuevos albergues y la canalización de subvenciones públicas y privadas para el Camino de Santiago con un sentido más jacobeo. A la hora de la verdad se abandonaron ambos proyectos lo que hizo que entre los organizadores quedara un cierto ambiente de fracaso.

En ese Congreso apareció con fuerza la perspectiva turística con la que veían el Camino de Santiago las administraciones públicas. También aparecieron voces en contra de la gratuidad en los albergues y la aparición de los intereses comerciales.

Pero por contra apareció algo que ha sido muy importante para el Camino de Santiago como es la figura de los Hospitaleros Voluntarios. En Estella presentó una comunicación Lourdes Lluch explicando su experiencia de hospitalidad del verano anterior en Hornillos del Camino (Burgos) e invitando a otros peregrinos a repetir la experiencia de ofrecer su tiempo de vacaciones para dedicarlo a ayudar en la acogida de peregrinos. Al año siguiente fueron bastantes más los que secundaron la idea y ya a finales de 1992 se hizo la primera reunión de hospitaleros en San Juan de Ortega, lugar donde en la primavera del Año Santo de 1993 se hizo también el primer cursillo de preparación de hospitaleros. Esta sencilla comunicación que para muchos pasó inadvertida en el Congreso ha sido el germen de una realidad importantísima en el Camino de Santiago.

La vida de las Asociaciones se iba también complicando, ya eran más de 20 las que formaban parte de la Coordinadora Española de Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago, que en 1988 se creó oficialmente. Las relaciones eran más complicadas que cuando éramos unos cuantos amigos. Por estos años se dieron los pasos para transformar

la Coordinadora en la actual Federación Española de Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago, que pensábamos respondía mejor a la realidad.

Las Asociaciones y la Administración

La intervención de los poderes públicos en el Camino, que por primera vez sonó con fuerza en Estella en 1990, anunciaron lo que habría de suceder después. En las Asociaciones llevábamos tiempo pidiendo a los poderes públicos que se implicaran en la recuperación del Camino, convencidos de que recuperar caminos perdidos y evitar que los peregrinos transitaran por los peligros de las carreteras no podíamos hacerlo nosotros y sólo estaba en manos de las administraciones públicas.

La preparación de la Exposición Universal en Sevilla en 1992 representó un cambio de perspectiva muy importante en la intervención de los poderes públicos en el Camino, ya que por parte de muchos se pretendió que se aplicara al Camino de Santiago, de cara al Año Santo de 1993, los mismos esquemas que se aplicaron a la Expo. Y ahí empezaron a cambiar muchas cosas. El verdadero cambio fue el protagonizado por la Xunta de Galicia que hizo del Xacobeo un signo de identidad gallega y objetivo clave de toda la promoción turística de Galicia. En 1991 se presentó el Plan Xacobeo que entre las Asociaciones fue recibido con respeto, pero con cierta inquietud como refleja un editorial de *Peregrino* (nº 19-20; junio 1991) que, con la manida costumbre de imitar títulos cinematográficos, titulaba «Bienvenido mister Fraga». En ese plan había muchos aspectos interesantes como la recuperación y mejora de caminos, la creación de albergues y la promoción turística que tanto necesitaban los pueblos del Camino en Galicia. Pero tuvo muchas consecuencias no tan buenas para el Camino como la proliferación de un sentido turístico del Camino que se veía venir, pero que nos pasó por encima como un huracán.

En 1992 se creó el Consejo Jacobeo presidido por el Ministro de Cultura y del que formaban parte los consejeros de Cultura de las Comunidades Autónomas del Camino. Se aplicaron al Camino exenciones fiscales para inversiones turísticas y las Comunidades se aplicaron a crear algunos albergues, a organizar exposiciones, pero a la hora de la verdad no hubo muchas inversiones (excepto en Galicia) y todo se quedó en buenas intenciones.

Desde las Asociaciones se apoyó la creación de este Consejo ya que ofrecía la posibilidad de ver el Camino de modo global, como una realidad que superaba el ámbito de las Comunidades Autónomas e incluso de los países. Pero el poco éxito de este Consejo y el empuje unilateral que había iniciado Galicia trajo como consecuencia una parcelación total del Camino de Santiago. Desde el inicio de las Asociaciones teníamos una visión del Camino como un todo. Creo que eso es algo que Elías Valiña nos transmitió a todos los demás, a él no le interesaba el Camino en Galicia sino todo el Camino. Y a los que seguimos sus pasos, aunque teníamos interés por nuestras localidades y regiones, nos interesaba lo mismo. La experiencia de los peregrinos en el Camino era de un todo, no tenían conciencia de que pasaban de una región a otra, ni siquiera de un país a otro ya que antes de la anulación de las aduanas los peregrinos que llegaban a España por el Pirineo no tenían conciencia del momento que cruzaban la frontera de un país a otro. Esto hacía que tuviéramos un interés siempre común y genérico: una sola credencial, una revista común, una señalización uniforme.

A partir de estos años comienzan a surgir señalizaciones distintas en algunas comunidades, se editan folletos informativos sobre la peregrinación que se reducen al ámbito regional, se promueven iniciativas de intervención parciales...

También las Asociaciones empiezan a desarrollar los intereses particulares, aparecen credenciales propias, revistas propias, albergues propios y caminos propios. Tal vez mi visión sea un poco



exagerada, pero creo que desde esos años no se ha vivido el sentido global que tuvimos en los inicios.

Llega 1993 y cada uno marcha por su lado: Iglesia, Administración y Asociaciones.

Otra de las consecuencias negativas del Xacobeo fue la ruptura que se produjo entre las Asociaciones y la Catedral de Santiago. La refundación de la Archicofradía del Apóstol Santiago puso de manifiesto que desde la Catedral se prefería trabajar con cofradías que con Asociaciones que se miraban como algo demasiado cultural. Las divergencias de la Catedral con la Xunta por pensar que los políticos se metían a legislar en un ámbito, el del Año Santo, que era propio de la Catedral, se trasladó a las Asociaciones al pensar que era la Catedral la que debía dar las credenciales en exclusiva. Al mismo tiempo dejó de reunirse la Comisión Interdiocesana y se rompió el deseo de trabajar pastoralmente de una manera conjunta entre todas las Diócesis.

Así llegamos a la celebración del Año Santo 1993 en el que cambiaron muchas cosas. Para muchos fue el descubrimiento de que existía el Camino de Santiago, incluso había más de uno que pensaba que eso del Camino era un montaje que se había hecho para este año que «tocaba Galicia». Se multiplicaron los reportajes en prensa, radio y televisión. Aumentó en gran medida el sentido comercial en el Camino, que se llenó de pins, gorras, camisetas y recuerdos de todo tipo.

Pero sobre todo se llenó de peregrinos especialmente entre León y Santiago, en las estadísticas de la Catedral se pasó de 10.000 a 100.000. Y también de albergues en las grandes ciudades del Camino y sobre todo en Galicia. Los nostálgicos de la peregrinación perdimos, ya para siempre, el Monte del Gozo. Las Asociaciones perdieron también protagonismo en el Camino, no tanto en su presencia en las regiones y localidades, cuanto en capacidad de decisión y organización en los grandes temas jacobeos.

Pero, con luces y sombras, el Camino seguía adelante. En ese año yo hice de nuevo la peregrinación en el mes de agosto con un grupo de personas de mi nuevo pueblo, Grañón, y puedo asegurarles que ha sido una de mis mejores experiencias de peregrino.

Todos los cambios del 93 pusieron a prueba el entusiasmo jacobeo de muchos como se refleja en el editorial de *Peregrino* que titulaba «Yo sobreviví al Año Santo 93».

En la vida de las Asociaciones ese año 93 tenía una cita en Oviedo con la celebración del tercer Congreso Internacional. En éste y en los congresos posteriores tuvo más protagonismo las ponencias y comunicaciones de tipo histórico que las referidas a la organización del Camino. Aparecieron con más fuerza los «otros Caminos» distintos al Francés.

Para mí ese Congreso tiene sobre todo el recuerdo de los largos paseos nocturnos por Oviedo con Vicente Malabía organizando una nueva actividad que fueron las Jornadas de Oración en el Monasterio de Santo Domingo de Silos, que comenzaron en la primavera siguiente y que ha sido una de las actividades con más éxito de las asociaciones. Esto me da pie para hablar del sentido cristiano de la peregrinación, en todo este proceso que estamos comentando: ¿por dónde iba el sentido cristiano de la peregrinación?

El sentido cristiano de la peregrinación

En el comienzo de las Asociaciones en casi todas las Juntas Directivas había sacerdotes que habían trabajado de un modo destacado en su creación. A estas alturas de la historia, en el 93, quedaban muy pocos sacerdotes en las reuniones. Este dato sólo quiere decir que había menos sacerdotes, no que había menos cristianos. Al mismo tiempo había disminuido el número de albergues parroquiales, de aquellos locales de catequesis con un pequeño servicio que servía de refugio a los peregrinos habíamos pasado a la creación de albergues municipales que hacían innecesaria, en algunos ca-

sos, la colaboración de los parroquiales. Podemos decir, por tanto, que la presencia de las parroquias y los sacerdotes en la organización y hospitalidad del camino había disminuido. En el informe que publicó la revista *Peregrino* como resumen del Año Santo había un artículo mío en el que hablaba del Año Santo como de «una oportunidad perdida» en cuanto a la pastoral. Y resaltaba que cuando políticos, comerciantes y periodistas hablaban a todas horas del Camino, los eclesiásticos callaban...

Después de años de recuperación del Camino, la verdad es que no habíamos conseguido incieniar a muchos más sacerdotes que los que iniciamos el proceso y en las diócesis seguían viendo la peregrinación como una cosa rara. Y toda la propaganda del Año Santo les servía a muchos para decir: «ves como ya te lo decía yo que eso del Camino es una cosa meramente turística».

Para paliar en parte esta situación, iniciamos las Jornadas de Oración de Silos y otros encuentros que ofrecieran a los peregrinos oportunidades de reflexionar sobre el contenido profundo de su experiencia peregrina. Volveremos más adelante a tratar de este tema.

Algunos creían que pasado el 93 las aguas del Camino volverían a su cauce, pero no fue así. Si en el Año Santo el gran aumento de peregrinos se debió a los españoles, a partir de este año aumentaron mucho los extranjeros y los que después de haber hecho el último tramo en el Xacobeo, venían a hacer la primera parte del Camino. Apenas pasaron dos años y el número de peregrinos aumentaban a más del 20 % anual.

En el 94 y 95 se hizo un esfuerzo considerable para lograr trabajar de un modo más coordinado entre las asociaciones de los diversos países europeos. En Burgos y en Holanda se hicieron dos reuniones que sirvieron para intercambiar experiencias y proyectos, pero que no lograron un consenso en los dos temas que desde la Federación Española se consideraban más importantes: la unificación de una credencial común para todos y la creación de una revista de tipo científico común a todas las Asociaciones. Sí que dieron fruto los trabajos de creación de nuevos albergues y la colaboración en el tema de Hospitaleros Voluntarios. Respecto a los albergues el punto de partida fue la iniciativa de la Confraternity of Saint James (Londres) para crear el albergue de Rabanal, luego vinieron los de Azofra, Hospital de Órbigo, Puenteftitero, Foncebadón, La Faba, etc, de la mano de otras asociaciones europeas. Respecto a la investigación y difusión histórica la presencia de las asociaciones es muy limitada.

A modo de balance: peregrinos, albergues y hospitalidad

Llegados a este punto creo que es bueno hacer un balance de lo que ha representado la actuación de las asociaciones en ésta renovación actual de la peregrinación a Santiago de Compostela, en aquellos puntos que en mi opinión son la clave de la pe-



regiración y de los objetivos que nos planteamos en la reunión del 85.

Ante todo creo que es necesario mirar a los **peregrinos** que son la base de la peregrinación, al menos la base de una peregrinación viva. En los comienzos de este proceso que hemos estudiado están los peregrinos, aquellos aventureros que en los años 50 y 60 del pasado siglo XX volvieron al Camino al estilo medieval y pusieron la estampa del peregrino en los pueblos y ciudades de la Ruta.

En el editorial del número 0 de *Peregrino* (septiembre 1987) se podía leer lo de las grandes cantidad de peregrinos. En el 86 una estadística en La Rioja calculaba en 600 peregrinos los habido a lo largo del año (en la actualidad de 2007, en La Rioja hay esa cantidad de peregrinos cada tres días). En la reunión que tuvimos en 1985 algunos sacerdotes hablaban de que los peregrinos eran en su mayoría universitarios y que no había gente humilde, eso se ha superado por completo y nadie en su sano juicio puede hablar de elitismo.

Otro aspecto que se oye hablar mucho últimamente es que ya casi no quedan peregrinos en el Camino y que todos son turistas. Curiosa expresión que más de una vez he oído en labios de algún responsable de albergues que cobran una cantidad fija a los peregrinos y otra por el desayuno y otra por un masaje y otra por un bastón y que tienen los salones comunes del albergue llenos de máquinas expendedoras de todo tipo de productos, y esos son los que se quejan de los peregrinos turistas. Mi experiencia es que si a los que caminan les tratas como peregrinos se comportan como peregrinos y si les tratas como turistas se comportan como turistas y como tales exigen unos determinados servicios en los albergues, porque consideran que «han pagado la entrada» y tienen derecho a ello. Yo no creo que los peregrinos de hoy sean más turistas que hace unos años, el peregrino no nace, utilizando esta tan manida expresión, sino que se hace a lo largo del Camino. En una sociedad como la nuestra en estos albores del tercer milenio en la que el componente religioso no tiene la presencia y la hondura de otras épocas, en la que vivimos un mercantilismo globalizado y galopante, en la que el consumo es un motor vital de la vida económica y social, ¿cómo podemos pensar que las personas que se aproximan al Camino tienen que ser desde su partida unos peregrinos conscientes y profundos? Lo normal es que sean excursionistas alternativos, turistas..., pero es el mismo Camino, el ejercicio de la peregrinación con todo lo que lleva consigo, y la hospitalidad que encuentra a su paso lo que hace que esos «turistas» se conviertan en peregrinos. Esperar otra cosa es tener los ojos cerrados a la realidad.

La masificación, el turismo y la mera experiencia cultural nos llevaría a la pregunta: ¿dónde queda la peregrinación cristiana?. Hemos hablado antes del sentido cristiano en la peregrinación. Después del 93 se ha producido una recuperación del protagonismo de los albergues parroquiales y de la presencia de instituciones religiosas en el Camino. Está claro que no ha aumentado en la misma medida que otros albergues, pero el nivel de acogida es-



piritual en el Camino es muy superior. Y sobre todo el sentido cristiano está presente en muchísimos peregrinos para los que la peregrinación es una oportunidad insustituible de encontrarse con uno mismo y de encontrarse con Dios y con las raíces de un cristianismo olvidado.

Otro aspecto a analizar es el de los **albergues**. Cuando yo hice la peregrinación en el 82 dormí en sólo cuatro edificios: seminario en Burgos, depósito de agua en El Burgo Ranero, escuela vieja en Eirexe y salones parroquiales en Mellide. En el 88 publicamos en *Peregrino* una lista de 40 albergues, algunos con curiosas anotaciones. En el 89 la lista era de 58. En el 2002 eran 135 y en el 2007 cerca de 300. Y ahora ya es difícil contar porque en las listas habituales hay muchos que más bien habría que meter en la sección establecimientos hoteleros. Recuerdo aquellos primeros tiempos en los que nos felicitábamos cuando en algún lugar del Camino se podía usar una escuela vieja o la cárcel de Estella. Es claro que la aspiración de que los peregrinos tuvieran un lugar a cubierto con agua corriente está más que cumplida y que se puede decir que nunca en la historia de la peregrinación el Camino ha contado con tantos lugares de acogida a los peregrinos.

Otra cosa es la **hospitalidad**. Algunos piensan que en este conglomerado de albergues que los peregrinos actuales encuentran a su paso es difícil descubrir la hospitalidad tradicional del Camino. Sería largo explicar cómo era la hospitalidad medieval, pero también en este aspecto creo que estamos en una situación comparativa muy ventajosa y que en medio de todo el comercio del Camino (definición de peregrino como «el euro que camina») hay muchos lugares donde se puede encontrar hospitalidad gratuita y ejercicio de la caridad con el

peregrino. A esto han contribuido de manera determinante los hospitaleros que han marcado un estilo y un nivel de acogida que ni sospechábamos en los años 80.

Finalmente hay que resaltar lo mucho que se ha avanzado en cuanto a la recuperación de los caminos y señalización. Si en mi primera peregrinación el signo de nuestro camino era la línea blanca de la carretera, hoy en día casi no hay que tocar asfalto en todo el Camino y la señalización: flechas, vieiras, cerámicas, hitos, paneles, etc, resulta en ocasiones demasiada.

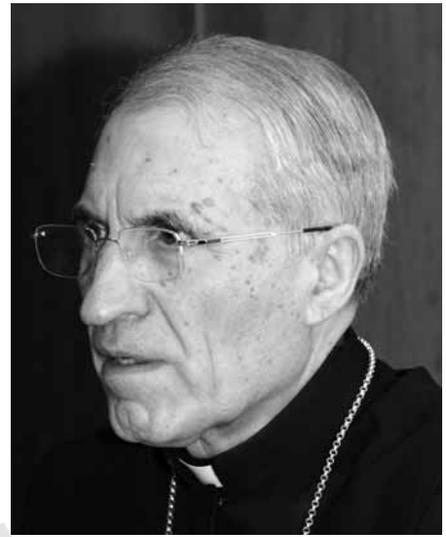
Estos puntos que he comentado son los que se recogían en las conclusiones del encuentro de sacerdotes en Santiago en el 85 y de las conclusiones de Jaca del 87, cuando pusimos la semilla de ésta renovación del Camino de Santiago. No todo ha crecido como esperábamos, algunas ramas se han marchitado, pero han crecido otras que no imaginábamos.

Y ya como conclusión, hace unos días estuve hablando con una chica italiana que está haciendo un estudio sobre Elías Valiña de cara a una exposición y una publicación que se prepara sobre su figura, y me preguntaba qué pensaría Elías del Camino actual. Yo pensé en Elías y también en Paco Beruete, en Luis Bacariza, en Carmen Montes, en Andrés Muñoz, en José Cimadevila y en tantos otros que han ido muriendo en estos años después de haber trabajado tanto por el Camino. Creo que se asombrarían de ver a donde han llegado algunas cosas, pero imagino en ellos una sonrisa de satisfacción y una oración de gratitud por todo esto que ellos contribuyeron a crear.

(Madrid, 16 de abril de 2007)

Antonio María Rouco Varela

Juan Pablo II y el Camino de Santiago. Una evocación agradecida



Un saludo muy cordial. Primero, a Don José Luís Montes, Párroco de San Ginés desde hace ya muchos años, solícito de su comunidad parroquial, y muy cuidadoso de su templo y de todo lo que afecta, desde el punto de vista histórico-artístico, a la ciudad de Madrid. Me complazco en saludarle y en agradecerle todo lo que hace por San Ginés.

Un saludo también para Don José Antonio Ortiz, Presidente de la Asociación de Amigos de los Caminos de Santiago de Madrid, por las palabras que me ha dirigido; y para todos los presentes. Y muy especial para Don Manuel Fraga, que nos honra con su presencia: él sabe mucho del Camino de Santiago y de la peregrinación jacobea, sobre todo desde el año 1989, en que fue Presidente de la Xunta de Galicia.

He sugerido el título de esta charla-conferencia —no va a ser una conferencia en sentido riguroso, académico, de la expresión, sino más bien una charla— porque me parece que el Camino, la Peregrinación a Santiago, la ciudad de Santiago, y España en definitiva, tienen una deuda de gratitud con Juan Pablo II, que ha sido el verdadero protagonista de la recuperación del Camino de Santiago. Desconocer ese hecho, ese dato, es desconocer la clave de todo lo que ha ocurrido desde el año 1982 hasta ahora. Ponerlo de manifiesto, descubrirlo, es el objetivo de mi charla de esta noche.

Voy a explicar en primer lugar el porqué del título de mi intervención. Luego voy a recordar el momento histórico del Camino de Santiago al comienzo del pontificado de Juan Pablo II, en el año 1978, para explicar el impulso decisivo para la recuperación del Camino que se da con la gran Jornada Mundial de la Juventud, los días 19 y 20 de agosto del año 1989. Luego, en forma de pregunta, hablaré del significado del Año Santo de 1993, que es el año en el que nace el XACOBEO, por así decirlo, desde el punto de vista cultural, turístico, etc. ¿Es el año de la maduración pastoral de la peregrinación a Santiago?, ¿el inicio de una nueva forma

de visión cultural del Camino?. Por último, hablaré sobre el presente y el futuro del Camino de Santiago y de la Peregrinación Jacobea.

La peregrinación a Santiago de Compostela

El porqué de este título y de colocar en el centro de mi charla-exposición a Juan Pablo II tiene mucho que ver con lo que es el Camino y la Peregrinación a Santiago tal como se presenta en este momento.

Es evidente que ha alcanzado un desarrollo cuantitativo, desconocido en la historia, pues aunque en los años del *Codex Calixtinus*, o *Liber Sancti Jacobi* (siglo XII) el autor de ese manual, documento primero y primario de la peregrinación a Santiago, habla de las riadas de peregrinos que corrían el Camino, y que tropezaban unos con otros, dada la intensidad y la cantidad de los peregrinos, poco tiene que ver, y ha quedado muy superado, por la actual forma o uso del Camino y la peregrinación a Santiago.

Los números que nos ofrece la Oficina del Peregrino y del Cabildo de la Archidiócesis de Santiago, estrechamente conectada con la Delegación Episcopal del Camino de Santiago, son cada año más sorprendentes y más llamativos.

Yo recuerdo que en 1976, Año Santo, en que fui consagrado Obispo Auxiliar de Santiago, la cifra de peregrinos a pie a Santiago en todo el año no llegaba a la cincuenta. Pues bien, esa cifra hoy es superada cualquier día de invierno, de cualquier año común, de la vida de la peregrinación jacobea.

El desarrollo cuantitativo de la peregrinación ha sido absolutamente espectacular. Con ello, la Ciudad y el Camino de Santiago se nos presentan de nuevo en una encrucijada no desconocida, porque la historia nos la ofrece así constantemente: una encrucijada de intereses, de preocupaciones, de atenciones, de todo lo que tiene que ver con la tumba de

un Apóstol, su Iglesia Catedral, el origen de la ciudad.

La historia arquitectónica de la ciudad de Santiago nace —como se ha puesto de manifiesto en obras de grandes investigadores de los últimos veinte años, por cierto de la Escuela Compostelana de Historia Medieval del Arte— en torno al Santuario del Apóstol.

Lo que había previo al descubrimiento, la «inventio» (*inventio* en latín es descubrimiento) del sepulcro del Apóstol en el año 840, no era nada, y a partir de ahí se desarrolla una ciudad, como hoy se puede ver, en su traza, medieval, renacentista, hasta el desarrollo espectacular de la ciudad después de que se convierta en la Capital de la Comunidad Autónoma de Galicia. Por ello, la Catedral y la tumba del Apóstol es desde hace ya muchos siglos, más de un milenio, el centro, incluso físico y también espiritual, de la ciudad de Santiago.

Esa Ciudad y el Camino de Peregrinación que lleva hacia ella, como ciudad donde se guarda el Sepulcro del Apóstol Santiago, es un centro de intereses.

El primero, el de la Iglesia, que quiere conservar y mantener vivo el sentido espiritual, el sentido cristiano del lugar y de la peregrinación. Intereses también más mundanos, también clásicos en la peregrinación a Santiago, los comerciales. Los comerciantes de Santiago, cuando llegaban los Años Santos, en su periodo menos vivo y menos llamativo desde el punto de vista cuantitativo, tenían muchísimo interés en que saliese bien la peregrinación a Santiago.

Por supuesto, también hay intereses culturales y políticos evidentes. El turismo en parte es un motivo muy importante de la política actual. Y luego, evidentemente, parece que hay también —aunque no mucho— un cierto interés jurídico para regular o configurar ese fenómeno del Camino y de la peregrinación a Santiago en la relación Camino y ciudad de Santiago.

Nota: Esta conferencia estaba programada para el 26 de marzo de 2007 en la Casa de Galicia de Madrid, pero la repentina muerte la noche anterior del Obispo Auxiliar de Madrid, Eugenio Romero Pose, hizo que se suspendiera sucesivamente hasta el 19 de febrero de 2008 y se celebrara en la Real Parroquia de San Ginés, de Madrid)

¿Quiénes son los protagonistas actuales del hecho jacobeo?. Aparecen en el primer plano de la realidad mediática, y es evidente que no son precisamente los eclesiásticos, sino más bien los civiles. Las instituciones, tanto de la Comunidad Autónoma como de la Ciudad de Santiago y de las ciudades por las cuales atraviesa el Camino, sobre todo el Camino Francés, han dedicado mucha atención al desarrollo y a la facilitación de la peregrinación a Santiago, y al desarrollo de la propia ciudad de Santiago.

Un desarrollo y un protagonismo que se sitúan tanto en Santiago como en toda la mitad norte del territorio nacional —Navarra, La Rioja, Castilla y León—, de forma muy privilegiada Galicia, y con un interés creciente en el País Vasco, Cantabria y Asturias.

Desde el punto de vista de la Iglesia, el principal protagonista de este fenómeno sigue siendo la Archidiócesis de Santiago de Compostela, con su Arzobispo, el Cabildo de la Catedral y sus sacerdotes; la Archicofradía del Apóstol, que está viviendo momentos de gran desarrollo, y también las Asociaciones del Camino, de todo tipo y de todo signo: canónico, civil, cultural, religiosas y de espíritu cristiano.

Pero ciertamente con el descubrimiento real de la red densísima del Camino, tal como fue configurándose en la Europa medieval hasta Lutero — que es el momento de la gran crisis del Camino de Santiago—, éste vuelve a cubrirse de peregrinos.

Alemania es un centro de irradiación de envío de peregrinos de primer orden. Francia, históricamente, fue la que más fiel se mantuvo en el cuidado de la peregrinación a Santiago. Italia ha descubierto el Camino de Santiago de nuevo, y la peregrinación de los italianos a Santiago es muy frecuente; y también es muy frecuente la peregrinación desde otros países de Europa.

Peregrinación que no se limita a la afluencia y la irradiación del Camino, según se coloque uno en el punto de vista y la perspectiva para acercarse al fenómeno actual de la peregrinación a Santiago, pues si se mira desde Santiago es irradiación, y si se mira desde los países alejados es atracción: dejarse atraer por el Camino. También se dejan atraer por el Camino, en estos años, peregrinos de otros países de la América Hispana, de Norte América, de Canadá, y no sólo de América, sino que también se empiezan a encontrar peregrinos de Asia, de África, aunque más aisladamente.

Y, en la actualidad, esa experiencia de peregrinación también se nota en todo lo que es el proceso de unidad europea, tal como se ha venido viviendo en estas últimas décadas. Es evidente que el Camino ha favorecido el conocimiento mutuo, real, de los europeos entre sí. Yo pienso que también de los españoles, aunque no sé si con mayor o menor intensidad.

Pero, efectivamente, el Camino Francés, por ejemplo, se puebla de peregrinos a pie (me estoy refiriendo sobre todo a ellos), de Alemania, de Holanda, de Bélgica, y no por pequeños grupos, sino por decenas de miles de peregrinos, por centenares

de miles. El número de peregrinos a Santiago, a pie, el pasado año 2007, un año normal, ha superado los cien mil. Y todo eso es una realidad que influye decisivamente en el conocimiento más inmediato, más hondo y más duradero, que perdura incluso a través de las crisis más graves y más dramáticas que uno se puede imaginar de las relaciones mutuas entre los europeos.

Esto está ayudando al descubrimiento de las raíces culturales de la historia de Europa. Ya el Papa Juan Pablo II lo citaba en su homilía de Labacolla, el día 9 de noviembre del año 1982, una mañana de un viento y un temporal típico de nuestra tierra, Galicia. Y lo repitió después por la tarde, cuando hablaba de que España había nacido como nación en torno a la tradición y a la peregrinación a Santiago, y Europa igualmente. Evocando una frase de Goethe, «Europa se hizo peregrinando a Santiago».

Yo creo que, efectivamente, el Camino, en estos momentos y en la realidad actual que presenta, está coadyuvando a descubrir mejor las raíces auténticas, las más auténticas de la Historia europea, y también está ayudando a que se despierte un estilo de vida, un tipo humano del peregrino, incluso del peregrino laico.

Yo recuerdo que en el Año Santo de 1993 nos anunciaron la peregrinación de un Ministro del Gobierno de aquel entonces, que me dijo que era un peregrino agnóstico y laico. Eso es una verdadera paradoja de la historia, pero no está mal, porque a lo mejor el adjetivo queda un día superado por la experiencia y el significado del sustantivo. Si se es peregrino, al final se deja de ser laico y agnóstico, y se termina siendo creyente.

Pero, ciertamente, ese estilo de vida, más próximo al conocimiento directo y físico de la naturaleza, de los monumentos de la historia del arte, religioso o civil, que esmaltan el Camino de Santiago, sobre todo el Camino Francés, que es el más conocido, es evidente que también es uno de los aspectos positivos que hoy se pueden considerar como efecto de esa gran floración e irradiación del Camino de Santiago.

Y también desde el punto de vista espiritual y apostólico, el Camino de Santiago se convirtió, y se ha convertido en un instrumento excepcional, sobre todo para el apostolado con los jóvenes. También para la pastoral de las comunidades parroquiales, de grupos apostólicos de todo tipo, se ha convertido como una fórmula para encontrar vías de silencio, de meditación, de oración personal y oración común, vías de experiencia de la Iglesia. La Iglesia no sólo se vive y experimenta a través de su presencia, de su actualidad presente, sino a través de la historia; la Iglesia es una realidad viva desde hace dos mil años, y los monumentos, sobre todo los que se refieren a su culto, a su liturgia y a su historia interior, son como monumentos e instrumentos vivos de proclamación de la Palabra y del Evangelio.

Pues bien, esa experiencia del Camino de Santiago se ha convertido en un instrumento de pastoral. Se podría preguntar a las parroquias de Madrid cuántas tienen preparadas peregrinaciones para este año: yo les aseguro que seguramente son varias decenas, o más de una centena.

Y podría hacerse una pregunta: ¿también se ha convertido en un instrumento de pastoral de los alejados, de estos peregrinos agnósticos y laicos que van a Santiago?. La respuesta es que en parte sí. En mis tiempos de Arzobispo de Santiago he vivido la experiencia de familias enteras que, peregrinando a Santiago, terminan bautizando a un hijo de 18 años, confesándose el padre, confesándose la madre, y produciéndose un fenómeno increíble de conversión. Habían salido muy laicos y muy agnósticos, y al llegar a Santiago terminaron a los pies del Apóstol.

Y también de pastoral ecuménica. Es muy llamativo el número de peregrinos, sobre todo del mundo protestante —mundo protestante anglicano y mundo protestante luterano—. Menor es el atractivo y el enganche respecto a los de las Iglesias hermanas de la ortodoxia no unidas a Roma, probablemente por la distancia geográfica y las menores posibilidades económicas de esos países donde la ortodoxia está implantada a fondo. Pero cierta-



amente la peregrinación de hermanos de las comunidades luteranas y de las comunidades anglicanas a Santiago es muy significativa, y además tiene una cierta historia, de décadas, y muy significativa, teniendo en cuenta que el que produce la primera gran crisis de la Peregrinación a Santiago es Martín Lutero.

La crisis del protestantismo, con el triunfo de la llamada reforma protestante, en gran parte de Europa —comenzaba a ser la Europa barroca, estaba terminando de ser la Europa del renacimiento— fue de mucha perdurabilidad, y no nos recuperamos de esa crisis hasta finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Cuando se descubren las reliquias del Apóstol, en el año 1886, el Papa León XIII publica la famosa Bula *Deus Omnipotens*, con la que cierra el proceso canónico de reconocimiento de la autenticidad de las reliquias, afirmando que los huesos del cadáver que se han encontrado en las excavaciones al costado de lo que es hoy el altar mayor de la Catedral de Santiago pertenecen al Apóstol Santiago.

Desde ese momento, al promover primero las excavaciones y después el estudio por el carbono 2 para analizar la antigüedad de los restos óseos, que fueron datados en el siglo primero de nuestra era, ya significa que el Arzobispo de Santiago de entonces y la Iglesia, en Santiago y en España, habían descubierto de nuevo el valor del tesoro que encerraba la Catedral de Santiago, de tradición y de realidad santa de las reliquias del Apóstol.

Luego, durante todo el siglo XX, nos encontramos con una historia del Camino y de la Peregrinación a Santiago en constante desarrollo e implantación en la vida de la Iglesia, sobre todo en España, y muy significativamente en la archidiócesis de Santiago y en Galicia.

Y así llegamos hasta nuestro tiempo, hasta el Concilio Vaticano II y post-Concilio. Y al llegar a este momento de la historia del Camino hay que preguntarse de nuevo, o recordar la pregunta inicial sobre el significado de Juan Pablo II para la recuperación y revitalización del Camino.

Se puede afirmar con toda claridad, con toda fiabilidad histórica, el descubrimiento espiritual y pastoral del Camino de Santiago, y creo que también el descubrimiento cultural y artístico del Camino de Santiago, a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX, que va a más —con la interrupción de la Guerra Civil española, ya que 1938 hubiera sido Año Santo y no se pudo celebrar, y se trasladó al año 40-41, con la ofrenda del Jefe del Estado—; interrupción temporal que luego vive la recuperación rápida y pronta de la Peregrinación a Santiago. El año 43 es un gran Año Santo, el año 48 también, y el año 54, y después da el salto al año 65, gran Año Santo. Uno de los grandes protagonistas del Año Santo de 1965 fue el entonces Ministro de Información y Turismo, Don Manuel Fraga Iribarne. Y después vienen los Años Santos del post Concilio Vaticano II.

El Año Santo del 65 coincide con el año que se clausura el Concilio Vaticano II. Esos primeros años del post-Concilio traen a la valoración gene-

ralizada y a la estima pastoral del Año Santo un momento de crisis, de cuestionamiento de su significado y de su valor para el ejercicio de la misión de la Iglesia después del Vaticano II, y una disminución de las peregrinaciones y de los peregrinos. El primer Año Santo después del último de lo que podríamos llamar tiempos pre-conciliares o conciliares, y el primero de los tiempos post-conciliares, es el de 1971.

Fue un año difícil: antes de que terminase aquel año fallecía el que era entonces Arzobispo de Santiago, el Cardenal Quiroga Palacios, uno de los grandes Arzobispos y Cardenales, a los que se debe una buena parte de la floración pastoral y espiritual del Sepulcro y de la Peregrinación a Santiago.

Juan Pablo II, peregrino a Compostela

El año 1976 es el siguiente Año Santo, ya bajo la cura pastoral del señor Arzobispo de entonces, Don Ángel Suquía, luego Arzobispo de Madrid, Cardenal Suquía, con el que comienza un intento —que se consolida— de recuperación de la Peregrinación y del Camino; entre otras cosas, a través de una reforma litúrgica del rito de los peregrinos al llegar a la Catedral: se instaura la llamada Misa del Peregrino. Hasta entonces, los peregrinos llegaban a Santiago, hacían la ofrenda al Apóstol, en un acto muy sencillo el Arzobispo o el Obispo Auxiliar contestaba, funcionaba el botafumeiro —que pertenecía a la esencia litúrgica del rito— y se terminaba.

Es verdad que eso iba acompañado de misas, de participación en las frecuentes misas que se celebraban en la Catedral —en los distintos altares—, y en las parroquias de la ciudad, con un servicio de confesionario magnífico, utilísimo; pero el acto central de la peregrinación era una especie de la liturgia de la palabra muy resumida, reducida a la mínima expresión.

Eso se cambia con el año 1976. Ese año empieza lo que podríamos llamar la nueva época de la Historia de la Peregrinación y del Camino, con una reforma de la liturgia de la peregrinación que lleva a cabo Don Ángel Suquía, y que es la que se mantiene hasta hoy. Muy acertadamente la Misa del Peregrino es el centro de la peregrinación, el momento de la ofrenda y de la llegada de los grupos y peregrinos a Santiago. Ahora, con una sola misa ya no basta, hay que celebrar varias misas de peregrinos a lo largo de la jornada.

Pero con eso se empezaba a salir brevemente de la crisis. Todavía había muchos cuestionamientos, los primeros que lo cuestionaban eran sectores y círculos de la Iglesia de Santiago de Compostela. Y ese cuestionamiento de la validez espiritual, apostólica y evangelizadora de la peregrinación, del culto y del hecho jacobeo, iba acompañado también de una revisión crítica de la historia de la autenticidad de las reliquias del sepulcro, etc. Había una especie de confabulación: es muy típico, cuando se cuestionan aspectos y modos de la vida de la Iglesia, y sobre todo los que dan más fruto pastoral y popular, unir a la crítica directa, en este caso teológica y pastoral del

Camino y del significado de la peregrinación, una crítica histórico cultural que quiere dar la estocada final, con la puesta en cuestión de ese hecho.

A partir de ahí, tiene lugar un cambio, que se acentúa y se ahonda en el sentido positivo de la expresión. Y el primero y más decisivo momento de ese cambio es la visita de Juan Pablo II a Santiago de Compostela, el 9 de noviembre de 1982; ese día Juan Pablo II culmina y clausura su larga peregrinación por toda España, peregrinación que comenzaba el 31 de octubre de ese mismo año en Madrid con el saludo a España, besando el suelo español, y con un saludo en el que el Papa utiliza expresiones —que siempre recordaré, ya que también las utilizará cuando se despida en Labacolla, el día 9 por la noche— de un verdadero enamoramiento espiritual, cultural y humano con respecto a España. No creo que haya, en la historia del magisterio pontificio contemporáneo y de las alusiones a España, no digamos de la historia del papado, un Papa que se vuelque en expresiones de admiración y de una entusiasta identificación con la historia de la Iglesia de un país, como ocurrió con España.

Pues bien, el final de esa extraordinaria visita del Papa a España, cuyo significado y valor tendrá que recuperar la Historia —para empezar, la Historia de la Iglesia, pero también la Historia general de España—, culmina en Santiago de Compostela con tres actos. La Misa del Peregrino en Labacolla, en las pistas del aeropuerto de Labacolla, a las 9 ó 10 de la mañana, con un tiempo fatal, precedida de dos días de esos de agua de Santiago, tremendos, que nos preguntábamos «qué va a pasar», y a pesar de la lluvia la gente acudió a Labacolla, saliendo a las doce y media, a la una de la noche, para estar en Labacolla a las 6, a las 7 de la mañana.

El segundo acto fue un encuentro en la plaza del Obradoiro con los hombres del mar, algo muy gallego, muy de nuestra tierra, aunque asistieron también gentes del mar de toda la costa cantábrica.

Y, finalmente, el acto de Europa o acto europeo en la Catedral de Santiago, donde Juan Pablo II pronuncia el famoso discurso sobre las raíces cristianas de Europa, que todavía sigue vigente. Es curioso que ese discurso todavía siga vigente en su diagnóstico de la situación de Europa; es verdad que hay un aspecto del diagnóstico que ya no se sostiene, porque desapareció la división política en dos bloques de Europa, que entonces estaba viva y nadie suponía que iba a ser superada tan pronto. Pero la división de lo que Juan Pablo II llamaba la Europa entre los que viven negando a Dios, o como si Dios no existiese, y la Europa de los que buscan el camino de la fe, ese diagnóstico sí que tiene suma actualidad.

Y también tienen actualidad las propuestas que Juan Pablo II ofrecía para resolver el problema de Europa, de la unidad europea, de la recuperación y fecundidad de su misión en el contexto internacional y de las relaciones internacionales. En esa influencia, el Papa invita a un redescubrimiento de las raíces cristianas de Europa, un descubrimiento del valor moral y ético de esas raíces para la configuración general, no sólo la espiritual, sino la tem-

poral, incluso la política, y que ha quedado ya para los anales de la historia de la unidad europea como un hito imprescindible para entenderlo, incluso para volver de nuevo a ello y recomenzar desde ahí, desde los consejos y desde las perspectivas del Papa, el camino de la unidad europea.

Con esta visita de Juan Pablo II a Santiago de Compostela, el Camino, su historia y la de la peregrinación viven una década muy europea, muy española, muy gallega, de recuperación.

En esa década de los años 80 somos conscientes del valor pastoral que tienen el Camino y la Peregrinación para la revitalización de la Iglesia en España, en Europa. Del valor que tiene para recuperar cristianamente, y evangelizando a las jóvenes generaciones, las de Galicia, las de España y las de Europa, y la importancia que tiene para esta recuperación integrar en la pastoral del Camino a las diócesis del Camino de Santiago. Nacen las Delegaciones de la Peregrinación en todas las diócesis del Camino, desde Navarra hasta Santiago, por la parte de la mitad norte del Camino francés, también por el Camino del Norte, el Camino del Mar. Se recuperan para el interés jacobino las parroquias a través de las cuales discurre el Camino, las abadías, las comunidades de religiosos y religiosas que se encuentran en el Camino y también —y con ello— la importancia decisiva de una nueva vida para la Archicofradía del Apóstol, las Cofradías del Apóstol y las Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago.

Los momentos de encuentros, de formación, de todo lo que significaba la historia del Camino, su valor y significado cristiano, fueron muy frecuentes en España, y después en Europa, llevaron de nuevo la noticia del Camino a Italia y a sus universidades, a las ciudades Alemanas, a París, a Francia... Fueron, por parte de la ciudad de Santiago y de los que éramos responsables de la misma, frecuentes y constantes a lo largo de toda la década de los años 80.

En esa década, la catedral de Santiago celebró dos efemérides centenarias jubilares; el octavo centenario de la terminación de la obra del Pórtico de la Gloria, y el centenario de la publicación de la Bula de León XIII *Deus Omnipotens*, que concluía el proceso de declaración como auténticas de las reliquias del Apóstol Santiago.

Desde el punto de vista civil también se produjo, en esa década, la declaración del Camino de Santiago como el Primer Camino Cultural de Europa. Marcelino Oreja tuvo en ese hecho un gran papel —la Iglesia lo tuvo menor, con un entusiasmo limitado—, pero creo que ha sido positivo que se le declarase el Primer Camino Cultural de Europa. A la Iglesia le preocupó la comprensión laica, demasiado laica, del Camino y de la peregrinación. Que pudiera entrar en la realidad y en la experiencia del Camino un elemento, digamos, no cristiano, o por lo menos ajeno a la esencia, a la hondura espiritual y religiosa del Camino. Pero colaboramos con Don Marcelino para conseguir esa Declaración, y bien está.

Otro hecho de mucha importancia en los años 80 fue la declaración de Santiago de Compostela como Ciudad Patrimonio de la Humanidad.

Una década por lo tanto muy fecunda, que termina y culmina con la Cuarta Jornada Mundial de la Juventud del año 1989, el 19 y 20 de Agosto de 1989, en la que el Papa Juan Pablo II es el gran protagonista del Camino y de la Peregrinación.

Fue significativo que a la hora de lanzar las Jornadas Mundiales de la Juventud al ruedo de la historia, el Papa hubiera querido comenzar por Santiago de Compostela. Se la llama cuarta, pero en realidad es la primera. Se había celebrado una primera en Roma, tanteando el terreno, y había habido una segunda en Buenos Aires, pero había sido más Argentina que mundial, también de tanteo. Por eso, la primera gran Jornada Mundial de la Juventud es la de Santiago de Compostela, el 19 y 20 de Agosto del año 1989.

El Papa quiso expresamente que fuese Santiago, por razones que tenían que ver con el peso y el significado global, general, hondo, desde el punto de vista espiritual, histórico, desde un punto de vista cultural, social y político de la Peregrinación y del Camino para Europa y para el mundo.

El esquema con el que se concibió el desarrollo de la Jornada es el que sigue vigente en las Jornadas Mundiales de la Juventud que tuvieron lugar a partir de entonces, hasta la última en Colonia del año 2005, y es el que se seguirá en la Jornada Mundial de este verano en Sydney, y si Dios quiere el que se seguirá en el año 2010, en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid.

En esa Jornada hay que destacar algunos aspectos que demuestran cómo fue decisiva para el ulterior desarrollo del Camino de Santiago en todos los aspectos y en todos los órdenes de la peregrinación, incluso los cuantitativos.

El número de jóvenes. Primero, nunca habían peregrinado a Santiago tantos jóvenes de tantos países de Europa y del mundo, nunca en esta época: medio millón. Nunca tantos jóvenes españoles habían peregrinado a Santiago, en el contexto de una llamada del Papa.

El primer Papa peregrino de la historia había sido él en el año 1982, y confirmaba en 1989 su condición de peregrino a Santiago. Incluso en la concepción, en la realización de su llegada a Santiago, entró como elemento simbólico y decisivo el del peregrino. El Papa bajó a la altura de la Iglesia de San Francisco, ahí lo recibieron un grupo de seminaristas que le entregaron el báculo del peregrino, el bordón y la esclavina marrón con las conchas, y desde allí fuimos a pie hasta la Catedral; en la plaza del Obradoiro le esperaba el Alcalde de la ciudad.

El significado de la oración que el Papa dirige al Apóstol al llegar a la Catedral, en ese momento, al término de su peregrinación, se expresa muy bien en una de las frases de la oración, cuando dice: «al frente de la inmensa riada juvenil nacida en las fuentes de todos los países de la tierra». Y así era.

¿Qué efecto produce la peregrinación del Papa con la IV Jornada Mundial de la Juventud?

En primer lugar, da a conocer el Camino a todos los jóvenes del mundo. Por ejemplo, hasta ese momento no recuerdo haber visto un peregrino italiano —desde el año 76 hasta el año 89— en San-

tiago, rarísimo un peregrino italiano, y menos jóvenes. En esa jornada había creo que setenta u ochenta mil jóvenes italianos, no recuerdo la cifra exactamente, pero decenas de miles de jóvenes italianos. Los jóvenes franceses estaban más acostumbrados a venir a Santiago. Jóvenes alemanes y austriacos eran también varios miles. Polacos, pocos. Del Este de Europa recuerdo a un grupo de chicas rusas que logramos ‘colar’ a través de la Embajada Española en París, para que pudieran asistir a la Jornada, y recuerdo el momento, muy emotivo, en el que el Papa las recibió en la casa del Arzobispo de Santiago. También recuerdo el grupo de peregrinos de Alemania Oriental, guiados por dos monjas, con las que me entretuve hablando, con un grupo de cincuenta o sesenta jóvenes; les pregunté si volvían, si retornaban a casa, si no se quedaban, porque fue en ese verano cuando empezó la desbandada de los alemanes desde la República Democrática de Alemania a través de sus viajes de vacaciones a Hungría, a Bulgaria, a Rumanía, y colándose por las embajadas de los países occidentales; no, se volvieron todos a Alemania. Y recuerdo la cantidad de jóvenes que habían venido de países latino americanos, de Norte América, una gran peregrinación presidida por el Cardenal O’Conor, entonces Arzobispo de Nueva York.

La juventud del mundo conoció a Santiago, sobre todo la juventud europea, y lo conoció además de una forma absolutamente bella, por la profundidad espiritual y cristiana de lo vivido, experimentado y compartido, y bella también por lo que el Papa dijo a los jóvenes al final, y por cómo rezamos con él en aquellos dos días inolvidables.

Por lo tanto, los frutos espirituales y eclesiales de aquella jornada han sido para la Iglesia decisivos. Nace un capítulo nuevo en la historia del apostolado juvenil de la Iglesia Católica que dura, y creo que con mucho fruto.

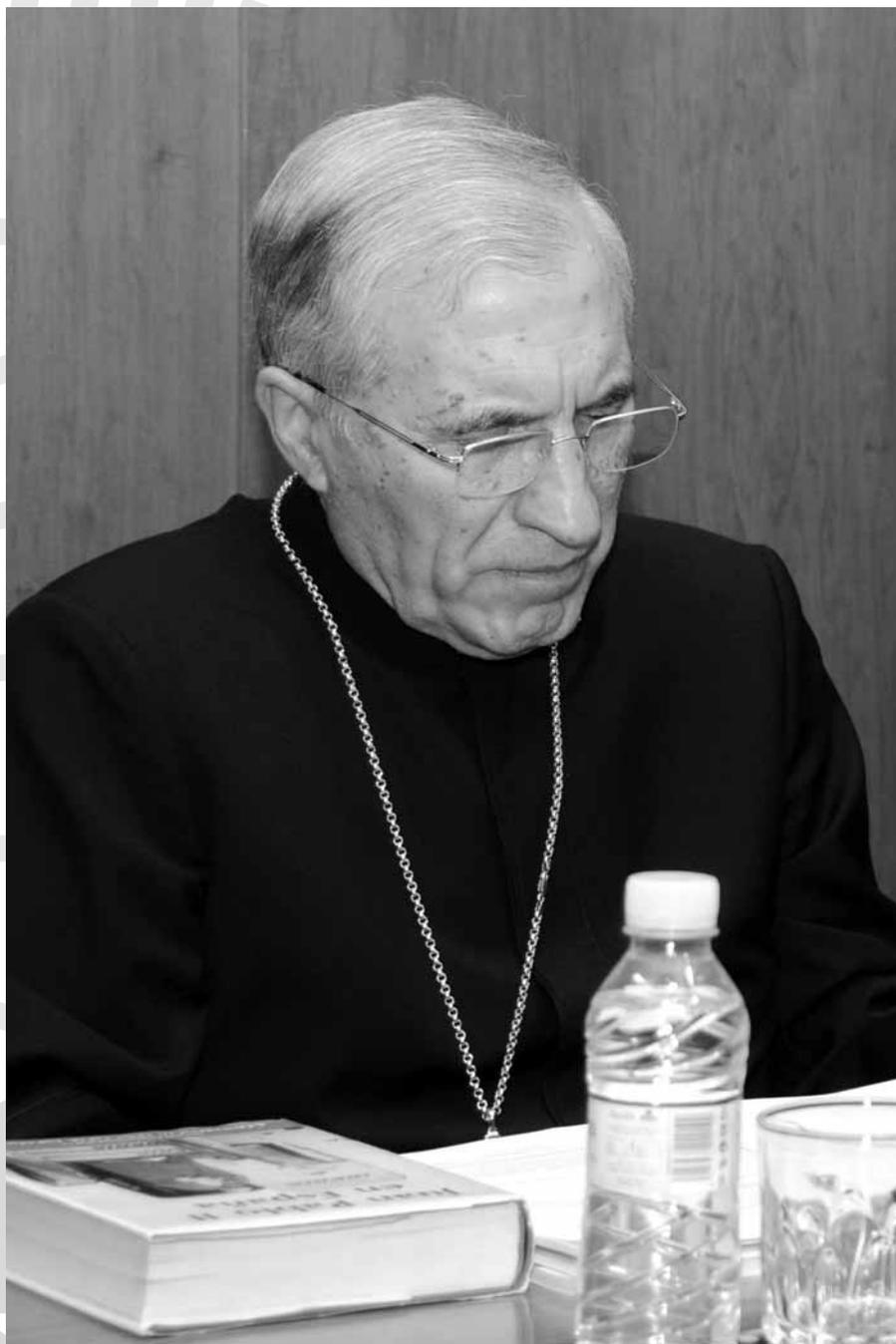
Cuando se celebra la Jornada Mundial de la Juventud de Santiago, en el año 1989, no había muchos competidores para que fuese la Jornada en sus lugares. Ahora, si quieres celebrar la Jornada en una ciudad, ya sabes que hay varias candidaturas; no es como las olimpiadas, pero algo parecido.

Entonces se juzgó, por parte de algunos, con un cierto escepticismo respecto al número de participantes, sobre la forma de participar en el encuentro. Otros, con una distancia clara. Pero nadie lo juzgó de una forma hostilmente negativa, hay que reconocerlo y agradecerlo, tanto por lo que respecta a las Instancias e Instituciones políticas de la España de aquellos años, como las de Galicia y las de Santiago; pero ciertamente a distancia.

Y el entusiasmo y el apoyo de muchos sectores e instituciones de la Iglesia tampoco fue desbordante: fue una especie de aventura espiritual y apostólica en la que nos metimos, impulsados y guiados por el Santo Padre, y animados por él.

El resultado fue espectacular. Quisimos luego conservar la memoria de ese día en el Monte del Gozo y con el Monte del Gozo.

Cuando se preparó la IV Jornada Mundial de la Juventud, el Monte del Gozo física y geográfica-



mente se reducía a un pequeño campo en el lugar orográficamente más alto del terreno. Al lado había una Capilla, que todavía está allí, la Capilla de San Marcos. Lo demás era bosque inextricable, maleza, típico de nuestra tierra de Galicia cuando no se cuida el monte, que está en manos de muchísimos pequeños propietarios. Adquirir el monte no era fácil, pero tampoco imposible; al final, se pudo convencer a la Xunta de Galicia para hacer una operación de adquisición temporal de la propiedad del monte, una figura jurídica muy pensada —yo creo que sólo se podía pensar en Galicia—, por los juristas gallegos. El monte se desbrozó, se le configuró de tal manera que quedase convertido en una especie de gigantesco anfiteatro, en cuya parte más baja se sitúa el gran altar, el gran escenario para la Vigilia de la noche del día 19 al 20, y para la gran celebración de la Eucaristía del día 20.

El Papa habló a los jóvenes de peregrinación. Primero, en los aspectos más externos de la misma,

luego de la peregrinación interior, de una vida que tiene que cambiar, que no debe dejarse arrastrar por los ídolos del momento, por la droga, el sexo, etc.

Los capítulos del guión que escribió para aquella jornada, para aquella Vigilia de la noche, que ideó José Luis Martín Descalzo, que en paz descanse, se referían a esos ídolos y falsos ideales, engañosos para los jóvenes, que entonces les atraía mucho. Les ofrece la respuesta de Cristo, CAMINO, VERDAD Y VIDA, y se lo ofrece con mucha radicalidad. El Papa, en la Misa de la mañana, les dijo: No tengáis miedo a ser Santos, porque sólo eso merece la pena, todo lo demás no tiene importancia.

De aquella jornada salieron muchísimas vocaciones, tanto para el sacerdocio, para la vida consagrada masculina y femenina, como para una vida de cristianismo comprometido apostólicamente, no sólo en un sentido temporal de la expresión, sino verdaderamente apostólico. Y con ello, vuelvo a re-

petir, nace un capítulo nuevo de la pastoral juvenil de la Iglesia.

Se quiso conservar esa memoria del Monte del Gozo, y Don Manuel Fraga puede dar testimonio de ello. Y se pudo hacer porque el Gobierno de Galicia decidió comprar definitivamente el Monte y prepararlo como un lugar ya históricamente insigne, que se actualiza y se dispone para ser punto final del gran proceso de peregrinación, como el que vio a partir del año 89, y sobre todo en el año 93.

La estela del Papa peregrino

El Año Santo de 1993 es el primero que se celebra después de once años de, diríamos, sequía jubilar, pues es Año Santo en Santiago de Compostela cuando coincide el domingo con la fiesta de Santiago, y según los ciclos de 6, 5, 6 y 11 años, ya que, por los años bisiestos, cada cuarto año salta un día de la semana, y por ello el próximo Año Santo que se celebre será el del año 2010, y el siguiente será en el año 2021.

Entre el Año Santo de 1982 y 1993 había ocurrido nada menos que el acontecimiento de la Jornada Mundial de la Juventud del año 89. Ese Año Santo de 1993 se presenta como una gran oportunidad y una gran gracia para la Peregrinación a Santiago, y con ello para el servicio pastoral de la Iglesia en España y en Europa. Y con las perspectivas de un interés y de un conocimiento de la ciudad y del Camino muy extendido y apreciado por sectores muy amplios de los jóvenes europeos y españoles, y ampliado por una estima renovada excepcionalmente positiva, expresada por Juan Pablo II.

El Papa no pudo venir a Santiago en el año 93, y lo sentimos. Estuvo en España en la visita que giró con motivo del V centenario del descubrimiento de América a Sevilla y Huelva, y luego en Madrid para la consagración de la Catedral de la Almudena y la Misa de la plaza de Colón, donde se canoniza a San Enrique de Ossó, fundador de la Compañía de las Hermanas de Santa Teresa de Jesús.

El Año Santo en la Diócesis de Santiago se preparó como para la vida interna, como un año de evangelización. Se aprovechó el Año Santo para que todas las parroquias de la ciudad y de la Diócesis, según la tradición más querida y cultivada del siglo XX, peregrinasen en forma de arciprestazgos a la Catedral, viviesen la peregrinación como un momento de penitencia, con el Sacramento de la Penitencia vivido a fondo, y la celebración de la Misa del Peregrino.

Pedimos que se aprovecharan los primeros meses del año 1993, enero y febrero, cuando según la experiencia histórica no eran meses tan frecuentados por peregrinaciones de fuera de Galicia. La Diócesis de Santiago se volcó hacia una peregrinación incluso a pie, porque los peregrinos a pie en la historia de la peregrinación a Santiago eran los de fuera, nunca los de Santiago, por lo que parece que los de Santiago estaban dispensados de peregrinar.

Pero en el año 93 no fue así. Se organizan las peregrinaciones desde los distintos lugares de Galicia, las diócesis del Norte, del Este, del Sur, desde la Coruña,

desde Tierra de Bergantiños, desde Pontevedra; y se vuelcan en peregrinaciones a veces agotadoras, de cuarenta kilómetros en un día y una noche; llegaban hechos polvo a la Catedral de Compostela.

Y muy pronto nos damos cuenta de que estamos ante un Año Santo excepcional, que nos desborda en muchos momentos. Yo recuerdo una de las primeras misas del peregrino, a finales de enero, primeros de febrero, donde tuve que decir a la gente que no dábamos a basto para las confesiones, era imposible, y recurrí al criterio teológicamente válido de decir: los que tengan conciencia de pecado mortal que hagan un acto de contrición perfecta y luego, cuando lleguen a sus casas, que se confiesen en sus parroquias.

En este Año Santo la peregrinación a pie a Santiago alcanzó ya casi los cien mil peregrinos. Fue un Año Santo espectacular, acompañado por la acción de la Xunta de Galicia, que acuña la famosa expresión del Xacobeo y los logotipos del Peregrino, etc. Hubo como una especie de apoyo mutuo, sobre todo por parte la Xunta de Galicia, al desarrollo de la peregrinación a Santiago, de un modo muy especial en lo que tenía que ver con el Camino, los refugios y los lugares de acogida de peregrinos a pie a lo largo del Camino Francés en la parte geográfica de Galicia.

Y termina ese Año Santo como una gran puerta, un gran pórtico para lo que ha venido siendo luego la peregrinación a Santiago, hasta estos momentos.

El Camino de Santiago hoy

Los Años Santos del año 1999 y del 2004 han reseñado un aumento cada vez más creciente y mayor de la peregrinación a Santiago. Ésta se ha hecho masiva también en los años ordinarios, sobre todo a partir de la Pascua y de la primavera hasta muy entrado el otoño, aunque no deja de estar viva en ningún momento del año; y este aspecto tan positivo desde el punto de vista de la cantidad de los

peregrinos y de la estima del Camino y de su valoración va acompañado de unos fenómenos y aspectos problemáticos y críticos, que creo que todos los responsables de la vida de la Iglesia tenemos que tener en cuenta, pero comenzando naturalmente por la propia archidiócesis de Santiago.

Es evidente que el Camino de Santiago no es ya sólo un Camino de peregrinos cristianos. Los Obispos del Camino firmaron una Carta en Santiago de Compostela, en el año 1988, para ofrecer la teología del Camino en esos momentos que presentíamos ya como de gran expansión cuantitativa del Camino de Santiago, que titulábamos *El Camino de Santiago, un Camino para la peregrinación cristiana*.

Es verdad, como decía al comienzo de mis palabras, que son muchos los cristianos que peregrinan a Santiago estos veranos, y se ha convertido la peregrinación a Santiago en un instrumento de primer orden para la pastoral, sobre todo de los jóvenes. Pero el Camino Francés es una vía y un itinerario donde se encuentra uno, no sólo con cristianos o con peregrinos que hagan la peregrinación con un interés religioso, de búsqueda de respuestas a los grandes problemas de la vida, sino que han cambiado hacia una motivación de senderismo o deporte, por no entrar en detalles más negativos.

En realidad, tanto el Camino y la Peregrinación, como la propia ciudad de Santiago de Compostela, meta final del Camino, se encuentran ante el problema de que hay unas versiones fuertemente secularizadoras del Camino, que quieren hacerse cargo y afirmar su derecho a vivir el Camino y el término de la peregrinación así. No llegan a pretender un acto laico en la Catedral de Santiago, pero ciertamente es fuerte esa corriente de experiencia del Camino.

Ante esta situación, son escasas las posibilidades y los recursos personales, pastorales, de medios técnicos, con los que la Iglesia puede responder al grado de exigencia de esa gran marea, la inmensa riada de peregrinos que acuden a Santiago todos los días. Los servicios de la ciudad de Santiago han

mejorado mucho, de atención al peregrino, y la concepción de los mismos se ha mejorado desde los primeros pasos dados en la década de los años 80. El servicio de confesionario y el orden de las celebraciones es grande, pero es verdad que cuando uno entra en la Catedral, un día de verano, aquello es una feria bastante mal organizada, hay mucho ruido... Yo creo que hay que hacer un esfuerzo de nuevo para acentuar el espíritu cristiano y convertir ese acento en realidad práctica, en la dimensión propia, esencial, intrínseca y fundamental del Camino de Peregrinación a Santiago y al Apóstol Santiago.

Tenemos un nuevo Año Santo a la vista, el año 2010. Pienso que es una buena ocasión para que hagamos ese esfuerzo. De algún modo, es el momento también de vivir el sentido pleno de la libertad religiosa, de lo que es llamativo desde el punto de vista religioso: fines, objetivos y razones de ser religiosas.

El futuro del Camino, sobre todo visto desde la perspectiva de la Iglesia, nos llama, nos convoca a seguir las huellas que puso Juan Pablo II, las que dejó el paso de Juan Pablo II por la ciudad y por el Camino, al menos en sus metros y en sus tramos geográficos finales.

La experiencia creyente del Camino, de la meta, la experiencia creyente y su valor para todo el conjunto de la realidad social, cultural, espiritual de España y de Europa, hay que potenciarla y desarrollarla, en estos años y de cara al Año Santo. Y, por supuesto, incorporar plenamente a América a la experiencia creyente del Camino de Santiago.

Esto nos va a exigir, a los Obispos, un cierto esfuerzo de coordinación de nuestro trabajo con la Archidiócesis de Santiago, también probablemente con la Santa Sede y con otros Organismos de los Episcopados europeos. Me parece que ya ha llegado el momento de que eso se trabaje y se le dé cuerpo y, por así decirlo, red de apoyo mutuo, para que los peregrinos a Santiago puedan vivir un Camino de peregrinación cristiana.

(Madrid, 19 de febrero de 2008)



José María Ballester

Los Caminos de Santiago: origen y sentido de un itinerario cultural



Agradezco mucho a la Xunta de Galicia, a la Casa de Galicia en Madrid y a la Asociación de los Amigos de Santiago de Madrid su invitación a participar en este Ciclo de Conferencias. Me complace especialmente hacerlo por tratarse de un tema al que he consagrado buena parte de mi vida profesional y personal, por la vinculación adquirida con Galicia a lo largo de todos estos años de trabajo sobre los Caminos de Santiago y por el papel decisivo que han desempeñado las Asociaciones en la revitalización de los Caminos de Santiago, que hoy nos reúnen. Sin la participación activa de las Asociaciones y sin la dedicación personal y generosa de muchos de sus miembros, los Caminos de Santiago no serían lo que son hoy en su realidad actual.

Hace ahora 20 años que el Consejo de Europa lanzó los Caminos de Santiago como primer Itinerario Cultural Europeo. Lo hizo en el marco de una ceremonia celebrada en Santiago de Compostela, el día 23 de octubre del año 1987, con participación de cerca de mil personas venidas de diferentes países, ministros europeos de Cultura —con nuestro compatriota Javier Solana, al frente— miembros de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, representantes de las diferentes Administraciones, de Asociaciones Jacobeas, expertos y peregrinos, convocados por el Secretario General del Consejo de Europa, el español Marcelino Oreja, y reunidos bajo la Presidencia del Príncipe reinante Franz Josef II y la Princesa Gina de Liechtenstein, Estado que ostentaba, en esos momentos, la presidencia del Comité de Ministros del Consejo de Europa.

El propio acto del lanzamiento de los Caminos de Santiago y su formato, expresaban ya, en sí mismos, el espíritu que animaba al Consejo de Europa al proclamar los Caminos de Santiago como primer Itinerario Cultural Europeo: concentración de los invitados en la antigua «Puerta del Camino», inauguración del primer panel con la señalización propuesta por el Consejo de Europa para este Itinerario Cultural, recorrido a pie del último tramo urbano del Camino, hasta llegar a la Catedral —meta de todos los peregrinos que culminaron la peregrinación a lo largo de más de diez siglos— y ceremonia ecuménica acogida y celebrada por el entonces Arzo-

bispo de Santiago, hoy Cardenal Arzobispo de Madrid, Monseñor Rouco Varela, descubrimiento de una placa conmemorativa en la losa central del pavimento de la Plaza del Obradoiro y, finalmente, la ceremonia de lanzamiento, celebrada en el Hostal de los Reyes Católicos con carácter más político y cultural, como correspondía a una manifestación celebrada en el marco del programa de cooperación intergubernamental del Consejo de Europa.

Evocar ahora, veinte años después, el formato de aquella celebración, nos permite recordar como las tres dimensiones fundamentales de este Itinerario Cultural estuvieron presentes desde el primer momento en su configuración: la dimensión religiosa y de peregrinación que dio origen a estos Caminos, la dimensión cultural que les confiere su singularidad con respecto a otras vías históricas de peregrinación y la dimensión europea, cuya oportunidad ha contribuido igualmente a su arraigo y desarrollo en el presente momento histórico.

Por otra parte, la Declaración leída por el Secretario General del Consejo de Europa durante la ceremonia, proporcionaba las claves y razones de esta iniciativa: «El sentido de lo humano en la sociedad, las ideas de libertad y de justicia, y la confianza en el progreso son principios que han forjado, históricamente, las diferencias culturales sobre

las cuales se creó la identidad cultural europea», decía la Declaración, para añadir que, «entonces, como hoy, esa identidad no hubiera sido posible sin la existencia de un espacio europeo cargado de memoria colectiva y surcado por multitud de caminos que salvan las distancias, borran las fronteras y disipan las incomprensiones y la desconfianza entre los pueblos»

No cabía una percepción más adecuada de lo que han sido y son, en el tiempo y en el espacio, los Caminos de Santiago: unos caminos de peregrinación, que cubren la práctica totalidad del Continente europeo y cuya singularidad, decíamos, reside en el hecho de haber unido —en una misma dinámica— su carácter espiritual y una acción civilizadora que, unida a su intensa frecuentación por personas procedentes de horizontes, países y culturas muy diferentes —tanto, se decía ya en la alta Edad

Media, «que el camino se veía negro hasta el horizonte»— contribuyó en buena medida a la configuración de lo que hoy denominamos Europa y entonces se conocía como la Cristiandad.

Recomendación de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa

El origen remoto de esta iniciativa se encuentra en la Recomendación 987 (1984), relativa a los Itinerarios Europeos de peregrinación, adoptada por la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, sobre la base del informe «El Camino de Santiago de Compostela y otros itinerarios europeos de peregrinación» redactado ese mismo año por el parlamentario alemán M. Günther Müller. En dicha Recomendación, la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa «consciente del papel que estos Itinerarios han desempeñado en el desarrollo de determinadas ciudades, en la creación de instituciones religiosas y laicas y, en una palabra, la creación de una auténtica infraestructura para el peregrino; subrayando la importancia del patrimonio arquitectónico vinculado a estos itinerarios de peregrinación; recordando que los contactos religiosos y culturales surgidos de este movimiento considerable de peregrinos a través de Europa entera han constituido una primera etapa hacia el interculturalismo y la unidad europea, y reconociendo la particular importancia histórica del camino de peregrinación de Santiago de Compostela, al tiempo que señala la existencia, en muchos países, de asociaciones que trabajan para un mejor conocimiento de los itinerarios de peregrinación», recomienda al Comité de Ministros del Consejo de Europa que se inspire en el ejemplo del Camino de Santiago de Compostela y lo tome como punto de partida para una acción relativa a los itinerarios de peregrinación.

Decisión del Comité de Ministros

En su respuesta a esta Recomendación de la Asamblea, el Comité de Ministros del Consejo de

Europa – tras recibir el dictamen «muy favorable» emitido por los tres órganos estatutarios consultados: el Comité responsable entonces en materia de Patrimonio Cultural, el Consejo de Cooperación Cultural y la Conferencia Permanente de Poderes Locales y Regionales de Europa (hoy Congreso) y, a propuesta del Secretario General del Consejo de Europa, recuerda que las rutas de peregrinación – como otros espacios de encuentro – dieron lugar en Europa a intercambios culturales, que desembocaron en movimientos de creación intelectual y artística, y contribuyeron de manera apreciable al desarrollo económico de nuestro Continente. Y propone la creación de itinerarios culturales, en especial a partir de las vías de peregrinación, por el interés que estos itinerarios pueden tener para los Estados miembros, no sólo en lo que se refiere a la valorización del patrimonio Cultural, sino también como posibilidad de cooperación transfronteriza y en una perspectiva de desarrollo económico y turístico de las regiones menos favorecidas.

Esta decisión del Comité de Ministros constituye un paso decisivo para la creación del Programa de Itinerarios Culturales, que cuenta en la actualidad con 24 Itinerarios reconocidos y se establece – como vemos – sobre la base y el ejemplo de los Caminos de Santiago, considerados como primer itinerario cultural europeo o itinerario europeo por excelencia. En esta decisión, el Comité de Ministros pide al Secretario General del Consejo de Europa que inicie las acciones necesarias para lanzar este Programa y manifiesta su deseo de que el Programa asegure un equilibrio entre la salvaguarda del patrimonio cultural y la animación cultural de ese patrimonio, lo que implica respetar el sentido y significación de cada Itinerario.

Si analizamos la decisión – y la propia Recomendación de la Asamblea Parlamentaria – vemos que tanto la Asamblea como el Comité de Ministros hablan con sumo respeto de los itinerarios europeos de peregrinación en general, y de los Caminos de Santiago, en particular, y reconocen lo que Europa y la cultura europea, en un sentido amplio, deben a estos movimientos y rutas de peregrinación, cuyo origen y naturaleza no se ponen en duda. Naturalmente, el Consejo de Europa, como Organización de carácter intergubernamental y no competente – por razón de su propio Estatuto – en materia religiosa, se limita a proponer la salvaguarda y animación cultural del patrimonio histórico vinculado a estas rutas de peregrinación y a sugerir posibles acciones de orden cultural, económico y social que la revitalización de los futuros itinerarios culturales europeos, puedan tener en el desarrollo futuro de las regiones menos favorecidas. Pero no niega – sino que reconoce – la dimensión religiosa de las vías de peregrinación ni, en momento alguno, estos textos oficiales dejan entrever el hecho de que el desarrollo de sus potencialidades culturales deba hacerse a costa de sus propias potencialidades espirituales. Simplemente, no entra en ellas por no ser tema de su competencia. Y deja la puerta abierta para que las instancias competentes asuman el desarrollo y actualización de esta dimensión.

Definición del Itinerario

Corría el año 1985, cuando en virtud de esa decisión del Comité de Ministros se activó el mecanismo de cooperación intergubernamental del Consejo de Europa, sobre la base de la propuesta elaborada por el Secretariado General de la Organización. En particular, el ya citado Comité competente en materia de Patrimonio Cultural, a quién fue asignada la tarea de definir y de preparar este primer itinerario, mientras el Consejo de Cooperación Cultural se encargaba de articular el resto del Programa. Comités, todos ellos – huelga el decirlo – formados por delegados de los Gobiernos de los Estados miembros del Consejo de Europa. Ese mismo año, la Conferencia Europea de Ministros responsables de Patrimonio Cultural, reunida en Granada (1985), tuvo un debate informal sobre temas relativos al turismo cultural y varios ministros, con el entonces titular de Cultura en Francia, Jack Lang, a la cabeza, se manifestaron en favor de una acción prioritaria a partir de los Caminos de Santiago.

Se creó, además, un grupo internacional de expertos, alguno de los cuales ya había participado en la preparación de la Exposición «Mil años de peregrinación a Santiago» organizada en Bruselas, en el marco de la Exposición Europalia 85, que estuvo dedicada a la cultura española. Se trataba de René de Lacoste-Meselière (Francia), personaje legendario del Camino, que – con su Asociación de Amigos de Compostela – fue uno de los pioneros en practicar y reivindicar estos Caminos, ya en los años 50; el profesor Manuel Díaz y Díaz, catedrático emérito en la Universidad de Santiago de Compostela; y los también profesores Paolo Caucci von Saucken (Italia); Robert Plötz (Alemania), Albert D'Haennens (Bélgica) y Dereck Lomax (Reino Unido). Todos ellos estudiosos y, en muchos casos peregrinos y caminantes, vinculados además a asociaciones jacobeanas en sus países respectivos, dieron una caución académica y una contribución notable al planteamiento del programa propuesto por el Consejo de Europa, en el curso de estos trabajos preparatorios.

La importancia de este Grupo de Expertos fue grande, por la contribución que prestaron al conocimiento, identificación y lanzamiento de las rutas jacobeanas o Caminos de Santiago como Itinerario Cultural. Entre otras cosas, porque se elaboró entonces, con la asistencia de estos expertos y sólo como hipótesis de trabajo, a título experimental, un proyecto de mapa que visualizaba sobre el territorio europeo lo que pudieron ser los caminos, vías y recorridos que siguieron históricamente los peregrinos para llegar a Santiago. Algo que, más allá de su carácter tentativo y de lo que pudo significar como hipótesis de trabajo, daba una idea muy aproximada de la envergadura que tuvo el fenómeno jacobeano sobre el continente europeo. Siguieron, más tarde, otros comités de expertos, asociaciones de cooperación interregional, el hecho importante de que las Asociaciones españolas se federaran e, incluso, en el Reino de España, se creara el Consejo Jacobeano, con participación del Gobierno del Estado y de las Comunidades Autónomas por cuyo territorio discurren caminos que llevaron peregrinos a Santiago. Y, naturalmente, la acción llevada a cabo por el Xacobeo, desde la Xunta de Galicia, bien apoyada por la activa Asociación de Periodistas del Camino de Santiago.

En paralelo, se produjo por aquellos años una eclosión del movimiento asociativo y una aproximación importante entre las Asociaciones jacobeanas, tanto españolas como europeas. Movimiento lógico, puesto que estas Asociaciones, particularmente activas en países como España, Francia, Italia, Alemania o Bélgica, por sólo citar algunas, habían creado, ya, con su acción y su militancia, el ambiente o caldo de cultivo que permitió – al Consejo de Europa y, después, a otras Organizaciones, como la UNESCO – plantearse la revitalización y el reconocimiento de estos Caminos de peregrinación, a partir de perspectivas diferentes. Tras de estas Asociaciones, había personas que no podemos olvidar. Personalidades como el recordado don Elías Valiña, el incansable Andrés Muñoz, en Navarra, el musicólogo Eusebio Goicoechea, con los Amigos del



Camino de Santiago de Estella, y todas las personas y Asociaciones que acudieron al pionero Congreso de Jaca o que participaron en los organizados por el Consejo en los años siguientes al lanzamiento del Itinerario Cultural,

Programa inicial

En este contexto, el Secretario General del Consejo de Europa y gran valedor del Camino, Marcelino Oreja, propone finalmente al Comité de Ministros del Consejo de Europa articular el lanzamiento de los Caminos de Santiago sobre la base de tres aspectos fundamentales:

La identificación y re-descubrimiento de estos caminos sobre el conjunto del territorio europeo

La señalización de estos caminos, como itinerario cultural europeo con un emblema común

Su reanimación, a través de acciones como la restauración material de estos caminos, la valorización y restauración del patrimonio arquitectónico que los jalona y hace visibles sobre el territorio y, por último, su promoción que incluye, como queda dicho, una incitación a recorrer estos caminos.

Con estas propuestas, se articula un programa que ahora, veinte años después, es necesario entender como el inicio de una dinámica y, también, como un llamamiento dirigido a todos aquéllos que tenían responsabilidad pastoral o de gobierno y capacidad de acción, para dar un nuevo impulso, acorde con nuestro tiempo, a estos viejos caminos europeos de peregrinación. Lo cual implicaba una mentalidad de apertura y, sobre todo, una invitación a las nuevas generaciones, para que recorrieran estos caminos como una forma de profundización espiritual, en su sentido más amplio, en un sentido humanista y con una renovada ilusión europea.

El programa incluye, en un primer momento, la manifestación de lanzamiento de los Caminos de Santiago como primer Itinerario Cultural Europeo, que se celebró en Santiago de Compostela el día 23 de octubre de 1987 y que hemos evocado al comienzo de esta intervención; la creación de un

emblema común para los Caminos de Santiago como Itinerario Cultural: una estilización dinámica de la concha tradicional de los peregrinos, que orienta la marcha hacia el Oeste, obra de los grafistas españoles Juan Ignacio Macua y Pedro García-Ramos; y la convocatoria de una serie de Congresos o Coloquios que permitieran identificar, profundizar y promover la realidad histórica de estos caminos de peregrinación, en una perspectiva europea. Se organizaron, así, los Coloquios de Bamberg (Alemania), Viterbo (Italia) y Oporto (Portugal), a los que siguieron otros organizados ya por las autoridades nacionales o regionales, como el celebrado por esos mismos años en Pamplona.

Por último, el Programa propuesto por nuestro Secretario General incluía toda una serie de acciones de sensibilización, difusión y animación de estos Caminos, en especial y difusión, que se traducían en una tarea de divulgación y de incitación permanente a recorrer los caminos. Fue ejemplar, en este sentido, el recorrido del «Camino francés», organizado por el Ayuntamiento de Pamplona en el año 1988, como contribución a la iniciativa del Consejo de Europa, que impulsó su entonces alcalde Xavier Chorraut y que tuvo un gran impacto mediático.

En estos puntos se centró la acción del Consejo de Europa para lanzar los Caminos de Santiago y, con ellos, el Programa de Itinerarios Culturales Europeos. Un programa que cuajó enseguida y tuvo muy buena acogida social. Al mismo tiempo, varios Estados miembros del Consejo de Europa, sus Regiones o sus medios asociativos, comenzaron a preparar nuevas iniciativas. Una de ellas, propuesta por el Gran Ducado de Luxemburgo —el Itinerario del Hábitat Rural— se elaboró tan rápidamente que fue presentada durante un Coloquio sobre Patrimonio Rural, celebrado pocas semanas antes de la ceremonia de Santiago, que lanzaría oficialmente el Programa de Itinerarios Culturales Europeos, a partir del ejemplo de los Caminos de Santiago, según la decisión oficialmente adoptada por el Comité de Ministros del Consejo de Europa. Es de justicia dejar constancia, sin embargo, del adelanto

«cronológico» de que hizo gala, en esta ocasión, el Gran Ducado.

Sentido y espíritu del primer Itinerario Cultural Europeo

Estas iniciativas y propuestas siguieron el llamamiento y ensancharon las propuestas iniciales del Consejo de Europa, formuladas en Santiago de Compostela. Es necesario, sin embargo, entenderlas e interpretarlas a la luz y en el espíritu de la Declaración leída entonces por su Secretario General. Conviene insistir en ello, como queda dicho, al proponer los Caminos de Santiago —que el Consejo de Europa ha considerado siempre en plural— como punto de partida y origen del Programa de Itinerarios Culturales Europeos, que hoy gestiona el Instituto Europeo de Itinerarios Culturales de Luxemburgo, muchos se plantearon la cuestión del tipo de «producto» a elaborar, como suele decirse en términos de marketing turístico. Para unos, se trataba, pura y llanamente, de una gran operación de promoción turística. Hasta el punto de que uno de los grandes gigantes del turismo vacacional, en aquella época, Gilbert Trigano, presidente y promotor de los Clubes Mediterráneos —y Secretario de Estado para el Deporte, en Francia, por aquéllos años— planteó la posibilidad de instalar una serie de estos centros de vacaciones en las etapas más singulares y destacadas del Camino, como contribución a esta iniciativa del Consejo de Europa.

Se llegó a hablar, incluso, de un eje de desarrollo económico del Norte de España, que debería beneficiar a las Regiones por las que discurría el «Camino francés», como contrapunto a los planes, programas e infraestructuras que preparaban los Juegos Olímpicos en Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla, en el horizonte del año 1992.

Otros, desconocedores de lo que fueron siempre los Caminos de Santiago, como fenómeno religioso de ámbito europeo y continental, temieron que esta iniciativa diera un protagonismo excesivo a Estados como Francia, España o Portugal. No faltaron quienes reivindicaron, con carácter excluyente de cual-





quier otra, su dimensión religiosa. Ni aquéllos que creyeron llegada la ocasión de eliminar la dimensión religiosa de los itinerarios jacobeos, para convertirla en una ruta de carácter lúdico y cultural, negando incluso el carácter religioso de su propio origen. No ayudó mucho, en esta tesitura, la Carta Pastoral de los Obispos españoles del Camino, en el año 1988, afirmando que los Caminos de Santiago nunca serían un itinerario cultural. Voces autorizadas de la jerarquía religiosa en nuestro país, han reconocido después que la Iglesia no supo valorar entonces el alcance de la propuesta del Consejo de Europa. Y, en cualquier caso, se trabaja actualmente, tanto en España como en Francia y otros países, por parte de quienes tienen competencia para ello, en potenciar esta dimensión religiosa o espiritual.

Para quienes tuvimos la responsabilidad de lanzar y de conducir, en su primera andadura, esta iniciativa, el gran reto fue precisamente hacer compatibles esas vías ancestrales de peregrinación jacobea, cuyo carácter religioso marca de manera indeleble su origen y su desarrollo a lo largo de más de diez siglos, con su propia realidad cultural, para —lejos de «tematizar» espacios, monumentos, lugares y recorridos— proponer una percepción amplia e integradora del fenómeno jacobeo. Una percepción abierta a todas las personas que, con una u otra motivación, se sintieran atraídas por estas rutas, más allá de su propio origen, de su religión o de su cultura. Como ocurre en la realidad cotidiana de estos Caminos y hemos podido comprobar quienes hemos caminado y compartido con otros, caminantes o peregrinos, las fatigas, las emociones y las satisfacciones que procura el recorrido actual de estas vías de peregrinación.

Una diversidad de caminos

Un recorrido que discurre por rutas, vías o caminos muy diversificados, que parten de los confi-

nes de Europa —Islandia, Gran Bretaña, Irlanda, los Países Escandinavos, los Países eslavos y el Este de Europa— para confluir progresivamente en el territorio francés y alcanzar los cuatro puntos de encuentro que ya señalaba, en el siglo XII, el *Codex Calixtinus* o *Liber Sancti Iacobi*, que se conserva en la catedral compostelana: Tours, como punto de partida de la denominada «Via Turonensis», Vézelay, donde comienza la «Via Lemovicensis», Le Puy-en-Velay, en cuyo santuario de Nuestra Señora del Puy comienza la «Via Podiensis» y, finalmente, la ciudad de Arles, como origen de la «Via Tolosana». Las tres primeras, como es sabido, llegan a la Península Ibérica a través de Roncesvalles y la «Via Tolosana» lo hace por el Somport, para encontrarse en la localidad Navarra de Puente la Reina —cuya morfología lineal constituye un excelente ejemplo de lo que fue el urbanismo surgido a medida en que se intensificaba el flujo de peregrinos— para comenzar el recorrido final o «Camino francés» que lleva hasta el sepulcro del Apóstol Santiago, en la catedral compostelana.

Estos caminos y puntos de partida, sin embargo, no pueden considerarse de forma aislada o desde una perspectiva simplemente regional o nacional: constituyen el trazado o recorrido final de todo un entramado de caminos que, desde la Alta Edad Media, permitían a los peregrinos llegar hasta Santiago. Porque estos caminos, que partían —como queda dicho— de los confines de Europa, son como una inmensa cuenca hidrográfica: pequeños arroyos que van formando progresivamente ríos de mayor caudal —con ello queremos decir de mayor intensidad y visibilidad en los vestigios jacobeos, materiales, documentales e inmateriales— hasta llegar a los citados puntos de partida y desembocar en el denominado «camino francés», donde podemos apreciar una continuidad cada vez mayor de vestigios debidos al flujo de peregrinos que transitó por ellos a lo largo de los siglos y que expresan, además, el carácter transnacional de estas peregrinaciones.

De manera, que el «camino francés» o camino principal no hubiera sido posible sin todos esos caminos, lejanos en el espacio, pero que le dan envergadura europea y expresan su verdadero sentido.

Camino principal, caminos alternativos

El denominado «camino francés» se convierte así, como señaló ese lúcido estudioso del Camino que es el ingeniero Arturo Soria Puig, en una especie de rosario, donde las cuentas serían los monumentos, poblaciones y vestigios jacobeos de carácter material, que cobran su verdadero sentido al estar engarzados por ese hilo conductor que es el camino. Un hilo que no sólo engarza el Camino francés, considerado como el Camino principal, al que muchos hubieran querido limitar el Itinerario Cultural, pero que incluye, también, muchos otros caminos y rutas: son los mal llamados caminos secundarios que, en la lógica del Itinerario Cultural, se prefirió llamar «caminos alternativos», aunque todos ellos forman parte de la dinámica jacobea que sacudió Europa desde la Alta Edad Media. No sólo en lo que se refiere a los territorios español — con el camino asturiano, el camino de la costa, la vía de la Plata y tantos otros — francés o portugués, sino en el conjunto del territorio europeo. Porque, en último caso, y dentro de la lógica a la que acabo de referirme, son todos esos caminos —por leve que sea su recuerdo o los vestigios que lo definen como tal— los que dan sentido, guardan la memoria y hacen que las peregrinaciones a Compostela tengan una envergadura continental efectiva. Nunca hubo un camino único, singular o exclusivo, a lo largo de tantos siglos, para dirigirse a Compostela. El flujo de peregrinos fue siguiendo rutas comerciales o militares —la incipiente infraestructura de la época— y cambiaba en función de la evolución de esas infraestructuras, de la mayor seguridad que ofrecían unas y otras, de los servicios y facilidades de acogi-

da, hasta consolidar aquellas rutas que se hicieron permanentes, por la densidad de instituciones asistenciales o de albergue y por los santuarios de mayor prestigio que en esos caminos se fueron construyendo.

La identificación de los caminos

Los estudios realizados en Suiza, por el Dr. Hans Peter Schneider, como respuesta helvética al llamamiento del Consejo de Europa, los llevados a cabo en el mundo escandinavo y en el espacio al-saciano, por el profesor Vicente Almazán, en Alemania por el profesor Klaus Herbers, de la Universidad de Tubinga, los que ahora se investigan en el mundo eslavo y en otros países, constituyen la mejor prueba. El hecho de que hayan surgido nuevas Asociaciones o de que peregrinos y caminantes no anhelan tan sólo hacer el recorrido principal, desde Roncesvalles hasta Compostela, meta comprensible de todos aquellos que participan de la dinámica jacobea, o el hecho —cada vez más frecuente— de que el camino hacia Compostela no se inicie en Roncesvalles, como era habitual, sino en los puntos de origen o residencia de peregrinos y caminantes, en Francia, en Alemania, en Bélgica, en Suiza, en Italia... no hace sino confirmar la importancia de estos caminos «menos conocidos» o «menos visibles», que el Consejo de Europa quiso siempre tomar en consideración dentro de este Itinerario Cultural. Así quedó patente, además, en la reunión de presidentes de regiones francesas y españolas que, organizada por la Región de Midi-Pyrenées, bajo los auspicios del Consejo de Europa, se celebró en el lugar emblemático de las Tres Cruces, en el Plateau de Aubrac, donde se reunieron por vez primera los presidentes de las Regiones francesas y de las Comunidades Autónomas españolas con recorridos jacobeos, más allá de aquellas por las que discurre el «camino francés».

Se forja, así, una continuidad —más visible, evidentemente, en los tramos finales— que traduce y es resultado de una práctica religiosa, como son las peregrinaciones. Estas peregrinaciones implican una abundancia de santuarios, cultos, reliquias veneradas y devociones que jalonaban la ruta hasta Compostela. Su visita no sólo resultaba obligada, sino que daba sentido y constituía una especie de ascenso espiritual o progresión hasta el sepulcro del Apóstol. Y se aprecia, igualmente, en esos vestigios religiosos y civiles, la continuidad cultural que es propia a estos caminos y constituye una de sus principales características. Su singularidad, con respecto a otras rutas de peregrinación, reside en el hecho de ser, a la vez, vía de peregrinación y vía de civilización. Su recorrido permite seguir la evolución arquitectónica, artística, urbanística, literaria, musical, incluso financiera y comercial, por supuesto artesanal, sin hablar de las infraestructuras y obras públicas. Elementos, todos ellos, que hoy se nos muestran como componentes esenciales en la construcción histórica de Europa.



Los caminos, espiritualidad y cultura

En ese contexto amplio y paneuropeo, hay que situar el gran reto, ya mencionado, de la iniciativa lanzada por el Consejo de Europa: hacer de una vía de peregrinación, de un camino religioso, cuya continuidad no se había interrumpido desde la Alta Edad Media, un paradigma de itinerario cultural. Y hacerlo sin detrimento de la vocación primera y esencial de estos caminos. Vemos, sin embargo, que veinte años después persiste en muchos espíritus —tanto a nivel de personas como de Administraciones— esa tensión entre lo religioso y lo cultural, que intenta contraponer ambos conceptos e, incluso, proponer una «espiritualidad laica», cuando se trata de una tarea que, acometida con coherencia y con respeto, no resulta tan difícil.

La realidad, por el contrario, es bien diferente. Los Caminos de Santiago, por su propia naturaleza, por su devenir histórico, por su continuidad en el tiempo y en el espacio, por el carácter mismo de todos esos vestigios materiales que recuerdan, hoy, su existencia a lo largo y a lo ancho del territorio europeo y —de manera muy especial— por los valores de orden inmaterial e intangible, de orden ético y espiritual también, que esos vestigios encarnan, son susceptibles de lecturas muy diferentes para el ciudadano actual. Y sobre esa diversidad de lecturas se quiso construir la idea de este Itinerario Cultural.

Por ello, desde el primer momento y a partir de la Declaración de Compostela, en 1987, se articularon esas lecturas en tres direcciones fundamentales: su dimensión espiritual, su dimensión cultural y su propia dimensión europea. Resulta importante recordarlas, decíamos, para entender el sentido que el Consejo de Europa quiso dar a este Itinerario, sin olvidar que existen lecturas históricas, literarias, paisajísticas, deportivas, míticas e incluso esotéricas y legendarias.

La primera de estas lecturas es, necesaria y evidentemente, como se ha recordado con insisten-

cia, de orden espiritual. Es la lectura que corresponde a su dimensión primigenia, al origen y a la naturaleza de este Itinerario como vía secular de peregrinación. Es cierto, que las prácticas religiosas vinculadas a este tipo de peregrinación, han evolucionado con el paso del tiempo y no pueden ser idénticas, en la forma, a lo que fueron, por ejemplo, en la Alta Edad Media, cuando se inician las peregrinaciones a la tumba del Apóstol Santiago. Sin embargo, el encuentro que el Papa Juan Pablo II celebró con los jóvenes en Santiago de Compostela, el año 1989, y que confirió una dimensión universal al renacimiento jacobeo, demostró que hay formas actuales para expresar y vivir esta dimensión espiritual de las peregrinaciones a Santiago.

En esta lectura espiritual y amplia de los caminos hay, además de su significado esencial, un elemento particularmente importante desde una perspectiva patrimonial, como es la propia inteligibilidad de los «caminos» y de los elementos que configuran el espacio jacobeo. Sin esta lectura y aceptación de la dimensión espiritual del fenómeno jacobeo, como vía de peregrinación, esa inteligibilidad no sería posible y ello dificultaría gravemente la correcta comprensión de estos caminos y de todo cuanto esos caminos han generado desde un punto de vista patrimonial y cultural. Por otra parte, todos los que hemos recorrido y compartido el esfuerzo de la marcha hacia Compostela sabemos que son muchos los peregrinos o caminantes que viven la experiencia en forma de emoción espiritual, traducida o no en prácticas religiosas, que interviene en su ámbito más íntimo y personal. Es una dimensión que aparece de manera sistemática y, a veces, prioritaria, en los cuestionarios, encuestas o relatos de peregrinos y caminantes, y que permanece en ellos como huella o resultado esencial de la marcha, recorrido o peregrinación. Curiosamente, además, aparece en personas procedentes de otros horizontes, de otras culturas y, también, de religiones no cristianas. O, simplemente, no definidos en esta opción



personal. Por eso, se dice y se repite que, hoy como ayer, quien camina hacia Compostela se siente renovado, en su condición de persona humana, cuando regresa a su lugar de origen.

Hay una segunda lectura de orden cultural, en su sentido más amplio: como experiencia personal de conocimiento, como aproximación a unos vestigios y a unos valores, tanto de carácter material como inmaterial, que conocemos cada vez mejor y que no es el momento de enumerar. Mas allá de estudios científicos y de obras de divulgación que han engrosado durante los últimos veinte años la bibliografía jacobea, esta lectura cultural trasciende, incluso, las prácticas tradicionales – visitas a iglesias, museos o ciudades monumentales del camino, admiración de las obras de arte, pintura, escultura, orfebrería que conservan – para convertirse en una experiencia de aproximación, de cercanía y de penetración en el territorio y en el paisaje, experiencia a la que, globalmente, estamos cada vez menos acostumbrados. Y que nos recuerda, como se ha dicho en varias ocasiones, que caminar es, también, una forma de conocimiento.

Conviene, en fin, recordar una tercera lectura, también evocada a lo largo de esta intervención, que viene de situar el fenómeno jacobeo en su justa dimensión espacial, en su envergadura continental. Comprender el significado europeo de estos caminos, suscita en muchas personas un sentimiento de pertenencia común con respecto a ese sistema de valores que impregna – y han de buscar – peregrinos y caminantes. Porque ese sentimiento suele traducirse en un movimiento íntimo de apertura hacia el otro, de encuentro, de diálogo y de solidaridad, que no sólo se corresponde con lo que históricamente fueron estos caminos y vías de peregrinación, sino también

con el espíritu que inspira desde su fundación la acción del Consejo de Europa: lo que ese diálogo y capacidad de fraternizar aportan como posibilidad de conocimiento y de reconocimiento mutuo, como aceptación del otro y cómo búsqueda esforzada de un ideal común. Porque en esos principios, valores y actitudes se fundamenta el modelo humanista de sociedad que el Consejo de Europa propone desde su fundación y que encuentran una perfecta expresión, antes como ahora, en el fenómeno jacobeo y en todos aquellos que lo practican.

Puede haber y de hecho las hay, otras interpretaciones y lecturas del hecho jacobeo, Mas allá de las que hemos enumerado o sugerido. Tantas como tolera la apertura de estos caminos y de quienes por ellos discurren con motivaciones o mentalidades tan diversas. Pero conviene que nos interroguemos, también, tras insistir en el sentido que el Consejo de Europa quiso dar a este Itinerario Cultural, sobre lo que nos queda de ese propósito inicial, veinte años después y a la vista de la euforia jacobea que vivimos en la actualidad.

Una visión objetiva, que vaya más allá del éxito que se atribuye a esta iniciativa, nos muestra cómo ese éxito se ha traducido en un recorrido masivo y en una frecuentación a todas luces excesiva del camino «francés», como camino principal que todos aspiran a recorrer. Y en el cual suelen concentrarse la atención y las intervenciones, tanto públicas como privadas. Al mismo tiempo, se aprecia una extensión de los recorridos desde el punto mismo de origen y residencia de los caminantes y peregrinos, lo cual ayuda a diversificar los recorridos y a consolidar lo que antes hemos denominado caminos alternativos o mal llamados secundarios. Caminos que, dentro del necesario rigor histórico,

precisan cada vez más de una promoción adecuada. Incluso, se apunta la posibilidad de hacer los Caminos de Santiago al revés, para ir al encuentro de los puntos de origen de estas vías de peregrinación. Lo cual parece altamente positivo.

Pero, se hace necesario advertir, también, que la frecuentación masiva de que son objeto estos caminos, su excesiva promoción como producto turístico, el hecho de que se hayan abierto a formas de turismo de masa – que el Consejo de Europa quiso evitar desde un principio – provocan un fenómeno progresivo de «tematización» que ya hemos mencionado, con el riesgo de convertir el espacio jacobeo en un inmenso parque temático –como está ocurriendo en tantos lugares y «destinos» de turismo cultural, de carácter masivo– que termine por desvirtuar el verdadero sentido, la naturaleza y el acervo, tanto espiritual como cultural, acumulado por tantos siglos de dinámica jacobea y que tenemos el deber moral –aunque suene a tópico el decirlo– de transmitir a las generaciones venideras.

Faltan, también, mecanismos para la coordinación de las acciones y de los diferentes –heterogéneos– actores que participan de la dinámica jacobea. Plataformas de diálogo e instrumentos de concertación. Dicho sea sin detrimento de los esfuerzos que realizan los responsables del Xacobeo, cuya apertura de miras hay que señalar, o el propio Instituto de Itinerarios Culturales de Luxemburgo. Es una acción mucho más amplia la que se precisa, en la que participen los diferentes gobiernos y que integre a quienes son responsables de desarrollar la dimensión espiritual de estos Caminos, con el protagonismo que merecen.

Finalmente, veinte años después, resulta posible constatar que, más allá del desarrollo económico que para algunas regiones o lugares puede suponer la revitalización de estos caminos y cualquiera que sea el espíritu con que se acometa su recorrido, nos queda un espacio cargado de significados, cuyo alcance se manifiesta, ya, a nivel continental. Y que, tomado como ejemplo y paradigma de lo que puede ser un Itinerario Cultural, no debe apartarse de la vocación primera de este tipo de Itinerarios ni de lo que quiso el Consejo de Europa al proponer esta forma de recorrer los hitos y los procesos históricos que fueron configurando nuestra identidad: no escamotear a las nuevas generaciones la posibilidad de reivindicar unos valores de orden espiritual, de orden ético, de orden intelectual, de orden cultural, que nos transmiten pautas de comportamiento que son esenciales en el proceso de construcción y de unión europeas. Que nos recuerdan como Europa es una forma de ciudadanía democrática, asentada sobre esos valores. Lograr esa unión en la que estamos todos comprometidos, más allá de las vicisitudes políticas y económicas, constituye un reto de humanismo y una forma de abrir puertas a la esperanza. A la esperanza, como vía de futuro, en una encrucijada histórica marcada por una profunda mutación social y en un mundo que no siempre amanece optimista.

(Madrid, 26 Noviembre 2007)

José Jiménez Lozano

Sobre el artista románico



Muchas cosas ha habido siempre en el camino y luego en la llegada de un peregrino a Santiago: maravillas artísticas, tierras y gentes diversas, aventuras tristes y gozosas, paisajes admirables, historias como las que nos ha contado Chaucer de las peregrinaciones a Santo Tomas de Cantorbery y aun mucho más universales e inquietantes de farsantes como la de Juan de Esperaindeo, que es una de tantas encarnaciones del Judío Errante, aquí transmutado en peregrino a Santiago para expiar su culpa y rezar también por quien le socorriera, o le encomendase una ofrenda al Apóstol Santiago en su nombre.

Año tras año, hasta que cae en manos inquisitoriales, Antonio Ruiz o Rodríguez, vecino de Medina del Campo y luego de Ávila, y a quien probablemente entrenó en su papel un peregrino francés a Compostela, de nombre Pierre, embauca a las buenas gentes, que le encuentran cada vez más joven y a las que contesta que eso le sucede porque acababa de bañarse en el Jordán. «Soy Juan de Espera en Dios», les dice a los señores inquisidores que le detienen en setiembre de 1546, y es realmente joven pues tiene entonces como veinte años, aunque él dice venir de los tiempos mismos de la crucifixión de Cristo, abusando así la buena fe de las gentes en la leyenda del Judío errante.

Y, si hago mención de esta figura de farsante, es por la genialidad que supone el percatarse de que la esencia o sustancia del peregrinaje a Compostela y de la laceración y frustración de los que no pueden ir pero quisieran, era una esperanza en Dios para una juventud que no pasa, y, por eso con ella fabrica su nombre mismo. De manera que tal historia me ha parecido interesante que figure aquí, a la cabeza de una reflexión sobre esta odisea cristiana de vuelta a casa, que son las peregrinaciones compostelanas, alimentadas desde luego en esa su esperanza en el libro de piedra o de pintura del románico de manera privilegiada, y de tal manera que hasta los modos del creer cristiano en el tiempo llegan a estar conformados por ese artista románico, cuya singularidad es realmente paradigmática hasta en el ámbito de la más absoluta libertad. Y éste es el asunto en el que quisiera poner los ojos en su compañía de ustedes esta noche.

El artista en su obra

Hay una carta de Thomas S. Eliot al poeta griego Giorgios Seferis, en la que se dice que cada vez nos resulta más difícil hacer poesía, porque cada vez somos más conscientes de que la estamos haciendo. Es decir, que la conciencia del poeta o del narrador, y lo mismo ocurre con la del arquitecto, el pintor o el escultor, se ha convertido en una autoconciencia demiúrgica, de creadores de otros mundos que el mundo. Pero el artista de otro tiempo no tuvo nunca, ni por asomo, esta conciencia demiúrgica, ni tampoco la otra inevitable conciencia sacerdotal, o de pertenencia a la casta sagrada de lo que en nuestro tiempo se llama *la cultura*. El artista lo era, y la cultura estaba allí, sin conciencia alguna de serlo y de estarlo, como el pez en el agua, y *la rosa florece porque florece*, según el verso de Angelus Silesius. El pintor o el escultor tenían una conciencia de oficio, de menestrales; al igual que el escritor tenía conciencia de cronista o de componedor de fábulas o versos. Nada más.

El asunto cambió luego bastante, ciertamente, en el Renacimiento con su culto a las letras y las artes antiguas, e hizo príncipes de quienes las practicaban, invistiéndoles con el nombre de artistas, pero el asunto sólo hasta muy tarde cuajó del todo, y nos encontramos, por ejemplo, a Diego de Velázquez viviendo en el Palacio Real, en el pabellón de los barberos y otros menestrales, y, aunque, le vemos en su cuadro de *Las Meninas*, con la señora en el pecho del hábito de Santiago, un criado de Corte continuó siendo.

Y ello era honra, porque el pintar bastaba. Así que al aproximarnos ahora a un tiempo de la historia de Occidente, tan otra respecto a nosotros, exige no solamente desposeernos de nuestras categorías mentales, y mirar por aquellos ojos de fuera y de dentro de las gentes de aquellos siglos, sino desposeernos también del lastre acumulado en interpretaciones de ellos tenidas de nuestra subjetividad o del espíritu del ahora o *Zeitgeist*, que obliga a hermenéuticas tan improbables o bovarísticas, como que la imaginería románica anticlerical o de explícitas alusiones sexuales sería la obra del pueblo,

que se supone la haría al amparo de la noche, y luego se presentaría a cobrar por la mañana; o como las otras afirmaciones del formalismo artístico ruso de que a partir del Renacimiento ya no se pintarían ascensiones de Cristo o de la Virgen al Cielo, porque ya nadie había visto ni creía en esas cosas. Y excúsenme que cite algo así tan pintoresco y de tono menor, porque otras citas más brillantes y pretenciosas no nos permitirían sin más pasar sobre ellas, como aquí hacemos, con una simple y benevolente sonrisa.

Como resulta una evidencia, el tiempo del románico es un tiempo teológico, es decir, un tiempo en el que la naturaleza, el hombre, y la historia, son vistos con ojos teológicos, y teológica es la simbolización de toda la realidad; esto es, la cultura entera. Lo que quiere decir que, por lo tanto, también la arquitectura, la pintura y la escultura. La institución eclesiástica, es, por lo demás, la que de modo más entitativo echó mano de la expresión artística, por la sencilla razón de que sus miembros poseen un nivel cultural mayor y más refinado, y es ella la que acude a las gentes del oficio para que construyan, pinten o esculpan, según las normas de arte o de menestería, y la expresión artística de cada cual, toda una serie de paradigmas teológicos, que por lo demás son los mismos que los de la cultura y la fe religiosa mismas de esas gentes del oficio. Y subrayemos ya la importancia de este asunto de teología y hombre de oficio, y de Iglesia patrono y hombre de oficio que trabaja para ella, porque aquí hay toda una cuestión central acerca de si, en realidad, ha habido arte religioso en Occidente.

El hecho sólidamente establecido, y que sigue ahí, ante nuestros ojos, es que el románico es la expresión de una cultura teológica, y que la expresión del tiempo, desde el lenguaje a la expresión artística, es simbólica para cualquier realidad; lo que, para nosotros, que hemos perdido incluso la dimensión simbólica del lenguaje, puede resultar problemático para entender las cosas. Honorius Augustudunensis escribía, por ejemplo: *Las iglesias se orientan al Este por donde el sol nace, porque en él es venerado el Sol de Justicia, y en el Este está dispuesto el Paraíso, nuestra casa...Las transpa-*



El arte que habla a su manera

La escritura de Honorius Augustudunensis es, ciertamente, algo tardía; y fuerza sin duda la simbólica según la retórica del tiempo, pero se atiene a la idea y al sentimiento centrales de una topografía teológica que estaba en la base de la construcción, y que, por lo tanto, habitaba y presidía, o de la que brotaba, la decisión artística. Pero, en arte, las formas lo son todo, y son ellas las que dan el sentido, de manera que es la obra artística la que dice e integra en ella artísticamente toda aquella topografía simbólica, y la teología que hay detrás, pero al modo artístico, que ya resulta mucho más polisémico que el especulativo. La luz, las sombras, los volúmenes, las dimensiones, la elección de la piedra, y su rugosidad o lisura, los adornos o su ausencia, la pintura o la desnudez de ella, son los que compondrán al fin una estancia de oración y de alegría; y de manifestación de la fe de los que allí acuden. Y me interesa subrayar a este respecto, y en referencia a la cuestión de si hay arte religioso en Occidente como les decía, esta precisión de Honorius Austudunensis acerca de que las pinturas están hechas para que sean leídas por los fieles, adornen o decoren el edificio, y guarden memoria de los que vivieron.

Es decir, en primer lugar se espera que las pinturas sean leídas. Habitualmente suele subrayarse la función catequética de la pintura y escultura para un pueblo en su mayor parte iletrado, y sin duda es así, pero quizás debiéramos matizar que más bien que una instrucción era una manifestación de lo que ya se sabía por la predicación y la celebración de las fiestas litúrgicas, e incluso las piezas teatrales, porque obviamente poco podían entender de lo que veían —a veces algo ciertamente muy complejo—, si así no fuese. Realmente se hubieran encontrado en el caso en el que, ahora mismo, algunos redactores de fichas artísticas describen lo que ven: *Joven con alas inclinado ante una joven*, en la imposibilidad absoluta de explicarse tal cosa. Si aquellas gentes entendían lo que veían en tímpanos, capiteles, canecillos o metopas, hay que concluir que podrían ser analfabetos, pero no de una bastante sofisticada cultura teológica, llena, por lo demás de conceptos abstractos y expresiones alegóricas o simbólicas, o en otro caso la función catequética o docente no hubiera tenido sentido ninguno, como podría atestiguarlos cualquier profesor de enseñanzas medias, y no tan medias, incluso si no se dirige a analfabetos.

En una página de *Los ojos del icono*, me pregunté por la perpleja situación de un arqueólogo de algunos miles de años después de la desaparición del cristianismo histórico como cultura relevante, ante el hallazgo en unas viejas ruinas de un Pantocrátor, y en otras de una tabla o imagen gótica del Crucificado. El icono del Pantocrátor le mostraría a alguien que es poderoso y sabio, ya que se sienta como en un trono y tiene por escabel al horizonte cósmico, y un libro en las manos, pero por esto mismo no es un dios mitológico, ya que el libro le une a la historia de los hombres. Pero lo que no le

resultaría tan fácil sería concluir, sin más mediaciones, que uno y otro icono, son un mismo ser divino-humano, omnipotente y humillado, Señor del cosmos y de la historia, y sufriente siervo y víctima de los poderes de esa historia. ¿Y cómo no se desconcertaría, luego, ante el hecho de que un Pantocrátor estuviese siempre tallado en piedra o pintado en un muro con colores planos y agresivos, mientras el icono del sufriente, pintado o fabricado en madera mayoritariamente, ofreciera líneas totalmente humanizadas y colores cálidos, expresando el dolor, si tal arqueólogo llegara a adivinar que se trataba de la misma persona divino-humana?

Piedra y madera como cauce de expresión teológica

Pero esta dicotomía de materiales la decidió el artista románico, realizando a la vez una elección técnica en función de la expresión que a la materia pedía, y la piedra y el muro con su poder fundante fueron elegidos para la expresión de la teología del Pantocrátor y toda la teología románica de la gloria, en general, exactamente como en la humilde disponibilidad de la madera se expresa la teología del sufriente. Para decirlo como Plotino, podemos afirmar que el artista adaptó su ojo a lo que tenía que esculpir o pintar, que tal decía el filósofo que era el acto de la comprensión, y eligió la materia y el modo de mostrar, como únicas posibilidades de hacerlo. De manera que toda esa estética del material y de las formas, decisión del artista era, y aparece colgada como de unos hilos invisibles al igual que el autómatas jugador de ajedrez del que habla Walter Benjamin, *un autómatas construido de tal manera, que resultaba capaz de replicar a cada jugada de un ajedrecista con otra jugada contraria que le aseguraba ganar la partida. Un muñeco trajeado a la turca, en la boca una pipa de narguile, se sentaba a un tablero colocado sobre una gran mesa. Un sistema de espejos despertaba la ilusión de que esta mesa era transparente por todos sus lados. En realidad, se sentaba dentro un enano jorobado que era un maestro en el juego del ajedrez, y que guiaba mediante hilos la mano del muñeco.* Este enano, aclara Benjamin, era la teología que, como es sabido, es hoy pequeña y fea, y no debe dejarse ver en modo alguno. Pero en los tiempos románicos era una hermosa princesa, y los artistas la desposaban; no era que estuvieran a su servicio. Expresaban la teología artísticamente, y, por lo tanto, lo que ella quería expresar, pero la técnica y la estética de esa expresión, la forma, en suma, que salía de la inteligencia, la sensibilidad y la habilidad de las manos era la que decidía lo que artísticamente no podía ser dicho de otro modo, la que decía verdaderamente.

Y sabemos, muy bien que, cuando los destinatarios de ese arte teológico, no tenían ninguna información de este tipo, y se estaba en su plena evangelización, y no era suficiente la ruptura con el canon griego, hieratizándolo y rigidizándolo, para darles a entender, a esos destinatarios, que lo que

rentes ventanas que alejan la tempestad y dejan penetrar la luz son los doctores que resisten la tormenta de las herejías y desparaman la luz de las enseñanzas de la Iglesia. El cristal de las ventanas a través del cual pasan los rayos de luz es el pensamiento de los doctores, que ven misteriosamente las cosas divinas como a través de un cristal... Las columnas que sostienen la casa son los obispos sobre los que se apoya la estructura de la Iglesia, merced a la rectitud de su vida. Las vigas que mantienen unida la construcción son los príncipes de este mundo que proporcionan a la Iglesia su protección. Las tejas de la cubierta, al impedir el paso de la humedad a la casa, son soldados que protegen la Iglesia de paganos y enemigos... Las pinturas son como el ejemplo de los justos... (y) se realizan por tres razones: en primer lugar para que sean leídas por los laicos, en segundo lugar para que el edificio se adorne con dicha decoración, y en tercer lugar como un recuerdo de nuestros predecesores en la vida... El pavimento que los pies hollan es el pueblo, gracias a cuyo trabajo la Iglesia se mantiene. Las criptas construidas bajo el suelo son los que cultivan la vida interior... La puerta es un obstáculo para los enemigos, y que se muestra abierta a la entrada de los amigos de Cristo... El cementerio es el seno de la Iglesia, ya que, así como Cristo dio la vida a los muertos de este mundo en el útero del bautismo, así, después de la muerte, les devuelve la vida eterna. Y el claustro sería, en fin, según esta topografía simbólica, figura del Edén, y su pozo símbolo de vida en razón del agua que hay en él, y la comunicación que establece entre las zonas inferiores de la tierra con el aire y el cielo, y de la tiniebla con la luz. La bóveda, de circunferencia perfecta, es un trasunto de la celeste bóveda, cualquier noche estrellada, que da vueltas en torno a la Estrella Polar, o quicio del Universo, que es figura de Cristo; y el claustro, símbolo de la Jerusalén celeste.

veían allí no era el puro trasunto figurado del mundo, sino digamos el transmundo, se echó mano resueltamente de figuras monstruosas para Cristo y la Virgen María, como, por poner un ejemplo, ocurre de modo bastante sistemático, por lo que podemos deducir de su insistente presencia, y de los textos, en el románico de los países nórdicos, de una muy tardía evangelización. Y el artista es también el que decide como han de hacerse las cosas.

Pero sabemos, igualmente, que aquellas gentes románicas, como de su madre nos cuenta el poeta François Villón, iban la iglesia, además de al culto, a ver

*Un paraíso pintado, en el que hay arpas y laúdes,
y un infierno, en el que hierven los condenados.*

El uno me da miedo, el otro alegría y júbilo.

Esto es, a ver belleza y a escuchar historias, porque era éste un tiempo en el que, como vemos, las gentes se apasionaban por historias realmente totales y decisivas, en las que toda la carne se ponía en el asador, y para siempre, mientras disfrutaban con la belleza o se horrorizaban de la fealdad. Se alegraban y se inquietaban ante lo que veían en tímpanos, capiteles, canecillos o pinturas al fresco, que todos ellos, pero especialmente estas últimas, adornaban la iglesia, también como mera y viva decoración, que siempre alegra el corazón del hombre, y de la que sabemos que el hombre antiguo no quería separarse ni aún en la tumba. O sobre todo en ella.

Estamos muy lejos de la tensión que aparecerá en el Renacimiento, inevitablemente, entre Iglesia-patrón y artista-realizador. Y no, desde luego, en razón de ese *constructo* abstracto que habla de Edad Media como tiempo teocéntrico y Renacimiento como tiempo antropocéntrico, sino por la irrupción de la Reforma Protestante en el plano de lo teológico, y la irrupción en el plano cultural de una mayor autoconciencia o elefantiasis del *yo* del artista. Nada de esto ocurre en los tiempos románicos. En ellos, el artista, con su conciencia de oficio, vive y produce su obra como pez en el agua, y entre

vida, obra y teología que es la cultura que se respira, no hay cesura de ninguna clase. Lo que no quiere, decir sin embargo, que no haya diferencia entre el plano de lo religioso y el de la vida y el arte; el artista es un hombre civil y del mundo, y el arte que produce es teológico y para mostrar teología, pero no es tan obvio que sea, por eso mismo, un *arte religioso*. Y no lo es. Es un asunto importante, como decía. En Occidente no hay iconos sagrados.

Entre la imagen y la palabra

Cuando hablamos de iconos, no hablamos exactamente de arte, sino de cosas divinas o sagradas, según una teología al borde del monofisismo por lo menos, asunción de lo carnal por lo divino y su transformación en divina condición. El icono representa lo divino, y participa de algún modo de ese resplandor divinal, tiene una dimensión sagrada y sacramental, y lo divino asumiría y transformaría, también de alguna manera, la realidad material de la finísima película de pintura que está sobre la tabla, y, al ser tocado y besado, produciría algo así como una descarga de energía de santidad. Y, para matizar todo esto, en la propia Iglesia Oriental llega a hacerse necesario enfatizar con toda claridad que el icono no es una materialidad sagrada, o un *locus* sagrado en el que resida lo divinal, manteniéndose, por esto mismo, la no utilización de imágenes de bulto —estatuas o bajorrelieves— que implican un cierto espesor de la materia, y subrayando que la delgadísima lámina de pintura, el *mínimum* de materia, es una señal o signo. *Todo icono*, escribe Paul Evdokimov, *está en función del icono del Salvador —llamado akeropoieta, o no hecho de mano o por mano de hombres— o de la Santa Faz, que unos ángeles tienen en un velo y lo revelan a los hombres. No es exactamente el retrato de Jesús, es el icono de su presencia. Y, así las cosas, todo lo que sea adorno psíquico, gesto dramático, afectación o agitación, queda radicalmente suprimido; y, asimismo, el aspecto anecdótico está reducido a lo estrictamente necesario de*

una llamada, pues es su significación metahistórica la que está representada. Todo lo cual supone, obviamente, una marginalidad total, e incluso una transgresión, de las normas de la representación pictórica, de su estética y su técnica, porque este pintar es un asunto teológico y religioso en sí mismo. Y Jean Hanin señala tres procedimientos técnicos obligados: todo lo que se pinta en el primer plano debe manera paralela a la tabla, con lo que queda suprimida toda la profundidad; la perspectiva debe estar invertida y el punto de fuga no está en el fondo del cuadro, sino en quien mira, y las figuras se agrandan a medida que se alejan de esta mirada, las escenas están delante de los edificios en los que suceden; y se da también una perspectiva radial en la que las figuras o escenas se despliegan en todos los sentidos respecto a una escena central, sin tener que ver nada con el espacio y el tiempo en que transcurren. La fuente de la luz del cuadro es totalmente suprimida, y todo el icono debe estar traspasado por la luz divina difundida por el pan de oro del fondo, y los finos rayos de *inocopia* que el pintor pone en las ropas y en los rostros de los personajes, y el icono se vuelve transparente

Las distintas partes del rostro deben conformarse de cierto modo según un simbólica: las orejas deben estar ahuecadas para mostrar que están a la escucha de Dios; los ojos en forma de almendra y no cerrados en las comisuras se agrandan, y significan que mirada exterior y mirada interior coinciden; los labios son finos refuyendo toda sensualidad; el cuello fuerte alude al poder, y la nariz se alarga como símbolo de la vida que en ella fue insuflada a Adán; y los rostros oscuros, en fin, con los destellos de la *inocopia* triunfan de todo naturalismo. Y digamos también que la confección de la pintura en todo su proceso implica toda una ascesis de ayuno y purificaciones en quien pinta, que de ordinario es un monje. Es decir, pintar es una práctica religiosa.

Esta clase de arte cristiano fue normado ya en el Concilio de Nicea de 787, y confirmado en el Concilio de Constantinopla de 879, y estas decisiones fueron firmadas por el Legado Papal, Pablo, obispo de Ancona. El texto dice que *la composición de las imágenes religiosas no queda a la iniciativa de los artistas, sino que resulta de los principios establecidos por la Iglesia católica y la tradición religiosa; de manera que el arte, la técnica de ejecución pertenece al pintor, pero el orden y la disposición pertenece a los Padres.*

Pero todo esto no tiene nada que ver con el arte occidental cristiano. El Papa Gregorio I (+604) escribe algo que sitúa muy pronto todos estos asuntos en esa diferencia, al afirmar que la acción y la presencia divinas no están en las pinturas, sino en la Palabra de Dios y en los sacramentos, y que las pinturas no son sacramentos ni epifanías divinas, sino obra de mano de hombres. Y los Concilios occidentales de Frankfurt, en 794, y de París, en 852, dicen incluso con cierta *sans façon* que esas imágenes no tienen ninguna relación de pertenencia con sus prototipos, y que, ciertamente, *Cristo nos salvó por la pintura.* Todo lo cual quiere decir,



para expresarlo con cierta plasticidad, que en Occidente, no hay arte religioso, sino arte de contenidos o temas teológicos, pero de ejecución naturalista, que no es lo mismo.

De un modo que podríamos llamar curioso, pero que en realidad es trágico, la mente moderna que aparece sumida en la retórica de la laicidad, se siente perpleja y desconcertada, pongamos por caso, ante la pintura de una escena de caza o de una simple encantadora liebre, y no digamos nada una escena amorosa, en una pintura antigua en lugar sagrado o dentro de una pintura de tema religioso, y sentencia enseguida que se trataría de asuntos laicos, y, por supuesto, de mucha modernidad. Y sonreímos, pero ya no podemos sonreír tan despreocupadamente cuando por ejemplo don José Ortega y Gasset hablando de Velázquez, por ejemplo, afirma que dio todo un vuelco a la pintura, abandonando los temas mitológicos, y religiosos, y obligándose a pintar escenas cotidianas, porque *el arte era ensueño, delirio, fábula convención, ornamento de gracias formales*, dice. ¿El románico, pongamos por caso, es todo, o siquiera algo de eso?, le preguntaríamos, pero lo que nos afirma es que *Velázquez se pregunta si no será posible con este mundo, con esta vida tal cual es hacer arte*; y que cuando pinta su cuadro *Cristo de visita en casa de María y Marta*, lo que allí vemos es *una cocina, y en ella una vieja y una moza se afanan en la preparación de un yantar. En el aposento, no aparecen ni Cristo, ni María ni Marta, insisto, pero allí en lo alto del muro, hay colgado un cuadro y e en ese cuadro interior donde la figura de Jesús y de las dos santas mujeres logra una irreal presencia. De esta forma se declara Velázquez irresponsable de pintar, lo que, a su juicio, no se puede pintar. La ingeniosidad de la solución nos manifiesta hasta qué punto está resuelto desde mozo a no aceptar la tradición artística para la cual la pintura es el arte de representar inverosimilitudes*. Y también podríamos preguntar: ¿El románico, por ejemplo?

¿Es el Pantocrátor otra cosa, o el pintor o escultor nos muestran ahí, otra cosa que un ser tan poderoso que tiene el mundo por escabel de sus pies, sólo una hermosísima forma de enfatizar ese poder?

El artista que espera en Dios

Y traigo a colación todo esto, porque parece pura ceguera o voluntad de no ver que, desde luego, el arte hasta nuestro tiempo es imitación de lo real, y está hecho *con este mundo y con esta vida*, y de tal manera, que produce verdaderamente una *presencia real*, como diría George Steiner, que precisamente es lo que prueba que es arte, y que pintor y escultor no hacen sino hablarnos de la realidad y contarnos historias humanas, como son las bíblicas, digamos de pasada, o antropomorfizando incluso la mitología o hasta conceptos abstractos teológicos como la Inmaculada Concepción de la Virgen María, que es el colmo barroco, ciertamente. Y el románico, que es un arte teológico, nos cuenta

igualmente historias humanas, o nos muestra los hermosísimos escorzos de la vida de la naturaleza; y, cuando nos pinta inverosimilitudes, como pongamos por caso ojos en las alas de los ángeles, o jóvenes con alas para significar, según los asirios y luego los escritores bíblicos lo rápidos mensajeros que son, lo hacen porque el inmenso poeta que escribe el *Apocalipsis* así lo cuenta, no porque fuera surrealismo *avant la lettre* como he oído yo mismo en alguna tribuna cultural. Cosa laica la poesía, que se sepa; pero ¿es que tiene algún sentido preguntar estas cosas ante el arte o la poesía? Porque no parece que haya un arte de poética religiosa o leyes mosaicas de la novela, como hay, según hemos visto, una estética religiosa que es una contra-estética. Y el arte románico sin duda que se separa del canon griego, porque trata de subrayar que lo que dice, digamos que es transmundano o no pertenece a la immanencia, pero lo hace de un modo naturalista, y es también Gregorio I el que a este respecto subraya que el hombre no tiene que ser liberado de su naturaleza, sino del pecado.

El artista románico pinta y esculpe por su cuenta, según habilidad y arte, y nadie le dice cómo debe hacer, sino solamente qué ha de pintar o esculpir. Lo que liga al artista con la Iglesia es una mera relación económica de quien cobra lo que ha pintado o esculpido con quien paga lo que ha encargado. El artista no tiene conciencia demiúrgico alguna, como dije, ama a los hombres y al mundo tales como son, o desespera de ellos tales y como son, pero no los olvidará ni los destruirá. Éste es asunto del hombre moderno, y por lo tanto del artista, el ánimo de hacer un mundo otro, o el de reducir este mundo y su hermosura a geometrías y conjunto de manchas de colores, a expresiones mínimas, o expresar una visión de desespero y destrucción mediante el recurso a los desechos. Y, al decir esto no emito ningún juicio de valor sobre tales asuntos, porque está muy claro que nos movemos en otro concepto del arte y del artista, en el que, sin ir más allá, éste es fuente de aquél.



Johannes Böhler hacía notar, hace ya muchos años, que la arquitectura románica se reduce a un conjunto de muros que se alzan de un modo que impone por sus enormes masas, pero también por lo severo y sereno de sus formas, y que sus interiores son de lo más diverso, desde el cielo raso con que se cubren las iglesias alemanas, lleno de colores brillantes, a las bóvedas en forma de cuna o artesa de las iglesias francesas; y respecto a las pinturas escribe algo importante: *Las obras plásticas y las gigantescas pinturas murales, para las que brindan sitio abundante los enormes lienzos de pared, no poseen aún una vida propia gobernada por las leyes de su arte; las primeras no tienen apenas otra función que la de servir de ornamento, y las segundas, por muy monumental que sea la impresión que hoy causan en nosotros las pocas que se han conservado, no se proponen tampoco más finalidad que la de decorar y servir de ilustración a la historia sagrada. Por tanto, los artistas de esa época, al igual que sus sabios, se limitan a ilustrar lo transmitido por la tradición. A esto hay que añadir que la pintura se presta para comunicar los contenidos de las cosas al igual que los libros; por eso, y porque estaba en condiciones de prestar excelentes servicios a la arquitectura interior románica, vemos que, hasta fines del siglo XII aproximadamente, la pintura afirma exteriormente su predominio sobre las demás artes plásticas.*

Podríamos decir, finalmente, que luego fueron sofisticándose las cosas, pero este arte románico, que es un arte teológico por su mensaje, no es un arte religioso o sacral ni *in faciendo*, ni luego contemplado o formando parte del todo oracional, sino pintura de hombre para la mostración de la fe, la alegría y la memoria de los muertos de que hablaba Honorius Astudinensis, y sus explicaciones simbólicas son reglas de lectura teológica y a las veces retórica, pero no de construcción artística religiosa, al contrario de como vimos que sucede con el icono. Estamos en Occidente, y lo realmente extraño es que a nuestro mundo ese arte románico, obra de mano de hombre, esto es, algo naturalmente laico le parezca religioso, y, como dijeron los señores surrealistas, putrefacto y que habría que destruir, como esos mismos señores surrealistas y otros caballeros enterradores de la historia de los padres invitaron a hacer, por cierto.

Pero siempre habrá ojos que busquen hermosura, y corazones «esperando», y que encontrarán en el románico la alabanza de la vida y de la juventud, que no pasa, expresadas en él con una seguridad y una fuerza muy especiales. La peregrinación siempre es a las fuentes, o una odisea de la vuelta a casa. También en el más serio de los aspectos de una conciencia europea ahora mismo, que parece ya cansada o exhausta. El artista románico ayudó a levantarla, y aún puede ser atendido y escuchado, y no en el menor lugar en el camino de Compostela y su llegada allí, una de las grandes piedras angulares sobre las que Europa se hizo.

(Madrid, 27 de noviembre de 2007)

José Antonio Linaje Conde

Una evocación monástica desde la peregrinación de hoy



Pocas cosas para mí tan entrañables como hablar a una Asociación que mantiene la memoria viviente de mi amigo José Antonio Cimadevila Coveló y en un Seminario que lleva su nombre. Aunque he de comenzar desenredando una paradoja. Pues el recuerdo que yo tengo de Cimadevila, hasta llegar a definitivo, es el de la acogida en su casa. Y nunca estuve en ella. Pero cualquier contacto con el llevaba consigo el abrirse las puertas de su hogar, sentirse dentro, hasta resultar una circunstancia accidental que materialmente se hubieran o no pasado aquéllas. Sin embargo, esta Asociación obra sobre todo suya, es de peregrinos, de los que se ausentan de su casa por algún tiempo. Ahora bien, y por eso os decía del desenredo de la paradoja, el peregrino, como todo viajero, tiene forzosamente un hogar, por transitorio que sea, en cada etapa de su itinerario. Aunque en algún caso haya sido al aire libre, ora inhóspito ora relativamente acogedor.

Viaje y hospitalidad

Cuando se fundó la Asociación Internacional de Hostelería, tomó a propuesta de uno de sus impulsores, el doctor Seiler, Presidente de la Sociedad Suiza de Hosteleros, el lema *hospes hospiti sacer*. A propósito de éste, hace ya más de medio siglo, el presidente de entonces, Pierre Depret, me escribió resultar pintiparado a sus fines, por el carácter sagrado que su menester debe tener para todo huésped. Por entonces, el director de uno de los buenos hoteles de Madrid, dijo en una entrevista que había tenido lugar un cambio en la clientela. Las estancias eran más breves, de manera que el huésped se iba cuando el personal estaba empezando a conocer sus costumbres. Un cambio, pero a la vista está lo tremendamente arcaico que su novedad se ha quedado a consecuencia de la radical transformación sufrida desde entonces. Por su parte, Ritz se negaba a acoger en sus hoteles cualesquiera reuniones ajenas a sus clientes, entendiéndolo que de éstos eran todos los espacios del hotel y no se les podía privar de ninguno. Tampoco hace falta comentar la diferencia con nuestros tiempos. Y no me estoy saliendo del

tema. Que una peregrinación es un viaje, por diseñado que sea, y a la fuerza su evolución ha de seguir la de los demás viajes. De ahí que sea un capítulo historiográfico separado del retorno. Y que haya habido peregrinaciones menores ramificadas desde las grandes, por ejemplo de la jacobea a San Salvador de Oviedo.

El escritor José María Gironella decía que la aviación y los grandes hoteles eran de las grandes conquistas de nuestro tiempo. En Kill Devil Hills, o sea las Colinas de Matadiblos, en Kitty Hawk, un lugar del Estado norteamericano de Carolina del Norte, hace poco más de cien años que voló, sólo doce segundos, el primer avión. Antes de que se cumpliera el medio siglo, Pío XII hablando a unos aviadores, exaltaba la placidez de los viajes aéreos en cuanto liberados de la pesadumbre del transporte por tierra. Fijémonos en lo que de naturalidad en la asunción de un fenómeno domador de la naturaleza había en esa expresión. Hasta llegar a un vislumbre de lo extraordinario y raro de los desplazamientos naturales. Lo mismo había sentido en los Treinta el curioso personaje Mario Roso de Luna al ser llevado de Madrid al aeródromo de Gijón, en mis tierras de Sepúlveda, por el futuro general Emilio Herrera.

Ahora bien, esta facilidad, ingravidez estamos tentados a decir, a propósito de la cual hay que tener también en cuenta la índole instantánea hoy de las comunicaciones escritas, orales y visuales al alcance de cualquiera —«el hombre cableado», que se ha dicho, incomunicado en cambio con el vecino de carne y hueso al otro lado del tabique—, tiene otra cara. Pues el viaje casi se ha suprimido, sustituido por el traslado casi insensible de un lugar a otro. Una prodigiosa adquisición, sí, pero ¿no puede volverse en contra del espíritu del viajero genuino, y en lo que a nosotros importa de la espiritualidad del peregrino? Recordemos los tiempos en que era corriente hacer testamento antes de emprender el camino, por lo mucho más probable del último riesgo a lo largo de él.

(La otra cara de la facilidad y la profusión que también ha tenido lugar en esta nueva manera de viajar, por se nos sale de nuestro tema aquí, los

viajes desde el propio cuarto. Pintiparadamente los podemos ejemplificar en la radio. Pensemos en un detalle material, la tremenda solemnidad, genuinamente arquitectónica, de aquellos grandes receptores. En Villafranca del Bierzo hubo un ferretero llamado Pereira, vecino de cierto sastre. Tras del cierre de sus sendos negocios, ambos se sumergían en la aguja de su aparato a la búsqueda de una nueva emisora lejana. Lo cuenta el hijo del primero, Antonio Pereira, ese maestro de la literatura de la frontera de Galicia. No hace falta el cotejo con la actualidad, cuando los transistores no llevan onda corta y ésta creo sólo existe funcionalmente para cierto auditorios, tal en alta mar. A propósito de la radio, recuerdo en la onda normal, la noche de Navidad, el enjambre de emisoras europeas que transmitían la misa del gallo. Moviéndolo la aguja con paciencia se podía oír varias veces el canto del evangelio de San Lucas que comienza con la orden imperial de que se empadronara todo el mundo. Viaje pintiparado por lo combinatorio de la unidad y la variedad, la misma liturgia y el mismo latín, sólo diferentes las voces de los locutores y a veces su idioma. Una combinación que es el encanto de un cierto género de viajes, no desde luego de todos. Por entonces un niño de Burdeos, que se llamaba François Mauriac, conocía los silbidos de los trenes que llegaban a su cuarto desde la estación. Cuando estaba despierto y sonaba el expreso de España, su imaginación se poblaba de visiones de Oriente. Eran los días del alhambrismo).

De ahí lo específico de la aportación humanística a la historia de nuestro tiempo de mi paisano Cándido López, el Mesonero Mayor de Castilla, que dominó el mundo desde la Plaza del Azoguejo de Segovia. Cuando hay tantos visitantes que la virtud de la hospitalidad es de imposible ejercicio sencillo, requiriéndose su encauzamiento por unas u otras vías, pero a la fuerza privadas de la seducción de la espontaneidad, el consiguió crear una liturgia al servicio de la misma incluso en el ámbito estrictamente mercantil en que había de moverse. Y hay otra consecución ya no de nuestros días pero sí de los tiempos proa a los nuevos, aunque se vea muy amenazada al desbordarse éstos, la de las aza-

fatas en la aviación comercial. Algo también por encima del mero servicio mecanizado y de estricta dimensión práctica. Como los sellos de correos llegaron a ser pequeñas obras de arte, aparte su encarnación del ensueño viajero, cual un valor añadido a su índole de signos de valor. ¿Pero estamos condenados a la hora actual nada más que a levantar acta de herencias perdidas? Lo que sigue va a ser mi acto de fe y esperanza.

Retiro y hospitalidad

Para intentar una respuesta paso al ámbito monástico. La vida del monje exige el retiro. Un retiro que de alguna manera tiene que manifestarse materialmente. Pero, salvo en los casos extremos de la anacoresis individual, no lleva consigo un aislamiento total del mundo circundante. Y baste pensar en una de las exigencias que hacen parte de la vocación claustral, la hospitalidad. Ésta demanda a sus cultores el contacto con las gentes beneficiarias de la misma. En el siglo XVIII hubo en Montecassino un hermano portero que se entristecía al cerrar si en el día no había ido ningún visitante, pues ello quería decir que Cristo no les había ido a ver. Precisamente esta hospitalidad genérica se manifestó específicamente en el cuidado de las alberguerías para los peregrinos, también en los caminos de Santiago, a los cuales además hubo monjes y corrientes monacales que favorecieron de otras maneras por los caminos de la propaganda pía.

¿No viene aquí muy a cuento la leyenda de San Cristobalón, uno de los más populares de nuestra cristiandad, ayudando a los viajeros a pasar los ríos, pasándolos él mismo, sobre sus hombros, lo cual el Niño Jesús le premió cargándose dulcemente en ellos? Y del milagro a la realidad cotidiana. los Canónigos Regulares del Gran San Bernardo, con su monasterio en aquella imponente altura suiza, entre sus formidables perros. Hace algo más de medio siglo la BBC de Londres se hizo eco de la noticia de su cierre, decretada por la Santa Sede. Se había equivocado su agencia. Y al rectificar lo hicieron con las palabras de su prior, «ser el voto más precioso de los suyos permanecer en el corazón de la montaña», donde no hacía mucho había muerto uno de ellos en aras del deber de atender a los viandantes.

El primer peregrino a la Jerusalén conquistada por los árabes fue el obispo francés Arculfo, entre los años 679 y 682. A la vuelta naufragó, yendo a parar a la costa occidental inglesa. Y el abad escocés de Iona, Adamnán, escribió su viaje. Esto lo cuenta Beda el Venerable, en quien precisamente se ha visto el arquetipo de la vida benedictina en el recogimiento estudioso y contemplativo, pero que luego escribió también un libro sobre esa peregrinación a Tierra Santa.

Una andadura también por los caminos del milagro. El futuro San Aiba, del monasterio insular de Emly, prometió a tres peregrinos a Roma, dos señores y un criado, Gobban, volver sanos y salvos. Pero el criado murió en el camino. Los dos señores

prometieron ayunar hasta que se les cumpliera la promesa. Y efectivamente, el criado resucitó.

Pero hay más. Hemos de hablar de la parte activa de los monjes en las peregrinaciones. La Regla de San Benito añade un voto a los tres tradicionales e ineludibles, el de estabilidad. El monje benedictino pertenece al monasterio de su profesión. En él ha de vivir y morir, en el seno de la misma comunidad de hermanos. Por eso el abad además de superior es el padre, y de ahí la extendida tradición de la perpetuidad del cargo. Nada más distinto de

Vida monástica y vida peregrina

Otras veces la vida solitaria es la última etapa de una existencia viajera y peregrinante. Así San Godrico de Norfolk, diez y seis años marino en el Mar del Norte, habiendo pilotado el barco que llevó al rey Balduino de Arsuf a Jajfa, dos veces peregrino a Roma y a Jerusalén, una a Santiago, también a San Gil de Provenza. San Cuthberto se le apareció en sueños, vaticinándole que encontraría el sitio más adecuado para su retiro, Fincale su nombre,



las residencias accidentales, sean efímeras o duraderas, de los otros religiosos, aunque algunas hayan permanecido mucho tiempo y acuñado una tradición densa. Ahora bien, esa exigencia no se puede tomar literalmente, pues en otro caso no habría sido nunca posible ninguna fundación nueva. Debiéndonos fijar en ciertos ejemplos de tolerancia. Así, ha habido monasterios benedictinos que han tenido ermitaños en torno a ellos, baste pensar en la iconografía de Montserrat. Y más allá aún, a uno de ellos, Harduino, en el normando Fontenelle, se le permitió ser eremita errante.

Aquí los que más nos interesan son los ermitaños que abrieron caminos a fuerza de recorrerlos. Entre Baviera y Bohemia el fenómeno ha llegado a la toponimia viaria. En efecto, allí hay caminos que se llaman *Guntherwege*, por un anacoreta de Turingia, Gunther, antes monje de Alteich, amigo de los emperadores Enrique I y Enrique II y del rey Esteban de Hungría, aunque su instrucción se reducía a los salmos, muerto a los noventa años en 1045, el verdadero autor de aquellas vías de comunicación.

pero sin localizarse. Y cuando llevaba algún tiempo de campanero y portero en la iglesia de San Gil de la ciudad episcopal de Durham, uno de cuyos pontífices había sido San Cuthberto mismo, le halló al fin a tres leguas, sin salir más que tres veces en sesenta años, pues el obispo le enviaba sacerdotes que le decían misa.

Pero tampoco la estabilidad benedictina es incompatible con los viajes. Por más que también haya clausura en los monasterios masculinos. Es significativo que el poeta Rainer Maria Rilke, titulara la primera parte de su *Libro de las horas*, aparecido a las puertas del siglo pasado, 1899, *El libro de la vida monástica*, y el segundo, inmediatamente después *El libro de la peregrinación*, *Ich bin derselbe noch, der Kniete/ vor dir in mönchischen Gewand* que en él dice.

Uno de los grandes benedictinos de la restauración, el belga Gerard van Caloen, exaltó el viaje como beneficioso para la salud espiritual, liberador un tanto. Y el erudito dom Jean Leclercq se pasó la segunda parte de su vida recorriendo las comunidades del tercer mundo, tanto que decía ser su estabi-

lidad postal, por la frecuencia de sus cartas al abad. Del abad primado benedictino se ha dicho vivir en Roma o alrededor de Roma, llamándose ese alrededor unas veces Australia, otras la India y otras América del Sur.

Y pido vuestra venia para citaros el ejemplo de mi propia parroquia, Sepúlveda. Los viajes de más o menos alcance geográfico que con sus feligreses está llevando a cabo el párroco polaco, Slawomir Harasimovitz, son uno de sus capítulos de más eficacia pastoral. (Por cierto usufructuando una de las posibilidades viajeras de nuestro tiempo. Encontrarse juntos en tierras lejanas los que conviven en la de su residencia. Indiscutiblemente un placer añadido. Antes sólo estaba al alcance de minorías muy privilegiadas y ni para ellas resultaba tan fácil). Con estampas como la de la vieja señora que vio en uno de ellos por vez primera el mar. Se emocionó el párroco a la vista de sus ojos mudos de asombro, tanto que apenas dejaban salir sus palabras, una antología de la ingenuidad. La contrapartida del mal de nuestro tiempo. El viaje de veras. (No resisto la tentación de citar el descubrimiento del mar que hace un niño en un relato del escritor escandinavo sobre el que luego volveré. Con otros dos del mismo pueblo, han hecho el primer viaje de su vida, a las cercanías, ayudantes efímeros de un circo de paso. A la vuelta se desvían algo y suben a una cumbre. Entonces, «mientras estaban allí sentados, la mirada de Einar quedó de repente prendida en algo lejano. Allá, a una inmensa distancia, al otro lado de la tierra visible, sus ojos habían descubierto una finísima raya brillante. ¡Era el mar! Aquel fenómeno resolandeciente sólo duró breves instantes, pues casi al momento volvió a extinguirse la raya de luz. Pero Einar no comunicó a los otros lo que había visto: aquello no podía airearse. Era su propio destino que lo había llamado en aquel amanecer mudo y silencioso»).

Un milagro de la hagiografía medieval es el rezo del breviario por un monje mientras navegaba en noche cerrada. El dedo con que sujetaba las páginas del breviario se le convirtió en linterna. Otro aspecto: en la *Vida de San Columbano* se cuenta cómo en los viajes se preocupaba del descanso de las caballerías, las cuales se lo premiaban, por ejemplo una vez llevando hasta él a un visitante extraviado.

Del lugar propio a la universalidad. La clerecía vagante

También hay clérigos seculares *vagantes*. Incluso con alguna canónica peculiar, hija sin más de lo ineludible de su reconocimiento en ciertos individuos y situaciones, por más que la incardinación en una diócesis sea una exigencia, y en la ordenación haya que contar con un título de sustentación fijo. Eclesiásticos itinerantes que nos traen a las mientes la doble faceta de la propia iglesia. Por un lado el arraigo en la tierra de cada uno, la savia de los antepasados bautizados y enterrados en ella un enriquecimiento para los descendientes. Por otro, el aliento de la universalidad engendrado por la co-

munion con los hermanos en la fe dispersos por las siete partidas del mundo. Con ese clero itinerante entronca el castrense, comenzando por el obispo de su jurisdicción. Y se trata de una conveniencia, mejor necesidad, indiscutible por doquier.

Yo debo rendir aquí un tributo a uno de aquellos hombres de iglesia, Francisco Aguirre Cuervo, canónigo de la catedral de Oviedo pero adscrito al rito bizantino, su vida entre Oriente y Occidente desde sus años de seminarista. En pos tras de cualquier ocasión de contactos, amistades o celebraciones sacras de los otros ritos. Cuando el Centro Asturiano estaba en el Palacio Gaviria de la calle del Arenal, iba allí a rezar el rosario ante una imagen de la Virgen de Covadonga, añadiendo una jaculatoria en griego. Y confieso deberle un enriquecimiento perdurable de mi vida, saberes que aprendidos en los libros me habrían costado mucho esfuerzo, y sólo placenteros me fueron de las alas de su conversación. Como ya no hay gentes que así hablen, me decía evocándole un paisano ilustre suyo, Víctor García de la Concha.

Sin embargo es evidente que de entrada tal movilidad suscita un recelo si se coteja con las vidas calladas y permanentes en una pequeña parcela apostólica. Pero, cual en tantas situaciones de la vida, se impone profundizar más. (Se me viene a las mientes a este propósito el caso de un sacerdote que frecuentaba el Ritz de París, diciendo que los pobres tenían muchos hombres de iglesia dedicados a ello, pero los ricos apenas. ¿Frustración, hasta cinismo? Recapacitemos. Cierto que se ha hablado, y con razón muchas veces, de la preferencia de los eclesiásticos por los ricos. Mas, ¿acaso no estaban los tales en una coordenada diferente, incluso tangencialmente menos propicia a llevar a cabo entre ellos un verdadero apostolado?). Por la misma vía, es evidente que las misiones entre poblaciones primitivas, una vez aceptadas las consiguientes penalidades de la cotidianidad, ofrecían unas compensaciones fuera del alcance de los trabajadores apostólicos en países supercivilizados. Bien lo aprendieron quienes se afanaron en la diáspora escandinava. (Tal el que, durante el corto verano, vivía y dormía con todas las puertas y ventanas abiertas, para hacer ver la posibilidad y realidad de su celibato).

Pero volviendo a aquel milagro del dedo-linterna, tuvo lugar en el océano donde Irlanda se encuentra. Irlanda un paraíso de monjes, pero nada de estables como los benedictinos. Al contrario, para ellos eran los viajes integrantes de su vocación propia, definitivos. Su vida debía ser una *peregrinatio pro Christo*, y las penosidades de los recorridos su penitencia específica, siendo además la peregrinación un símbolo del exilio que la vida presente es para el cristiano anhelante de la eterna, y ahí está su cotidiano recordatorio en la salve.

Incluso para buscar un punto de partida solitario en el futuro se lanzaban al mar. Tal Cormac. Tal San Barandán, cuya leyenda dorada hace la competencia a *Las Mil y Una Noches*. El suelo de una isla acabada de pisar que se removió durante la misa, y resultó ser una ballena... Pero en la

realidad histórica no es improbable que llegase incluso a las costas septentrionales de América. Tenemos sus palabras a sus marineros: «Dios es nuestro piloto y está al timón. Desplegadas las velas, que él haga lo que quiera de sus siervos y de su nave». Fue un monje irlandés, Dilcuino, el autor, cuando estaba en la corte carolingia de Luis el Piadoso, del libro titulado *De la medida del orbe de la tierra*, donde leemos: «Hay otras muchas islas en el océano septentrional de Britania, las cuales distan de las Islas Británicas del Norte, a velas desplegadas y con buen viento, dos días con sus noches, casi todas separadas por largos y estrechos brazos de mar». Eran las Feroes, que llegaron a ser una diócesis, diciéndose de sus habitantes a propósito de ésta que *episcopum suum pro rege habent*, que trataban a su prelado como a un rey. Y en Rusia surgió la figura del monje giróvago, de monasterio en monasterio venerando iconos y reliquias, el llamado *strannik*.

Los frutos de la expatriación

Pero esa índole penitencial del viaje, no debe hacernos olvidar el otro aspecto. También ahora se dice que la vida del turista es dura. Pero algo más. Tres monjes egipcios peregrinos a lo largo de toda su vida, tenían por meta el lugar donde había estado el paraíso terrenal, donde el cielo y la tierra se juntaban, creían que al Oriente de la India, lo que se ha relacionado con las discusiones medievales sobre la existencia de los antípodas. Eso se cuenta en la vida de San Macario Romano, venerado en Estambul, y de él mismo se decía que, huyendo de unos perseguidores, había llegado a treinta millas del emplazamiento del paraíso dicho. Y leemos en sus «Vidas», que «el fin de las peregrinaciones, tanto en el desierto como en el océano, es experimentar y comunicar a los demás las maravillas de Dios».

Volviendo a aquel ideal ascético, aunque no sea ese su único aspecto posible, de la peregrinación, entronca el de la expatriación, la *xeniteia*. Que estuvo presente en las vocaciones concretas de algunos misioneros a las tierras más lejanas, cuando se hizo planetaria la expansión de la propagación de la fe. Pensemos en la Polinesia del padre Damián y el padre Chanel. Yo recibí una carta de una religiosa inglesa en el África Central, por cierto meditadora entusiasta de las obras de nuestro dominico Arintero, en la que me decía que la nostalgia de la tierra nativa era una parte de la consagración de su vida. Ahora bien, tengamos también en cuenta, para no preterir ninguno de los aspectos de la cuestión, que la añoranza, la saudade, es agri dulce. Y que ha habido amantes de su tierra que la han necesitado para perfeccionar su devoción a ella. Pero a este propósito se me vienen a las mientes las disputas en el Monte Athos en el siglo XIX entre los monjes griegos y los rusos. Éstos reconocían que éstos habían sido los primeros, pero les echaban en cara que, por seguir en su tierra, no tenían el mérito del destierro voluntario.

Y estando en la Casa de Galicia se impone citar aquí a uno de los gallegos más eminentes de todos los tiempos, el obispo benedictino Rosendo Salvado, protagonista en la extremidad del mediodía australiano de una genuina novela de aventuras en la segunda mitad del Ochocientos. Ciertamente que él fue expulsado en la excomunión de su monasterio compostelano de San Martín Pinario. Pero había conseguido continuar su vida monástica en el italiano de Cava dei Tirreni. Y en Inglaterra, cerca de la abadía de Downside, en la ciudad de Bath, le ofrecieron una colocación, sorprendidos por su genio musical en un concierto. Por lo cual hay que concluir que su marcha a las misiones de los antipodas obedecía a esa vocación expatriada de que decimos.

El sentido de la peregrinación

Y bien, ¿hay una incompatibilidad integral entre el ideal monástico de la erabundez céltica y el de la estabilidad benedictina? De momento vienen en nuestro auxilio dos frases latinas complementarias, *stabilitas in peregrinatione* y *peregrinatio in stabilitate*. ¿Estabilidad en la peregrinación? Pues de alguna manera sí. Hay que tener en cuenta la permanencia en aquellos monjes ambulantes de la observancia, la perseverancia en su vocación, por encima de cualesquiera impresiones del mundo recorrido. Es más, el retiro monástico es posible también en una nave pequeña y con mucho pasaje. A este propósito se me viene a las mentes el contraste entre el campo y la ciudad. Aunque el monacato nació en el desierto, siempre ha habido monasterios y monjes urbanos. Acaso menos proclives a la tentación de la compañía inadecuada que los del agro. François Mauriac definió París como una soledad poblada y la provincia como un desierto sin soledad.

¿También peregrinación en la estabilidad? Pensemos en que el monje se siente desterrado en este mundo. Por eso la idea de viaje al otro es la dimensión más constante de su ideal y de su vida. El coro es la ilusión de haber ya llegado, *tamquam angeli, propter chorum fundati* que dicen en la Congregación de Solesmes. Y hay un detalle, la imagen del paraíso cual la Jerusalén celestial, por lo tanto una metáfora geográfica, una comparación, por alejados que estén sus términos, con una ciudad que está en el mapa y a la que se puede ir.

Sigamos por este camino. Este año es el tercer centenario de la muerte de dom Jean Mabillon, un monje maurista, de la Congregación de San Mauro, a quien justamente se tiene por el príncipe de la erudición benedictina. Su ideal y el de sus hermanos era la recuperación y el acrisolamiento de los textos antiguos de la literatura sacra, cuya rumiación contemplativa es preciosa en los claustros. «Volver a encontrar sus propios pensamientos, sus sentimientos en los textos antiguos, era toda la poesía de los mauristas», escribió el abate Henri Bremond. A la búsqueda de sus manuscritos, Mabillon emprendió y describió los que llamaba *Viajes literarios*: a Flandes, Borgoña, Picardía, Lorena, Alsacia, la Europa Germánica, Italia. En algunos insertó genuinas peregrinaciones, tal Notre-Dame de Liesse, al terminar el borgoñón; Saint-Benoît-sur-Loire, Clairvaux. Y al entrar en el territorio de una diócesis lo tenía muy en cuenta, rezando a sus santos patronos. (La Geografía Eclesiástica otro tesoro a preservar frente a su bárbara y árida equiparación a otras divisiones advenedizas).

Pero algo de peregrinación tenían todos aquellos itinerarios. Pues el lector moderno encuentra de cuando en vez en esos relatos algunas impresiones emparentadas con el género a que está acostumbrado, si bien la mayoría de sus páginas tratan de

libros, de autores, de códices, de ediciones. Las bibliotecas eran su meta. Y la dimensión de sus viajes temporal y no espacial. Con el móvil de proporcionar a sus hermanos monjes esos alimentos espirituales de que acabamos de decir. Pues efectivamente podemos ver sus viajes dirigidos a hacerles posible viajar sobre los libros a sus hermanos de hábito. ¿Dom Mabillon un precursor pues de los tours-operator? Que cada cual se responda. (Y los libros aprietan los recuerdos. Una coincidencia: los *Annales* de Mabillon, o sea la historia universal benedictina, salieron de unos tórculos parisinos radicados en la calle de Santiago, a saber *Luteciae Parisiorum, sumtibus Caroli Robustel*, via Jacobea, *ad insigne arboris palmae*).

Y vuelvo a mi punto de partida, a esa capitación del viaje a que nos ha llevado la excesiva facilidad de viajar. Hay una novela mítica, *Periplo escandinavo*, del danés Johannes Jensen, a quien antes citamos, prodigioso novelador de la aventura humana y la historia occidental toda hasta Colón, en la cual canta un bardo errante: «Camínante, ¡qué hermoso es el polvo del camino!». ¿Qué queda ahora de este polvo? ¿Adónde se ha ido?

Y me pregunto si, lo mismo que los monjes irlandeses, para seguir disfrutando de su vocación claustral en sus periplos habían de tener presente paradójicamente el valor de la estabilidad, el viajero moderno no tendrá que hacer un esfuerzo para que la abundancia no le haga desdeñables las maravillas que debe seguir deparando la alegría de andar. Un empeño en recuperar la capacidad para el asombro. Por ejemplo, recordando las penalidades de sus predecesores viajeros sin ninguna de las más anodinas herramientas de hoy a su alcance incluso los más privilegiados. Esforzándose por que la curiosidad que siempre debe ser rectora no se les apague. Haciendo del viaje de grupo y de agencia su propio viaje, sin perjuicio de integrarse en el conjunto y comulgar con los demás espíritus en la misma coyuntura. Dicho sea de paso, ¿por qué preterir el trayecto desde las alturas? A los geógrafos he oído que al fin y al cabo desde el avión siempre se puede ver algo. En cambio me decía uno haber atravesado en tren toda la cuenca del Ruhr sin ver la chimenea de una sola fábrica.

Fáciles los viajes hoy, sí. Pero, la pasión puede hacerlos secundario ese aspecto. Como a los peregrinos de antaño, y los de hoy igualmente, si estaban en posesión del espíritu de tales, les era accesoria la distancia. El cardenal Mercier invitaba a peregrinar a la catedral a sus diócesanos de Malinas. Yo he oído a un arzobispo compostelano contarme su peregrinación desde Labacoya. Y de esa guisa, si por añadidura se puede dar la vuelta al mundo, mejor sobre mejor. Y termino con otra cita de Jensen, de un canto puesto en boca de un navegante rumbo a América, en el viaje del descubrimiento: *Con muchas lágrimas, pero con más ánimos de viajar, dijimos adiós agitando la mano a los que allí se quedaron.*

(Madrid, 28 de noviembre de 2007)



Manuel Criado de Val

El Codex Calixtinus y la literatura medieval castellana



La finalidad principal de esta conferencia es analizar la probable relación entre el *Codex Calixtinus* o *Compostelano* y la literatura medieval de Castilla la Nueva. Naturalmente la semejanza entre el *Códice Compostelano*, escrito en latín, y los textos castellanos, versificados, es limitada pero muy evidente.

El *Liber Sancti Jacobi* y la Épica Castellana

La autoría del *Liber Sancti Jacobi* es tradicionalmente atribuida a Calixto II, Papa desde 1119 a 1124, pero debió ser escrito por colaboradores franceses contemporáneos o anteriores al *Poema de Mio Cid*. No podemos asegurar las fechas porque el manuscrito castellano ha sufrido muchas alteraciones. El *Códice compostelano* consta de cinco libros, pero el cuarto fue arrancado y encuadernado independientemente en época posterior, tiene todas las características de una obra miscelánea, en la que se combinan sermones y homilias en honor del Apóstol con relatos de su martirio y oficios litúrgicos para el culto, descripciones de lugares, etc.

El libro I está dedicado a la Misa de Santiago con sus diversos sermones; el libro II a los Milagros obrados por el Santo; el libro III, dedicado al traslado de los restos del Apóstol, es un relato corto con carta del Papa San León y un pintoresco relato sobre las caracolas de Santiago; el libro IV, o falso Turpín, se dedica a tal Historia fantástica y a la imaginaria campaña de Carlomagno en España; y el libro V, el denominado *Libro del Peregrino*, describe con múltiples detalles el Camino de Santiago y cuánto debe tener en cuenta el peregrino. Por lo que atañe a esta conferencia, nos detendremos especialmente en los libros cuarto y quinto.

Se trata, por lo tanto, de una miscelánea que será también la característica de un texto como *El Libro de Buen Amor* castellano en el que se conjugan textos y temas apologeticos, canciones religiosas con historias de procedencia muy variada, pero relacionadas con el tema amoroso como son la historia de

Doña Endrina, paráfrasis del texto latino del Pampfilus, y gran cantidad de fábulas de origen variado.

Tanto el *Códice latino* como los *Cantares* épicos castellanos son obra de monjes. Aunque ya en la Baja Edad Media pasan a ser predominantes los clérigos regulares como el Arcipreste de Hita o el Arcipreste de Talavera. Un siglo más tarde buena parte de la creación literaria será obra de nobles o incluso participantes de la monarquía como el Infante Don Juan Manuel.

La relación estilística entre el *Códice Calixtino* y el *Poema de Mio Cid* se concreta en el V libro de la obra latina y el *Cantar del Destierro* del *Poema castellano*. Coinciden los itinerarios de ambas obras en algunos tramos de las principales calzadas medievales. El itinerario del *Liber jacobeo* es sin duda obra de un autor francés, que no oculta a lo largo de todo el relato su radical hostilidad hacia el contorno hispánico del viaje. Especialmente la descripción del paso de los peregrinos por Navarra llega a la cima de una realista pero exagerada barbarie.

La toponimia en el *Códice Calixtino*

La toponimia del *Liber Sancti Jacobi* y el *Cantar del destierro* del *Mio Cid* tiene coincidencias que es difícil creer que fuesen casuales, tampoco puede ser casual la relación de ambos libros con el poema francés sobre Roldán.

La toponimia comparada entre el *Códice latino* y el *Poema castellano*, presenta algunos datos de gran interés. Entre la frontera de Roncesvalles y el Santuario de Compostela aparecen en el *Códice* muchos nombres repartidos en los cinco libros, lo que nos permite tener una idea muy exacta de cómo era la Península Ibérica en el siglo XII. La perspectiva del autor del libro compostelano está ante todo marcada por el relato muy frecuente en las crónicas castellanas, especialmente en la referida a Alfonso VI y a su conquista de Toledo, y por la lista de topónimos que aparece repetida en las Crónicas. En

esta lista que aparece en el *Liber* sorprende la presencia de Alcalá en lugar de Toledo, que puede ser resultado de una tendenciosa interpretación de dar preferencia a Alcalá, la antigua *Complutum*, cuyo topónimo latino no aparece. La lista varias veces repetida es la siguiente: Guadalajara, Talamanca, Uceda, Olmo, Canales, Madrid, Maqueda, Santa Olalla, Talavera de la Reina. Esta lista reúne los nombres de poblaciones alejadas del Camino de Santiago, pero tiene su interés por referirse a las ciudades que en la Crónica del falso Turpín se atribuyen a las ciudades conquistadas por Carlomagno en su fabulosa primera conquista de España.

Guadalajara figura con una variante única en toda la documentación conocida: *Godelfaiar*. La primera sílaba «Go» elimina el diptongo «Gua» procedente de la etimología árabe «Guadi» (río). Es una variante que prueba el origen francés del compositor del *Códice Compostelano*. La supresión de la «a» final y el cambio de «j» por «f» que simplifica la pronunciación de la palabra, puede ser debida a su procedencia oral.

La preferente referencia a los topónimos de la gran vía romana central de Emérita a Caesar Augusta aparece en el *Liber* con sus nombres latinos originarios, y a pesar de su alejamiento de la ruta a Compostela aparecen nombres como Toledo, Talavera de la Reina, Sigüenza, Arcos y Medinaceli. Se cita a Segovia calificada de «magna ciudad» y como lugares preferentes en el área musulmana a Córdoba, Sevilla y Granada. Siempre dentro del campo de los nombres referidos a las conquistas de Carlomagno en Hispania. Madrid también figura en el *Liber*. Aparece como los demás topónimos alejados del Camino de Santiago en la Crónica del falso Turpín y en forma muy original *Madrita*.

Libro IV, o falso Turpín

El libro IV está dedicado a la Historia del falso Turpín y, fundamentalmente, al imaginario capítu-

Nota: En el programa editado al efecto para la edición 2007 del Seminario, esta conferencia se anunció con el título previo: «El *Codex Calixtinus*: modelo de los itinerarios medievales del *Mio Cid* y del *Libro del Buen Amor*».



lo de Carlomagno en España. Son dieciséis capítulos variadísimos y en su mayoría fantásticos que traslucen la imagen confusa y contradictoria que de España se tenía en el resto de los países cristianos, especialmente en Francia.

En el tercer capítulo se dedica a describir en unas largas listas las ciudades y pueblos de Galicia y de España conquistados por Carlomagno. Una lista imaginaria muy relacionada con otra popular de las crónicas de la época que relata las conquistas de Alfonso VI en su campaña toledana; Alcalá, Guadalajara, Salamanca, Madrid, Santa Olalla, Talavera, Medinaceli, Berlanga... Amplía con otra gran cantidad de ciudades que llegan hasta Sevilla, Córdoba, Las Islas Baleares, Algeciras y Tarifa. «Todas las ciudades, unas sin luchas otras con grandes batallas las conquistó entonces excepto la mencionada Lucerna, fortificadísima ciudad que está en Valverde y que no pudo tomar hasta lo último». En el capítulo quinto nos dice que Carlomagno con el oro ganado en las batallas enriqueció la Basílica de Santiago, dotándola de ocho Canónigos y un Obispo, los Canónigos según la regla de San Isidoro. En el brevísimo capítulo sexto nos dice la Historia de Turpín que Carlomagno volvió a entrar en España para vencer a un Rey Africano, Aigolando. Una historia relacionada con la poesía épica francesa de finales del siglo XII, La Chançon d'Aigoland. Vienen los capítulos veinte y veintiuno dedicados a Carlomagno, en donde habla de la Batalla de Roncesvalles y de la muerte de Rolando, el veintidós habla de la muerte de Carlomagno y finaliza el libro hablando de Al-Manzor y de la Cruzada de España en alabanza del Papa Calixto II. Rolando muere en Roncesvalles rodeado de una aureola mística, convertido en mártir, llorado por el Emperador y por todos sus ejércitos, el relato de la Batalla de Roncesvalles «muere Roldán de cuatro lanzadas y golpeado a pedradas al más de sus cien compañeros». Sigue el relato de Roncesvalles y hay una pauta final de la Chançon destacando largamente la escena de Roldán rompiendo la piedra de mármol con su espada y llamando por fin con su trompa, con tal fuerza que llega hasta Carlomagno.

Viene el relato de la Chançon con la tradición de Ganelón y finalmente con la muerte del Emperador.

El Liber Sancti Jacobi y la épica francesa

La relación entre el *Liber Sancti Jacobi* y la épica francesa es evidente, los monjes de Cluny son el centro vital de esta relación, el puente que une el latín, los textos o crónicas latinas con la naciente épica en lengua romance. Será una versión la que los monjes nos dejen de la Historia de Carlomagno, básicamente fundada en la Chançon, pero exagerando sus notas características, su fantasía, el elogio exagerado de Carlomagno en una derivación de tipo religioso que no corresponde con el carácter épico y militar de la Chançon. Son los monjes los exportadores de la cultura y tanto en Francia como en España serán ellos los que inicien la transformación.

El Libro V del Códice Calixtino. El Camino de Santiago

El primer capítulo del V Volumen ya, con toda claridad, nos sitúa en el punto de partida del itinerario francés a Santiago. Dice así el texto: «Son cuatro los caminos a Santiago, que en Puente La Reina, ya en tierras de España, se reúnen en uno solo. Va por Saint-Pilles, Montpellier, Tolouse y el Somport; pasa otro por Santa María de Puy, Santa Fe de Conques y San Pedro de Moissac; un tercero se dirige allí por Santa María Magdalena de Vézelay, por San Leonardo Limoges y por la ciudad de Périgueux; marcha el último por San Martín de Tours, San Hilario de Poitiers, San Juan d'Angély, San Eutropio de Saintes y Burdeos».

Salvando la complicada toponimia menor de este párrafo podemos deducir que Puente La Reina era el lugar de concentración de los cuatro caminos que desde Francia seguían los peregrinos hasta llegar a Burdeos y pasando el Somport seguían por un solo itinerario hasta Santiago.

El capítulo II del *Liber* nos habla de las jornadas del Camino de Santiago en la propuesta del Papa Calixto. Empieza diciéndonos que desde el Somport hasta Puente La Reina hay tres jornadas descritas con una gran precisión y concisión. Este capítulo divide el camino en trece jornadas, estableciendo claramente la diferencia entre los recorridos a pie y los que se deberían hacer a caballo.

El capítulo III habla detenidamente de los nombres de los pueblos del Camino de Santiago. No sobran palabras en la enumeración de los pueblos que va recorriendo el peregrino. El relato termina con una aclaración muy convincente: «Me he limitado a enumerar esos pueblos y las citadas jornadas para que los peregrinos que marchan a Santiago prevengan con estas noticias los gastos necesarios para su viaje». Observación muy prudente y realista.

El capítulo IV es de extrema brevedad. Trata de los tres buenos edificios del mundo. El Señor, dice el Papa, instituyó en el mundo tres columnas muy necesarias para el sostenimiento de sus pobres, a saber: el hospital de Jerusalén, el de Mont-Joux y el de Santa Cristina, que está en el Somport. Y añade con una magnífica severidad: «estos tres hospitales están colocados en sitios necesarios; son lugares santos, casas de Dios, reparación de los santos peregrinos, descanso de los necesitados, consuelo de los enfermos, salvación de los muertos, auxilio de los vivos». Así pues, termina, «así pues, quien quiera que haya edificado esos lugares sacrosantos poseerá sin duda alguna el Reino de Dios». Difícilmente pueden encontrarse tantos elogios para tres edificios.

Seguimos con el capítulo V, que se titula «De los nombres de algunos que repararon el Camino de Santiago». Junto a la lista de los camineros que en tiempos de Diego, Arzobispo compostelano y de Alfonso, Emperador de España y Galicia repararon el camino compostelano desde Rabanal hasta Puerto Marín, y se citan ocho nombres de los afortunados y especialmente de un tal Pedro que reconstruyó el puente del Miño, destruido por la Reina Urraca. Y termina el brevísimo capítulo diciendo «descansen en paz eterna las almas de éstos y las de sus colaboradores». Es este un curioso capítulo en el que aparece un nombre que posiblemente sea de un colaborador o autor junto al Papa Calixto II, su canciller Aimerico.

El capítulo VI se dedica a los buenos y malos ríos que en el Camino de Santiago se hallan y firma el capítulo Calixto Papa. Como es habitual los datos son concretos y claros desde el Somport, dice el libro, procede el saludable río llamado Aragón, que riega a España. Del Port de Cize, en cambio sale un río muy sano que unos llaman Runa, y baña a Pamplona mientras que por Puente la Reina pasa el Arga y también el Runa, y el río que llaman El Salado, y añade el libro «guárdate de beber ni tu ni el caballo, pues ese río es mortífero». El recuerdo que sigue es bien expresivo de lo que pasaban los pobres peregrinos cruzando los ríos navarros, dice así el libro: «en nuestro viaje a Santiago encontramos a dos navarros sentados a su orilla que estaban afi-

lando sus navajas con las que solían desollar las caballerías de los peregrinos que bebían el agua y morían y a nuestras preguntas contestaban mintiendo que era buena para beber». Murieron dos caballos y aquellos dos navarros inmediatamente los degollaron. Nos dice el libro: «Por Estella pasa el Ega su agua es dulce, sana y muy buena. Por Logroño pasa un río enorme llamado Ebro de saludables aguas y abundantes peces». El comentario que sigue es un ejercicio pintoresco y bastante tendencioso: «los peces y carnes de toda España y Galicia, producen enfermedades a los extranjeros. Alaba dos ríos, el Pisuerga y el Carrión, el Ega y el Esla». Antes de llegar a Santiago señala el Códice un sitio muy arbolado que se llama Labacolla, porque en él «la gente francesa que peregrina a Santiago, lava por amor al Apóstol, no solamente sus vergüenzas sino también despojándose de sus vestidos la suciedad de todo su cuerpo».

El capítulo VII es mucho más largo que los anteriores y de una intención y estilo diferentes. Ya no aparece la ingenua intención ni la escueta señalización del itinerario. Su relato es el fruto de una peregrinación real y poco afortunada llena de incidentes y con un radical enfrentamiento a la parte vasco-navarra del itinerario. Su autor exagera con una extraordinaria violencia la crítica negativa y se

coloca en una práctica hostilidad entre los franceses a los que pertenece el autor y los navarros que aparecen como auténticos hombres prehistóricos y salvajes. El título del capítulo es el siguiente: «De los nombres de las tierras y de las cualidades de las gentes, que se encuentran en el Camino de Santiago». Empieza así: «en el Camino de Santiago por la vía de Tolousse, pasado el río Garona se encuentra en primer lugar la tierra de Gascuña; y luego, pasado el Somport, la tierra de Aragón y después Navarra». La primera calificación de Gascuña es muy elogiosa: «Los Gascones son gente fuerte y guerrera, muy hábiles en la guerra con arcos, flechas y lanzas, confiados en la batalla, rapidísimos en las carreras, cuidados en su vestido, distinguidos en sus facciones, astutos en sus palabras, muy dádivosos en sus mercedes, pródigos con sus huéspedes». Al llegar a Navarra, el autor se despeña en una crítica violenta. Los peregrinos han de enfrentarse con unos portazgueros que les salen al paso armados con dardos y azonas, cobrándoles injustos tributos. «Son feroces y la tierra en que moran es feroz, silvestre y bárbara; la ferocidad de sus caras y los gruñidos de su bárbara lengua aterrorizan el corazón de quienes los ven». Este, dice el libro, «es pueblo bárbaro, distinto de todos los demás, de aspecto inicuo, depravado, perverso, pérfido, desleal y

falso, lujurioso, borracho, en toda suerte de violencias ducho, feroz, silvestre, malvado y reprobó, impío y áspero, cruel y pendenciero, falto de cualquier virtud». Hay una cierta contradicción cuando a continuación dice que son justos en el pago de diezmos y asiduos en las ofrendas a los altares. En resumen, el texto termina con una frase rotunda: «el pueblo navarro es enemigo del pueblo galo en todo. Por sólo un dinero mata un navarro si puede a un francés». No hay duda que la experiencia del redactor de este capítulo pasó un verdadero calvario en su peregrinación a Santiago al paso por Navarra.

Es sorprendente el cambio radical al hablar de Castilla y de Tierra de Campos que según el autor del libro abunda en oro y plata, telas y fortísimos caballos y es fértil en pan, vino, carne, pescado, leche y miel. Sin embargo, carece de árboles y está lleno de hombres malos y viciosos.

Al llegar a Galicia, el autor de este capítulo del libro cambia radicalmente de actitud quizá debido a la proximidad de Compostela. La tierra de los gallegos dice el autor «abunda en bosques, es agradable por sus ríos, sus prados y riquísimos pomares, sus buenas frutas y sus carísimas fuentes; es rara en ciudades, villas y sembrados, escasea en pan de trigo y vino, abunda en pan de centeno y sidra, en ganados y caballerías, en leche y en miel y



en grandísimos y pequeños pescados de mar». «Los gallegos, pues se acomodan más perfectamente que las demás poblaciones españolas de atrasadas costumbres a nuestro pueblo galo, pero son iracundos y muy litigiosos».

No parece dudoso que es cierta la afirmación final al terminar el V libro en el que destaca como conclusión que el Códice se escribió en varios sitios a saber: en Roma, en tierras de Jerusalén, en la Galia, en Italia, en Alemania y en Frisia y principalmente en Cluny. Curiosamente el único país que no cita el Códice es España y parece confirmar la idea de que su múltiple participación internacional hace que el libro sea el primer libro de Caminería Hispánica escrito fuera de España.

El capítulo VIII es un largo paréntesis en la línea que podemos llamar directa en relación con el Camino de Santiago por España. Su título ya nos lo indica. Se trata de los santos que descansan en el Camino de Santiago y que deben ser visitados por sus peregrinos. La más extensa parte de este capítulo está destinada a una exposición de milagros y alabanzas de los santos de poblaciones francesas del camino. Destaca por su extensión y por el carácter personalista del relato que dice así en una de

sus partes: «por mí mismo he comprobado lo que digo». Y sigue contando una larga serie de milagros de los que con mayor o menor realismo tuvo noticia o fue testigo. También figura en este capítulo el consabido recuerdo a Carlomagno. Sigue la redacción referida a Tolouse, a San Leonardo de Limoges, a Anglés, Saintes y un largo relato sobre el martirio de San Eutropio por obligada referencia a París y a San Román de Blaye, en cuya iglesia descansa el cuerpo del bienaventurado Roldán.

Finalmente hay una referencia brevísima a Santo Domingo al que se considera autor de la Calzada y a León donde se conserva el cuerpo de San Isidoro. Termina este capítulo con una pequetísima referencia al destino final, Compostela. Dice el texto: «por último en la ciudad de Compostela se ha de visitar con gran cuidado y atención el dignísimo cuerpo del Apóstol Santiago». Es evidente que este capítulo está redactado por monjes del Monasterio de Cluny.

Y termina el libro en el capítulo IX que titula «De la calidad de la ciudad y basílica de Santiago, apóstol de Galicia», y que cita a continuación, presuntamente referido a la autoría de Calixto Papa y Aimerico, canciller. La descripción de la ciudad y de

la basílica es muy sencilla con el estilo escueto de los primeros capítulos y la minuciosa enumeración de los datos. Empieza el capítulo situando la ciudad: «entre dos ríos, uno de los cuales se llama Sar y el otro Sarela está situada la ciudad de Compostela. El Sar está a doliente, entre el Monte del Gozo y la ciudad. El Sarela está al poniente. Siete son las entradas y puertas de la ciudad». Un minucioso recuento de pilares y detalles señalando que no hay ni grietas ni defectos de sus alturas y tamaño, de las ventanas o cristalerías y especialmente de la fuente de Santiago a la que se llega por la parte septentrional, es decir por la puerta de los franceses. El relato recoge la característica venta de conchas en la entrada del «paraíso de los hosteleros y mercaderes vendiendo botas de vino, zapatos, morrales de piel, de ciervo, botas, correas, cinturones y toda serie de hierbas medicinales, drogas y otras muchas cosas». Termina este capítulo con la descripción del altar de Santiago en el venerable altar del apóstol de cinco palmos de alto por siete de ancho. El libro de Santiago tiene un apéndice bastante largo, acompaña composiciones, lírica en verso, dedicadas al Apóstol, con nombre de sus autores, cartas y relatos milagrosos, oraciones, lecciones.



El Poema de Mio Cid. Primera «caminería» castellana

En el *Poema de Mio Cid* son bastante claras las diferencias estilísticas entre las tres canciones que forman el conjunto del Poema: la *Canción del destierro*, estrictamente vinculada en su parecido de rigor geográfico con el Códice Calixtino, la *Canción de la afrenta de Corpes*, en la que la geografía aparece ya en término secundario en una ruta más o menos imaginada y sobre todo sin la precisión ni el detalle del *Cantar del destierro*, y la tercera parte, la *Conquista de Valencia* en la que el protagonismo del objetivo principal, la llegada a Valencia, tiene un sentido similar a la del Camino de Santiago con su final llegada a Compostela. La calzada romana es, en un caso y en otro, la base principal del itinerario. En el caso del Calixtino es la Vía Astúrica, en el caso del Cid la Vía de Emérita a Zaragoza, que luego desvía su ruta al llegar a Calatayud, variando su sentido debido a la resistencia catalana.

En el *Poema de Mio Cid* figura un nombre que puede ser el de su autor: Per Abat. Probablemente, él sería algo más que copista o compilador. El primer *Cantar del Destierro* es obra fundamental en el origen de la Caminería Hispánica. Por su tema y estilo este *cantar del destierro*, estaría vinculado con el V Libro del *Liber Calixtinus* y la *Canción de Roldán*. Es común su realismo geográfico. El estilo realista del Poema del Cid es muy diferente a la fantasía de la *Chançon de Roldán*, ya que en uno es el Itinerario del Camino realista y concreto y en el otro la fantasía, el elogio desmesurado de las hazañas, de la tragedia y del significado de Carlomagno en su imaginaria conquista de España.

(Madrid, 29 de noviembre de 2007)

Cocina casera del Camino de Santiago



Desde 1995
haciendo Camino

TABERNA

ULTREYA

Gastronomía Jacobea

www.tabernaultreya.com

General Pardiñas, 26. Madrid
Teléfono: 91 578 23 70
Parking



**SERVICIO DE
PUBLICACIONES**



2.^a Edición.
176 págs.
Mapas color
P.V.P. 17 €



2.^a Edición.
196 págs.
P.V.P. 17 €



Actas Seminario
2001-2007



20 págs.
P.V.P. 2 €



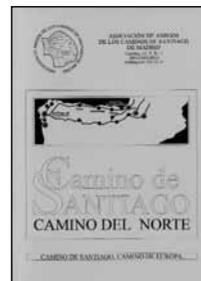
40 págs.
P.V.P. 3 €



20 págs.
P.V.P. 3 €



20 págs.
P.V.P. 2 €



24 págs.
P.V.P. 2 €



176 págs.
P.V.P. 6 €

Nota: Las Actas que aquí se presentan corresponden principalmente al texto aportado posteriormente por cada conferenciante, que corrige, resume, sintetiza o complementa la expresión oral. La conferencia de Antonio Bonet Correa fue ilustrada por medio de diapositivas, lo cual hace que lo publicado se deba a una adaptación literaria coetánea a la conferencia.

Coordinación: Ángel Simón Irala y Antonio Olivera.
Transcripción: Fernando Gimeno

Fotografía: Jorge Martínez, Alfonso Gómez y Fernando Gimeno.
Maquetación: Eva María Villegas.

El **Seminario José Antonio Cimadevila Covelo de Estudios Jacobeos** constituye en Madrid un lugar de reflexión sobre el Camino de Santiago y toda la diversa y rica realidad que el fenómeno de la Peregrinación ha creado a lo largo de los siglos. Nuestro Seminario abre sus puertas a cuantos ámbitos de conocimiento: historia, arte, geografía, filosofía, teología, legislación, sociología, naturaleza, ingeniería, etc, puedan ayudar en el estudio y conocimiento de la realidad jacobea. En esta doble edición anual: «Asociación XX Aniversario» y la ordinaria del año 2007, hemos contado con la participación de los siguientes conferenciantes.

Laurie Dennett (Toronto, Canadá, 1946). Escritora. Presidenta Confraternity of Saint James, de Londres (1995-2003). Peregrina a Santiago (desde Chartres, en 1986), a Roma (desde Londres, en 1989) y a Jerusalén (desde Canterbury, en 1992). Participó activamente en la fundación del albergue Gaudelmo (1991) de Rabanal del Camino. Co-fundadora de la Fundación «Santo Milagro de O Cebreiro» (1996). Autora de libros sobre Historia Empresarial en el ámbito anglosajón. Conoció a Elías Valiña en 1986 y tradujo al inglés su guía póstuma: *El Camino de Santiago* (1991). Es autora de: *A Hug for the Apostle* (1985); *Unha Aperta O Apostolo* (1995; vers. gallega). Conferencia: «Elías Valiña Sampedro y el resurgir jacobeo. Un homenaje»

Manuel Fraga Iribarne (Villalba, Lugo, 1922). Senador por la Comunidad Autónoma de Galicia. Catedrático de Derecho Político (Valencia, 1948) y de Teoría del Estado y Derecho Constitucional (Madrid, 1956). Ministro Información y Turismo (1962-69). Embajador de España en el Reino Unido (1973-75). Vicepresidente primer Gobierno de la Monarquía (1975-76). Fundador de Alianza Popular (1977). Padre Constitucional (1977). Diputado por Madrid (1977-89). Presidente Comunidad Autónoma de Galicia (1989-2005) y gran impulsor del fenómeno jacobeo actual. Autor de más de 90 libros sobre Derecho, Sociología, Historia, etc, el último: *Memorias* (2006). Conferencia: «El Camino de Santiago y los Años Jacobeos».

José Ignacio Díaz Pérez. (Ausejo, La Rioja, 1954). Sacerdote. Licenciado en Historia. Peregrino y Hospitalero. En la actualidad es párroco de Santiago el Real de Logroño (2005) y Delegado diocesano del Camino de Santiago de la diócesis de Logroño-Calahorra-La Calzada. Fundador de la Asociación Riojana de Amigos del Camino de Santiago (1986), fundador y primer director de la revista *Peregrino* (1987-96). Co-fundador de la Federación Española Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago («Coordinadora» en 1987). Creador del movimiento de Hospitaleros Voluntarios de la Federación (1991) y de diversos albergues. Conferencia: «Las asociaciones jacobeanas en la recuperación del Camino de Santiago».

Antonio María Rouco Varela (Villalba, Lugo, 1936). Cardenal Arzobispo de Madrid (1994). Ordenado sacerdote en 1959. Doctor en Derecho y Teología (Univ. Múnic, 1964). Profesor en el Seminario de Mondoñedo (1964), Instituto de Derecho Canónico Universidad de Múnic (1966) y en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde obtuvo la Cátedra de Derecho Canónico Fundamental (1971). Obispo Auxiliar de Santiago (1976); y luego su Arzobispo (1984-1994). Obras: *Staat und Kirche im Spanien des XVI. Jahrhunderts* (Múnic, 1965); *Estado e Iglesia en la España del siglo XVI*, Madrid, 2001; *Carta Pastoral al final de Año Santo de 1993* (1993). Conferencia: «Juan Pablo II y el Camino de Santiago. Una evocación agradecida».

José María Ballester (Madrid, 1940). Periodista, Crítico de Arte y Funcionario del Consejo de Europa (1979-2003), donde fue sucesivamente Jefe y Director de Cultura y de Patrimonio Cultural y Natural, hasta su jubilación; durante su mandato fueron elaborados los Convenios de Patrimonio arquitectónico (Granada, 1985), Patrimonio Arqueológico (Malta, 1992) y Paisaje (Florencia, 2000), se iniciaron las Conferencias de Ministros responsables de Patrimonio Cultural y se inició el Programa de Itinerarios Culturales del Consejo de Europa a partir de la Declaración del Camino de Santiago como «Primer Itinerario Cultural Europeo (Santiago, 1987). Conferencia: «Los Caminos de Santiago. Sentido de un itinerario cultural».

José Jiménez Lozano (Langa, Avila, 1930). Licenciado en Periodismo, Derecho y Filosofía y Letras. Escritor, Premio Cervantes en 2002. Periodista de *El Norte de Castilla* desde el año 1958, del cual fue director hasta su jubilación en el periodo 1992-1995. Junto al sacerdote José Velicia, una tarde de verano en su casa de Alcazarén (Valladolid), ambos idearon la exposición: «Las Edades del hombre», siendo su guionista en las siete primeras ediciones (1988-1999). Ha escrito novela: *Historia de un otoño* (1971); poesía: *Tiempos de Eurídice* (1996); cuentos: *El cogedor de ancianos* (1993); memoriales: *Advenimientos* (2006); ensayos: *Guía espiritual de Castilla* (1984), entre otras muchas obras. Conferencia: «Sobre el artista románico».

José Antonio Linage Conde (Sepúlveda, Segovia, 1931). Doctor en Derecho. Notario. Profesor de la Universidad San Pablo CEU (Madrid). Cronista de su Comunidad de Villa y Tierra. Escritor. Es cofundador de la revista internacional sobre la Orden de San Benito: *Regulae Benedicto Studia*, y autor de la monumental *Historia Universal de los Benedictinos* (7 vol.), así como co-autor del volumen del Románico en la *Historia de España*, de Menéndez Pidal. Como investigador también es autor de: *Las cofradías de Sepúlveda*; *Todos los Monjes*; *Las músicas del mundo*, entre otras. También es novelista: *el arcángel de Montecasino*; y poeta: *Ajimez a mi mundo*. Conferencia: «Una evocación monástica desde la peregrinación de hoy».

Manuel Criado de Val (Madrid, 1917). Doctor en Filosofía y Letras. Profesor de investigación del C.S.I.C. Presidente de la Asociación Internacional de Caminería. En su dilatada vida académica ha sido profesor de la Universidad de Madrid, Decano de Letras de la Universidad Nacional a Distancia y director de las más importantes revistas filológicas hispanas. Investigador de la literatura medieval española, ha sido autor de la edición crítica de *El Libro de Buen Amor*, y de *La Celestina*; y ha escrito obras como: *Fisionomía del idioma español* (1962), *Estructura General del Coloquio* (1980), *La imagen del tiempo. Verbo y Relatividad* (1997), etc. Conferencia: «El Codex Calixtinus y la literatura medieval castellana».

A nuestros conferenciantes agradecemos su participación y sabiduría. Agradecimiento que también realizamos con sumo reconocimiento a: **Casa de Galicia en Madrid, Xunta de Galicia, Real Iglesia Parroquial de San Ginés, Federación Española de Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago y revista Peregrino**, que de manera generosamente jacobea nos acogieron, asesoraron y colaboraron para que el Seminario y estas *Actas* sean realidad.

